

LA ENFERMERÍA

Alberto Barrera Gysía



Ernesto Durán sabe que está enfermo. Aunque los resultados clínicos digan lo contrario, desde que se ha separado de su mujer y vive solo, padece todos los síntomas de un mal que, según sospecha, puede ser mortal. Su obsesión va más allá de la mera hipocondría, y tiene la certeza de que sólo hay un médico que puede salvarlo. Pero el elegido, el doctor Andrés Miranda, en esos mismos momentos se enfrenta a una tragedia personal: un diagnóstico irrefutable que señala que su padre tiene cáncer, y le quedan pocas semanas por vivir. Mientras Durán necesita desesperadamente hablar de su caso y de él mismo, el doctor Miranda se siente rehén del silencio, es incapaz de hacer con su padre lo que siempre ha hecho con sus pacientes: decir la verdad.

La vivencia de la enfermedad en estas dos personas que ocupan posiciones tan distintas, el médico que sabe acerca de la vida y de la muerte y no quiere o no puede hablar, y el enfermo de angustia que sólo sabe que su sufrimiento no le deja vivir, es la columna vertebral que sostiene a esta hermosa novela, madura, adulta, reflexiva y refinada, que nos susurra desde su primera página algo que está en nuestra naturaleza: vivir mata.

ALBERTO BARRERA TYSZKA

La enfermedad

Anagrama

Sinopsis

Ernesto Durán sabe que está enfermo. Aunque los resultados clínicos digan lo contrario, desde que se ha separado de su mujer y vive solo, padece todos los síntomas de un mal que, según sospecha, puede ser mortal. Su obsesión va más allá de la mera hipocondría, y tiene la certeza de que sólo hay un médico que puede salvarlo. Pero el elegido, el doctor Andrés Miranda, en esos mismos momentos se enfrenta a una tragedia personal: un diagnóstico irrefutable que señala que su padre tiene cáncer, y le quedan pocas semanas por vivir. Mientras Durán necesita desesperadamente hablar de su caso y de él mismo, el doctor Miranda se siente rehén del silencio, es incapaz de hacer con su padre lo que siempre ha hecho con sus pacientes: decir la verdad.

La vivencia de la enfermedad en estas dos personas que ocupan posiciones tan distintas, el médico que sabe acerca de la vida y de la muerte y no quiere o no puede hablar, y el enfermo de angustia que sólo sabe que su sufrimiento no le deja vivir, es la columna vertebral que sostiene a esta hermosa novela, madura, adulta, reflexiva y refinada, que nos susurra desde su primera página algo que está en nuestra naturaleza: vivir mata.

Autor: Barrera Tyszka, Alberto

©2006, Anagrama

ISBN: 9788433971401

Generado con: QualityEbook v0.72

—¿YA están listos los resultados?

Apenas pronuncia la pregunta, se arrepiente de inmediato. Andrés Miranda quisiera detenerla en el aire, devolverla a su lugar de origen, esconderla de nuevo debajo de un silencio. Pero no puede, ya es muy tarde. Ahora sólo tiene delante el rostro del jefe del departamento de radiología: sus labios son un nudo en mitad de la boca, sus ojos negros parecen dos manchas; sólo le ofrece una sonrisa de forzada solidaridad mientras le extiende un sobre grande, color tabaco. No dice nada pero su expresión casi es una sentencia: múltiples lesiones sugestivas de una enfermedad metastásica, por ejemplo. Algo así dice esa mueca. Los médicos casi nunca utilizan adjetivos. No los necesitan.

—¿También están aquí las placas de las tomografías?

El jefe de radiología niega con la cabeza, mientras desvía la mirada hacia el pasillo.

—Me dijeron que te las iban a mandar a ti directamente.

Andrés se siente envuelto en una extraña incomodidad, como si en el fondo ambos estuvieran haciendo un gran esfuerzo para no romper el frágil equilibrio del momento. Da las gracias y comienza a caminar de regreso a su consultorio. No se lo han dicho, no ha visto las placas, no conoce los resultados y, sin embargo, ya sabe que su padre tiene cáncer.

¿Por qué nos cuesta tanto aceptar que la vida es una casualidad? Ésa es la pregunta que siempre hace Miguel cuando están por comenzar cualquier intervención. Todos llevan sus batas verdes, sus guantes y sus mascarillas quirúrgicas; la luz blanca del quirófano parece flotar sobre el frío del aire acondicionado. Y entonces Miguel alza el bisturí, mira a Andrés y pregunta: ¿por qué nos cuesta tanto aceptar que la vida es una casualidad? A algunas enfermeras les disgusta esa manera de empezar. Tal vez perciben que no es un buen prólogo, que casi es una justificación previa por si algo sale mal. Andrés sabe que no es así, conoce bien a Miguel, desde que estudiaban en la universidad. Sabe que la pregunta no guarda ningún cinismo. Más bien le parece una expresión autocompasiva, una oración piadosa; una forma de reconocer los límites de la medicina ante al infinito poder de la naturaleza, que es lo mismo que reconocer los límites de la medicina ante al infinito poder de la enfermedad.

Apenas entra a su consultorio, apenas cierra la puerta, comienza a temblar. Siente que, de pronto, su cuerpo empieza a respirar de otra forma, con otros sonidos y otros movimientos. Como si tuviera adentro otra criatura, desarmada, dando traspiés; como si estuviera pariendo un derrumbe. Se apura en alcanzar la silla detrás del escritorio, se sienta. Todavía tiene el sobre en sus manos. En su interior deben estar dos placas de tórax. Fotos azules, transparencias duras, cortantes. El cuerpo de su padre convertido en un dibujo difuso donde, sin embargo, se puede retratar la muerte con cruel nitidez. Andrés tiene miedo, aunque no es un miedo nuevo: lleva años ahí, rondándolo. Debe ser el mismo temor que sin explicaciones y, con tanta frecuencia, lo asalta brincando desde su propia sombra. Es la angustia que se detiene en su pecho algunas noches, impidiéndole dormir. Probablemente todos nacemos con un miedo así, tan impreciso como contundente. Vaga dentro de nosotros, sin saber adonde ir pero sin abandonarnos nunca. Se prepara, se educa, esperando el instante puntual en que debe aparecer. Es un presagio, una voz que todavía no sabe con claridad qué es lo que tiene que comunicarnos. Pero suena. Y es un sonido indescifrable, incomprensible, que gotea insistente, una llamada de alerta. Lleva años oyéndolo, huyendo de él, tratando de espantarlo. Nunca tuvo éxito.

Ahora, esa ansiedad por fin tiene una primera forma: el rostro del jefe de radiología, esa mirada esquiva, esa expresión resignada. Andrés ha visto demasiadas veces esa mueca. Él mismo ha debido ajustársela sobre el rostro en más de una ocasión. Es la ilustración que acompaña a una mala noticia clínica, la primera cuota de un pésame ¿Está preparado para esto? No lo sabe.

Suena el teléfono. Es Karma, su secretaria. Le informa que su padre está de nuevo en la línea, ha vuelto a llamar, pregunta si ahora sí podrá atenderlo.

—¿Tan mal estoy que ya ni siquiera deseas hablar conmigo?

Así saluda su padre. En tono jocoso, por supuesto. Andrés también conoce esa forma de nerviosismo. Es todo un clásico. Muchos pacientes acuden a esa estrategia, se sitúan sobre una débil línea donde todo es medio en broma y medio en serio a la vez; intentan demostrar normalidad cuando en realidad están aterrados y no han dejado de pensar, ni un segundo, en el posible resultado de sus exámenes. Han pasado horas perseguidos por el temor a enfermedades mortales; han encontrado un dolor inédito en cada movimiento; han sentido manchas sospechosas donde antes sólo veían su piel... Pero entonces se acercan al médico tratando de fingir una peculiar naturalidad: sonríen pero parece que estuvieran a punto de llorar. Dejan caer preguntas como la que acaba de hacer su padre.

—No te llamé antes porque justo ahora me acaban de traer tus exámenes —dice Andrés.

—En principio todo está bien —dice, tocando con sus dedos el borde cerrado del sobre.

—¿En principio? ¿Qué carajo quiere decir eso, Andrés?

—Tranquilo, viejo. Te estoy diciendo que estás bien.

—Me estás diciendo que en principio estoy bien: es distinto.

También conoce perfectamente este trámite. Por lo general, los pacientes necesitan estrujar cada palabra; las exprimen buscando su significado más directo, limpiando cualquier matiz. Quieren despejar de dudas hasta los signos de puntuación. Un paciente siempre sospecha que no le están diciendo la verdad, o que al menos no le están diciendo toda la verdad, que hay algo que le ocultan. Por eso insisten, hurgan tan desesperadamente en cualquier lugar, incluso en el lenguaje. En este caso, sin embargo, su padre tiene razón. Andrés ha dicho «en principio» porque todavía no ha visto las placas ¿Por qué no las toma ahora mismo, por qué no abre el sobre y las observa? ¿Qué le impide mirar esos resultados?

El rostro del jefe de radiología ha quedado suspendido como un globo dentro de su consultorio. Los pasillos de los hospitales suelen estar llenos de globos así. Se deslizan lentamente sobre el aire, todos iguales, plásticos tenues donde se pintan cejas dobladas hacia abajo, bocas graves, gestos sobrios: puras señales de resignación. Es una ceremonia, un protocolo clínico. Los hospitales son lugares de paso: templos para el adiós, grandes monumentos a las despedidas.

—Te dije en principio porque aún no tengo todos los resultados. Los que me acaban de traer están bien.

—Eso quiere decir que...

—Que no pasa nada, papá —Andrés interrumpe, ya incómodo. No soporta mentir por demasiado tiempo seguido—. Sal a caminar, ve a tomar un café y a hablar con los amigos. Todo está bien, en serio.

—¿Seguro?

—Seguro.

Quedan un instante en silencio. Es una pausa tensa, insoportable. Andrés quiere colgar. Sabe que su padre está indeciso, que todavía duda. Lo puede imaginar en su apartamento, sentado en el brazo del sofá verde, al lado del teléfono, apretando el auricular, pensando. De pronto Andrés se siente detenido sobre una nada profunda, sobre un vértigo. Más que silencio, quedan un instante en el vacío, hasta que:

—Tú no me mentirías, ¿verdad? —El padre habla desde los huesos. Con esa voz áspera pero cercana con la que hablan los huesos—. Andrés —continúa—, si yo tuviera algo grave, tú no me lo ocultarías nunca, ¿no es cierto?

Andrés tiene un erizo en la lengua. Siente que su garganta de pronto se llena de cáscaras de pifia. A su pesar, se le aguan los ojos. Teme que la voz le falle. Hace un gran esfuerzo para hablar.

—Yo jamás te engañaría, papá —dice, al fin, con ronca intimidad.

—Eso es todo lo que quería oír. Gracias.

Estimado Doctor Andrés Miranda:

Espero que se acuerde de mí. No fue fácil conseguir su dirección electrónica ¡Si supiera la cantidad de cosas que he tenido que hacer para conseguirla! Pero ésa es otra historia. El punto es que ya estoy aquí, escribiéndole. No crea que me siento cómodo. Nunca me ha gustado escribir. No se me da, no me siento bien haciéndolo, no sé dónde poner las palabras ni qué decir. Pero de alguna manera las circunstancias me están obligando, no me queda otra salida.

Necesito que nos veamos de manera urgente, doctor. Estoy desesperado. Desde hace tres semanas está sucediendo una situación muy extraña y muy misteriosa. Cuando llamo a su consultorio, me dicen que usted no está, o que no puede atenderme. Si pido una nueva cita, también me la niegan, me dicen que no me pueden dar una nueva cita. Y tampoco me dan más explicaciones. Yo estoy seguro de que usted no sabe nada de esta situación, que no está enterado. Sería imposible que usted se comportara así conmigo. Pero, y entonces..., ¿quién me está haciendo todo esto? ¿Y por qué?

Ése es el motivo de esta carta, doctor. Ésta es la única vía que ahora tengo para pedirle una cita. Mi situación sigue igual y mi salud empeora cada día. Contésteme a mí directamente, a través de esta vía. No confíe en más nadie, por favor. Necesito verlo lo antes posible.

Le agradezco de antemano su atención y le repito que aquí estaré, esperando su respuesta.

Ernesto Durán

* * *

La sangre es muy chismosa, lo cuenta todo. Cualquiera que trabaje en un laboratorio clínico sabe

que es cierto. Detrás de ese líquido oscuro, que se almacena en pequeños tubos, se esconden turbios melodramas, naturalezas vencidas o sórdidos relatos que huyen de la ley. Cuando su padre se desmayó, Andrés lo obligó a hacerse todos los exámenes de sangre. El viejo Miranda se resistió. Trató de minimizar el hecho. Prefirió la palabra desvanecimiento a la palabra desmayo. Se empeñó en eso de una manera casi ridícula.

—Fue un desvanecimiento —repetía, atribuyéndole el hecho a la humedad del tiempo, al sopor del verano.

Era, según él, un descuido del clima más que un accidente físico. Pero cayó como un saco de verduras delante de la vecina del 3-B. Hablaban sobre cualquier cosa —ninguno de los dos recuerda el tema— cuando de repente su padre se desplomó y la vecina comenzó a gritar desesperada.

—¡Pensé que se había muerto! ¡Lo vi tan pálido! ¡Estaba morado! ¡No quería ni tocarlo porque sentía que ya podía estar frío! ¡No sabía qué hacer! ¡Por eso me puse a gritar! —dice la vecina.

Unos segundos más tarde, el mismo Miranda, ya de nuevo consciente, debió tranquilizarla y jurarle que todo estaba en orden, que efectivamente no había pasado nada. Sólo fue un desvanecimiento, algo así quizás pudo argumentarle. Esa misma tarde, sin embargo, la mujer llamó a Andrés y le contó lo que había ocurrido.

—¡Vieja metiche! —volvió a mascullar su padre cuando él fue a buscarlo para llevarlo al laboratorio del hospital.

Mientras la enfermera extraía la sangre, Andrés percibió de pronto que su padre estaba más pequeño. Nunca antes se le había ocurrido reparar en su tamaño, pero al verlo ahí sentado, con el brazo extendido, mirando hacia arriba, evitando el contacto visual con la jeringa, de pronto sintió que su padre ya no medía lo mismo, que había perdido estatura. Javier Miranda es un hombre alto, de casi un metro ochenta. Alto y delgado, con un porte bastante atlético. Siempre camina erguido, como si la espalda no le pesara. A pesar de su edad, y de las canas, se ve jovial, saludable. El cabello ensortijado le ha ganado la batalla a la incipiente calvicie. Su piel tiene el mismo color de la arcilla clara. Sus ojos también son marrones. Nunca ha fumado, sólo bebe ocasionalmente, camina todas las mañanas en el parque Los Caobos, evita los aceites, come fruta y avena en las mañanas, cada noche mastica siete garbanzos crudos para conspirar en contra del colesterol. ¿Qué pasó?, parecía preguntarse en ese instante. Había sabido torear el tiempo con bastante destreza. Todo iba relativamente bien hasta que, una tarde, un desmayo inexplicable lo detuvo. Ese simple breve parpadeo del equilibrio los había traído hasta allá. Ese breve instante de pronto convertía a su padre en un personaje débil, herido, pequeño, más pequeño. «La enfermedad es la madre de la modestia». Andrés, a su pesar, recordó la frase. Pertenece al libro *Anatomía de la melancolía*, de Robert Burton, publicado en 1621. Es una lectura obligada en el primer semestre de la facultad. Le molestó, sin embargo, el recuerdo. La cita le sonó, más que ingrata, estúpida; escondía la pretensión de hacer de la enfermedad una virtud. Miró de nuevo a su padre. ¿Acaso no es, más bien, una humillación?

Hasta ahora, la salud del viejo sólo había tocado el umbral de los resfriados. Una breve infección de orina hace dos años, nada más. Tenía una salud envidiable y, hasta el momento, no existía ninguna señal que convocara a la angustia. Pero Andrés tuvo un mal presentimiento.

Toda la situación le produjo una especial aprehensión. Aun sin tener ninguna evidencia, por primera vez pensó que lo peor podía pasar, podía estar a punto de pasar. También le irritó sentirse

así, secuestrado por un palpito, rehén de algo tan poco racional, tan escasamente científico, como una mala vibración. Su padre alzó la vista y lo miró. No supo qué decirle. De pronto le pareció patético que el destino de un hombre de sesenta y nueve años pudiera resumirse tan sólo en cuatro tubos llenos de un líquido oscuro, O-rh positivo. ¿Cómo podría sentirse su padre en ese instante? ¿Resignado? ¿Dispuesto a asumir que estaba llegando a un destino ya asignado, que ésa era la conclusión natural de su vida; que ahora le tocaba entrar a una etapa en la que sería sometido por las jeringas, viviría dominado por ese aroma aséptico que tienen los laboratorios? Lo miró fijamente y no pudo evitarlo, tuvo una impresión espantosa. Ya no era su padre quien soportaba con obligada mansedumbre que lo pincharan, que lo tocaran, que le sacaran la sangre. Era un cuerpo. Otro. Un cuerpo más viejo y vulnerable donde se torcía inquieto, deseando protestar, el espíritu de su padre. Espíritu es una palabra rara. Hacía tiempo que Andrés no la usaba. Sintió que, por primera vez en años, volvía a pronunciar la palabra espíritu.

Son los dos. Desde que su memoria es memoria, son los dos. Su madre murió cuando él tenía diez años. Desde que se acuerda, Andrés es el hijo único de un viudo, de un hombre fuerte, capaz de lidiar con el dolor más inmenso, con una gran pérdida. Su madre murió en un accidente aéreo, en un vuelo Caracas-Cumaná. El avión duró pocos minutos en el aire y luego cayó en picada. Fue una tragedia nacional. Las actividades de rescate eran arduas y, la mayoría de las veces, inútiles. Se acondicionó una sala especial, en una dependencia oficial del Hospital de La Guaira, adonde acudieron los familiares de las víctimas a tratar de identificar los rastros obtenidos: un pie, la mitad de un brazalete, la corona de una muela... Esa noche su padre volvió a casa lívido, demacrado. Discutió durante un rato en la cocina con otros miembros de la familia, luego salió, tomó al niño en brazos y se fueron. Andrés ya sabía qué había ocurrido. Por más que sus tías intentaron protegerlo, él ya había logrado escurrirse y, a escondidas, ver lo sucedido en la televisión. Cuando su padre, con los ojos muy rojos, hizo un gran esfuerzo para editar la noticia y decirle que mamá se había ido, que mamá se fue a un viaje largo, muy largo, que mamá se fue a un viaje del que no va a volver; Andrés, sin entender todavía demasiado, lleno de miedo, confundido, tan sólo le preguntó si su madre iba en el avión que se había caído en el mar. Su padre lo miró, indeciso, pero al final dijo que sí. Y lo abrazó. Andrés no lo recuerda bien pero cree que entonces lloraron juntos.

Andrés pasó muchas madrugadas soñando con su madre. Era un mismo sueño que se repetía, con algunas variaciones, cada noche. El avión está en el fondo del mar. Como si no se hubiera estrellado, como si fuera un barco hundido: está intacto, dormido entre algas y peces y sombras que, como telas, danzan sobre una arena opaca. Dentro del avión, en el techo, se ha formado de manera natural una burbuja de oxígeno. Es una pompa muy frágil que lentamente se va reduciendo. Su madre trata de mantenerse nadando, con la cabeza dentro de la burbuja, para poder respirar. Ella parece ser la única sobreviviente, no hay nadie más, sólo peces de colores distintos y de tamaños diferentes, que cruzan junto a ella con pasmosa serenidad, casi aburridos. Es extraño pero su madre, en el sueño, está en traje de baño, aunque también lleva puestos unos zapatos. El traje de baño es de dos piezas, color naranja, mientras que los zapatos son unos mocasines negros, de cuero.

A medida que transcurre el tiempo, la desesperación de su madre aumenta. Con la mano golpea el techo del avión en repetidas ocasiones. El sonido es metálico pero distante, como el crujido de una lata que trata de abrirse paso en el mar. La madre observa por una ventanilla hacia fuera: no hay nada. Todo es agua muy oscura, una penumbra líquida donde los ojos se pierden. El mar no tiene memoria, todo lo destruye con demasiada rapidez. Su madre entonces, alterada, casi en la asfixia, golpea más fuerte el techo del avión y grita: ¡Andrés! ¡Andrés! ¡Estoy viva! ¡Ven! ¡Ven a sacarme de

aquí!

Cuando despertaba, invariablemente se había orinado encima y estaba temblando. Aun de pie, seguía secuestrado por el sueño. Tardaba casi un minuto en salir él mismo de aquel avión, en escapar del fondo del mar, en dejar de oír los gritos de su madre. Su padre, en ese trance, fue un guerrero incansable. Con mucha paciencia, lo ayudó a defenderse de esos enemigos. Siempre estuvo ahí, en la orilla del sueño, esperándolo.

Como una ráfaga, estos recuerdos han llegado justo en este momento, mientras observa a su padre en el laboratorio. ¿Tendría él también ese mismo presentimiento? Andrés, sin duda, hubiera querido ahorrárselo. Ya casi a los setenta, pensó, un mal presagio es como un disparo. A esa edad, ya no hay plazos. Ya todo será siempre presente.

La enfermera retiró la aguja y le dio un algodón mojado en agua oxigenada. Javier Miranda colocó el algodón en su brazo y miró a su hijo como pidiéndole una tregua, como pidiéndole que se fueran de una buena vez. ¿Son los monstruos de la vejez tan terribles como los que nos acosan cuando somos niños? ¿Qué se sueña a los sesenta y nueve años? ¿Cuáles son las pesadillas más recurrentes? Así quizás sueña su padre: se encuentra en un laboratorio, el fondo de un hospital, rodeado de químicos, de herramientas punzantes, de gasas, de extraños asquerosamente uniformados de blanco; se halla sumergido en el fondo de un hospital, buscando una pequeña burbuja de aire, para respirar, para gritar: ¡Andrés! ¡Andrés! ¡Sácame de aquí! ¡Sálvame!

Mientras lo llevaba de vuelta a su apartamento, trató de evitar seguir hablando del asunto. No fue fácil. Su padre continuó farfullando agrias protestas. Aseguraba que los exámenes eran completamente innecesarios, que sólo encontrarían un poco alto el colesterol. Si acaso. Sólo eso, insistía. Andrés lo dejó frente a la puerta del edificio. Mientras se alejaba, todavía vio su figura a través del espejo retrovisor. Hubo un tiempo en que pensó en mudar a su padre a su casa, pero luego temió que la vida en común pudiera convertirse en un infierno para todos. Mariana no tenía mala relación con su padre, sus hijos solían divertirse mucho con el abuelo; pero eran experiencias esporádicas, salidas de vez en cuando, al cine o a un parque, a un restaurante o al estadio, a ver un juego de béisbol. La cotidianidad es otra cosa, una faena mucho más exigente. Sin embargo, en ese instante, cuando todavía podía verlo como una diminuta silueta al fondo del espejo retrovisor, volvía a pensar en esa posibilidad. Tarde o temprano los hijos únicos también pagan su exclusividad. El viejo no tiene a nadie más. Si en vez de haber estado en el pasillo, hablando con la vecina, si el desmayo lo hubiera sorprendido en su apartamento, solo en su apartamento, ¿no hubiera podido ocurrir una desgracia? Andrés, por un segundo, ve la escena con fatal claridad: su padre está entrando a la cocina con la intención de apagar la cafetera, se inclina sobre la hornilla y, entonces, pierde el conocimiento y se derrumba. Por el mismo movimiento, siguiendo la inercia de la caída, la cabeza va hacia abajo, empujada por el peso del cuerpo. Golpea el borde de la estufa, desciende y choca contra el mango que abre el horno y se detiene finalmente en las losas del piso. Las venas verdosas de su sien están inflamadas y tensas. La nariz, rota. El ojo derecho luce algo hundido y hay sangre en el pómulo derecho. También sobre la ceja derecha hay sangre. Puede que tenga rota una costilla; quizás, al volver en sí, no pueda moverse, no pueda avisar a nadie. El agua hierve. Pronto olerá a café quemado.

Esa noche, Andrés hubiera querido hacer el amor con Mariana. No sentía nada especial, quizás ni siquiera la deseaba, pero necesitaba tener sexo. Era un ansia, unas furiosas ganas de estar sobre ella, de penetrarla, sin pensar en nada, sin decir nada, tan sólo siguiendo el vaivén apremiante de las

caderas, subiendo, bajando. Pero no supo cómo buscarla. No estaba de ánimo para seducirla y le dio vergüenza decirle lo que en realidad quería. Las mujeres no pueden entender que, a veces, los hombres sientan que el sexo también es un deporte; un deporte que además se puede practicar a cualquier hora, en cualquier momento, y contra cualquiera. Lo masculino es demasiado básico, de escasa elaboración. La ética amorosa suele ser femenina.

—¿No te parece que estás magnificando la situación? —le preguntó Mariana antes de dormirse—. Ni siquiera sabes los resultados de los exámenes. ¿Por qué entonces te pones así?

Andrés recuerda que su padre últimamente ha estado olvidadizo. Ahora cualquier detalle empieza a cobrar, para él, otra importancia, otro valor.

—Incluso tú misma me lo comentaste, hace poco —dice—. Estábamos aquí, en una comida.

—Sí, es cierto. Pero eso es normal, ¿o no? Si hasta a mí se me olvidan a veces las cosas, ¿cómo no se le van a olvidar a tu padre? No exageres, Andrés. ¿Por qué piensas lo peor?

No lo sabe, no lo sabía en ese instante. Pero tenía esa incomprensible y desagradable sensación, se sentía cercado por una inminencia fatal, por la intuición de que lo que había ocurrido ese día con su padre era la primera señal de algo mucho más grave y definitivo: un linfoma de Burkitt, por ejemplo, o un carcinoma mucinoso cutáneo, o una neoplasia asintomática de células plasmáticas... Andrés sabe perfectamente que la naturaleza traduce estas palabras de manera más despiadada. La imagen de su padre sufriendo es lo que lo aterriza. Su padre encogido, gritando, retorciéndose, llorando. El dolor es el más terrible de los lenguajes del cuerpo. Una gramática de gritos. Un ay convertido en único sonido.

Dejó a Mariana leyendo sobre la cama y salió hasta el balcón. Le dio coraje andar creyendo en presentimientos. Un médico con posgrado en inmunología y casi veinte años de experiencia profesional no tiene derecho a tener presentimientos. Susan Sontag afirmaba que existen dos reinos, dos ciudadanía: la salud y la enfermedad. A los seres humanos les toca pasar, con frecuencia, de una a otra. Andrés ha pensado, más de una vez, que en la mitad, en la frontera de esas dos geografías, están los médicos. Recibiendo pasaportes, haciendo preguntas, evaluando. Pueden desconfiar pero necesitan pruebas. Es un oficio que necesita evidencias. Un médico ve eritemas, hematomas, células, enzimas, variables proteicas; un médico lee síntomas, no atiende vibras, pálpitos interiores, escurridizas visiones.

El sonido del teléfono fue como un dedo de aluminio que de pronto raspó el aire. Atendió de inmediato. Era del laboratorio. Ya estaban listos los resultados de hematología que había pedido con urgencia. Mientras iba oyendo los valores, anotándolos en un papel, siguió sintiendo la misma ansia. Era como si dentro de él se hubiera instalado un animal voraz, insaciable, que continuaba ahí jadeando, incluso cuando constataba que todos los resultados estaban en orden. Tal y como había dicho su padre, sólo tenía el colesterol un poco alto. Lo demás estaba bien, dentro de los rangos adecuados. Miró el reloj y pensó que ya era demasiado tarde para llamarlo. Tampoco estaba en ánimo de celebración. El maldito presentimiento no se calmaba, no estaba satisfecho. También hay chismes que la sangre no controla. Levantó el teléfono, entonces, y llamó de nuevo al hospital. Reservó un espacio a primera hora para hacer unas placas de tórax y unas tomografías. No deseaba dejar abierta ninguna duda.

¿Por qué piensa lo peor?

Porque, a veces, lo peor también sucede.

* * *

No fue sencillo convencer al viejo para ir de nuevo al hospital. Andrés casi tuvo que obligarlo. Inmediatamente se puso nervioso, a la defensiva. Andrés le llevó los exámenes de sangre, se los mostró, le aseguró que todo estaba bien. Pero su padre reaccionó como hubiera reaccionado cualquiera: —Si todo está bien, ¿por qué, entonces, me vas a llevar a hacerme más exámenes?

No había manera. Andrés tuvo que sentarse y le habló con franqueza: los exámenes de sangre estaban bien pero él deseaba tener una garantía mayor, por eso quería que su padre se hiciera unas placas y una resonancia magnética. Era parte de un examen general, un ejercicio de rutina, sólo para confirmar que todo estaba bien.

—Confía en mí —le dijo—. Créeme.

El viejo Miranda suspiró hondamente y, sólo entonces, se dejó llevar a la sala de radiología del hospital.

Su padre sale al pasillo y lo mira apesadumbrado. Está desnudo, apenas cubierto por esas delgadas batas que se amarran atrás, sobre la espalda. Andrés se acerca, con cierta premura.

—¿Viste que no fue para tanto?

Su padre no contesta. Ni siquiera lo mira. Podría gruñir sin causar ningún asombro.

—Ahora sólo falta la resonancia magnética y la tomo-grafía —susurra Andrés, instándolo a avanzar por el pasillo.

Su padre camina, sigue sin mirarlo.

—Cuando uno se desmaya —insiste Andrés—, tiene que haber un motivo, una razón, una causa. Así es la medicina. Si los exámenes de sangre no me la dan, yo voy y la busco en otro lado. Eso es todo. De eso se trata. De buscar.

—Quien busca, encuentra —masculla finalmente el viejo, como en un reclamo, dando dos pasos hacia delante. Siempre sin mirarlo.

* * *

Estimado Doctor Andrés Miranda:

¿Será que no le llegó mi mail? Yo soy un poco nuevo en esto del internet, de pronto también le di al botón equivocado. He pasado días pensando en eso, mientras espero. A cada rato abro el correo de la computadora a ver si tengo algún mensaje de usted. Nada.

Mientras tanto, ya ni siquiera intento llamar para pedir hablar con usted. La última vez su secretaria me dijo que eran instrucciones suyas, que usted mismo era quien había pedido que no le pasaran más mis llamadas, que incluso había pedido a la seguridad del hospital que, si llegaba a presentarme por ahí, no me dejaran entrar. Yo no lo creo, le dije. No puedo creer eso. Y ella me colgó. Después de eso no he vuelto a llamar más. Pero sigo preocupado, doctor, no entiendo lo que

ocurre. Nada de esto tiene una explicación lógica. Por eso insisto, por eso es tan importante escribirle otra carta, por eso es tan importante que usted sí me responda.

También he pensado que quizás usted no se acuerde de mí. ¿Será eso? Me parece raro, pero tal vez eso pueda explicar por qué todavía no me ha contestado. O quizás me esté confundiendo con otra persona. Eso también puede ser. Todos estos días, le he estado dando vueltas a eso en mi cabeza. Supongo que usted no recuerda a la mayoría de la gente que pasa por su consultorio. ¿Cuántos pacientes puede ver usted en un día? ¿Siete, ocho, diez, doce? Tal vez más. Multiplicado por los cinco días de la semana, por supuesto. Es mucha gente. Usted debe pensar que es imposible recordar a tantas personas. Pero estoy seguro de que ninguno lo olvidará a usted. Para todos nosotros usted es el doctor. Nuestro doctor. Mi doctor. Para usted somos enfermos en general, anónimos, sus pacientes, gente que espera ser atendida. Fíjese en la palabra. Justamente: pacientes. Gente que tiene paciencia. En cambio, para nosotros, usted tiene nombre y apellido. Es el doctor Andrés Miranda. Es único.

Ahora me preocupa que usted se vaya a tomar mal todo lo que acabo de escribirle. Espero que no. Le digo todo esto porque es algo que tiene que ver con mi relación con usted. Si me lo permite, voy a recordarle nuestra primera cita. Yo supe de usted en una sala de espera, en una de esas revistas médicas que hay en las salas de espera leí un artículo suyo que trataba sobre la relación entre los doctores y los enfermos. Usted decía, supongo que eso sí lo recuerda, que esa relación también era parte del tratamiento, que la relación entre un doctor y un paciente ya podía o no ser una forma de curación. Usted decía que no se podía hablar de enfermedad sino de enfermos. Que la enfermedad, así, en general, no existía. Que sólo existían las personas concretas, los enfermos, y que por tanto la relación entre médico y paciente debía ser una relación personal pero también una práctica médica.

Le confieso que quedé muy impactado. Tanto que me fui inmediatamente a buscar sus datos para tratar de verme con usted, para que usted fuera mi médico. Todo esto también se lo dije en esa primera cita. Y usted me escuchó de manera atenta. Al menos, eso sentí. Sentí que usted me escuchaba sinceramente. Hablamos de mi trabajo en la compañía de teléfonos. Hablamos de mi vida, de mi familia, de mis padres y de mis hermanos. Le conté de mi divorcio, de lo mal que me fue, y que me va, con mi ex mujer. Luego pasamos a la parte física. Ahí también usted fue muy atento. Yo sentía que me escuchaba con genuino y profundo interés, con respeto. Traté de explicarle con detalle lo que me ocurría. Como ya no sé si lo recuerda o no, siento que debo repetírselo ahora de nuevo. Por favor, téngame ahora usted un poco de paciencia.

Yo he venido, desde ese tiempo, sufriendo súbitas bajas de tensión, una descompensación interna que me pone casi diariamente al borde de continuos desmayos. Los síntomas son claros: sudoración fría, palidez, sensación de debilidad interna, descenso en la temperatura del cuerpo... y obviamente el leve mareo que siente cualquiera justo antes de desmayarse. Le conté todo eso. Usted anotó cada cosa. Hizo algunas preguntas. Luego me revisó, me tomó la presión, «la tiene en doce-ocho», dijo. «Muy bien», agregó. Yo le comenté entonces el artículo que había leído, le dije que por ese artículo había ido a verlo. Usted sólo sonrió, amablemente. Le juro que me sentí seguro, que sentí que por fin había encontrado un doctor en quien confiar.

En nuestra segunda cita, ésa sí la tiene que recordar, yo llegué con los exámenes que usted me ordenó hacer. Una hematología completa y un perfil de lípidos. Usted me trató con la misma amabilidad de la primera vez. Incluso bromeamos un poco, hablando de mi ex mujer, de las

mujeres y de las ex mujeres en general. Sentí que avanzábamos un poco en la relación personal. Usted me contó que estaba casado y que tenía dos hijos. Yo le dije que, por suerte, no tuve hijos en mi fracasado matrimonio. En fin... Pero luego vino el asunto médico. Usted me dijo que los exámenes daban muy buenos resultados, que yo estaba bien. Yo, por supuesto, le repliqué, le dije que eso era imposible. Había seguido teniendo los mismos mareos. Quizás no le gustó que yo insistiera. Pero tenía que hacerlo. Quien se iba a desmayar era yo, no usted. Eso también se lo dije. Usted, entonces, me aseguró que yo estaba bien. Que no me iba a desmayar. Que físicamente era imposible que me desmayara. Aquella vez, usted me pidió que creyera en usted, que confiara en usted. Y eso hice, doctor Miranda. Ahora soy yo el que le pide eso mismo: créame, tenga fe en mí, confíe..., por favor, ¡contésteme!

Esperando su pronta respuesta. Atentamente,

Ernesto Durán

* * *

Cuando llega, Andrés ya está en una mesa algo apartada, a la altura de su segundo whisky con hielo. Miguel luce atareado, apurado.

—Perdona el retraso —dice al sentarse.

Andrés sólo mueve la cabeza, sin mayor definición, como si con el gesto pudiera expresar cualquier cosa. Su rostro es desazón de mediodía.

—Por teléfono dijiste que era grave —asoma Miguel—, pero ahora que veo tu cara me asusto, ¿qué pasó?

Andrés le señala los dos sobres que están sobre la mesa.

—Dale un vistazo a eso —apenas murmura.

Miguel toma el sobre, extrae las placas, las alza, observa. Primero las de radiología que muestran los pulmones. Luego, las tomografías del cráneo.

—No hay ningún error. No hay manera de leer otra cosa —dice Andrés—. ¿O no?

Miguel voltea y lo mira, tenso, dudando qué responder. Se acerca el mesonero y, aun antes de que pueda saludar, Andrés lo ataja:

—Tráigale un vodka con hielo y limón. Doble —enfatisa con cierta intención y sin dejar de mirar fijamente a Miguel.

—Tengo que hacer una fístula esta tarde —contesta Miguel a algo que nadie le ha preguntado. Tampoco lo dice demasiado convencido.

—Sólo dime qué piensas. No hay ninguna esperanza, ¿verdad?

Miguel más que suspirar resopla, vuelve a darle una mirada a las placas. Las observa de soslayo, a

contraluz. El contraste del azul sobre el blanco opaco deja ver manchas, irrupciones oscuras, sombras que no deberían estar ahí.

—Es un carcinoma espinocelular, ¿no? —Miguel pregunta sin dejar de mirar las placas.

—Estadio 4 —dice Andrés. Luego señala lentamente una de las placas de la tomografía—. Con metástasis cerebral —añade, con la voz a punto de quebrarse.

—¿De quién son? —Miguel lo mira, pregunta con cierto temor.

—De mi viejo —dice Andrés.

Los dos permanecen un rato mirándose, sin pronunciar una palabra, envueltos en esa rara complicidad que da la amistad.

—¡Qué cagada! —sólo atina a susurrar Miguel después de la pausa.

Andrés cuenta rápidamente el proceso: lo primero fue el desmayo, después el presentimiento, los resultados de los análisis de sangre, otra vez el presentimiento, las placas de tórax, las tomografías... Miguel trata de matizar, de buscar otras explicaciones posibles.

—Si no fuera mi padre —dice Andrés—, ya tú y yo habríamos visto las placas y habiéramos concluido que no hay salida, que se trata de la madre de todos los tumores, que el paciente se jodió —agrega ahora con la voz entrecortada—. No hace falta ninguna biopsia, no tiene sentido abrirlo.

—Puede ser, pero... —Miguel quisiera decir algo, pero no tiene nada que decir. No puede engañarlo.

—¿Por qué nos cuesta aceptar que estar vivos es una casualidad? —pregunta de pronto Andrés, con un nudo en la garganta.

Ambos se quedan callados. Un whisky más, un vodka más. Miguel habla por teléfono, suspende la operación. Andrés guarda las placas de nuevo en sus sobres.

—Tu viejo, por supuesto, no sabe nada.

—No.

—Pero no cometas ahora la pendejada de decirle, de contarle.

—Es lo que siempre hago, ¿o no? Es lo que siempre he dicho, es lo que he defendido: la relación de transparencia entre el médico y el enfermo.

Otro silencio. Hasta que Miguel le confiesa que él jamás ha estado de acuerdo con ese método. Andrés asiente, como si no lo oyera, como si se tratara de un movimiento mecánico e involuntario mientras, en realidad, su cabeza está en otra parte. Tal vez se encuentra atendiendo la memoria, viendo pasar la cantidad de enfermos y de familias de enfermos con los que ha tratado; viendo a aquéllos que iban a morir, que no tenían más remedio. Quizás recuerda cómo puso en práctica esa metodología de la transparencia. A algunos incluso les parecía duro, inhumano. Otros lo agradecían. Andrés siempre prefirió compartir la verdad clínica con los objetos de esa verdad, con esos cuerpos cansados, convertidos ya en materia médica, dispuestos a las agujas y a los químicos. Muchas veces le ha tocado decir: «No hay ninguna esperanza, lo siento. Ni siquiera tiene sentido que viajen, que lo lleven a Los Ángeles o a Houston. Si acaso le quedan dos meses de vida».

Siempre ha insistido en que lo mejor es hablarle con esa misma franqueza al paciente. Aun a riesgo

de inocularle una angustia tan terrible como la misma enfermedad. Lo más probable es que él mismo lo sospeche, que ya el paciente lo intuya, que escuche en secreto los anuncios de su propio cuerpo, el sonido final de la enfermedad.

—Todos tenemos derecho a saber que nuestra vida ya tiene un tiempo marcado, una fecha; todos tenemos derecho a saber cuándo y cómo moriremos, eso es lo que yo siempre he dicho.

—Pero ahora es tu padre quien está del otro lado del estetoscopio. Es absurdo, Andrés, piénsalo. Tú y yo sabemos con qué velocidad avanza un cáncer como éste.

—¡Y él nunca fumó, carajo! —masculla de pronto Andrés—. ¡Ni un solo cigarro en toda su puta vida! —exclama, apretando los labios, como si mordiera hielos.

—Por eso te digo, ¿acaso no crees que él va a decir lo mismo, que se va a preguntar lo mismo? ¿Qué sentido tiene que sepa la verdad?

—No puedo engañarlo ahora. No sería justo.

—Perdóname. Eso que acabas de decir es una gran pendejada.

—No, no lo es. Es parte de nuestra historia, de lo que hemos vivido juntos, como padre e hijo.

—La gran pregunta es: ¿puedes hacerlo? —Mientras habla, Miguel se remueve en su silla, se inclina, otorga cierto tono confidencial a sus palabras—. Digo, es más fácil ir con un paciente cualquiera, con una gente que no es tu familia. Te afecta, pero es distinto; es distinto tener a tu padre enfrente, mirándote, y decirle: viejo, te quedan unas semanas de vida. A eso me refiero: ¿puedes hacerlo?

—No. No estoy preparado.

Miguel asiente, toma su vaso, bebe, pensando. Luego observa su reloj y vuelve a mirar a Andrés.

—Déjame contarte un caso que pasó hace poco en la unidad —dice finalmente.

Miguel es nefrólogo y, aparte de su consulta particular, trabaja desde hace años dirigiendo una unidad de diálisis en un hospital público.

—Hay un paciente que tiene sesenta y ocho años. Es un viejito cascarrabias, se llama Efraín. Es diabético, ésa es su enfermedad de base. Está en la última etapa, tiene los riñones jodidos, anda casi ciego, ve muy poco. En la máquina de diálisis la pasa muy mal. Suele gritar, llorar. Trae locos a todos los técnicos y a las enfermeras. Es un tipo amargado, harto de vivir. Peor aún: vivir para él sólo es un sufrimiento. Tiene que venir tres veces por semana, sigue una dieta espantosa, le cuesta mucho caminar, sus expectativas de vida son cada vez menores, te lo puedes imaginara fácilmente, ¿no?... Una tarde, una de las enfermeras me pide hablar a solas. Me extraña un poco pero vamos a un consultorio, nos sentamos. Y entonces ella me dice que Efraín se quiere morir. Yo me quedo muy sorprendido. No sé si está bromeando, no entiendo. Claro que se debe querer morir, pero el tono en que me lo dice ella implica otra cosa. La enfermera me repite que el viejo se quiere morir, que así nomás, que ya no quiere seguir en esta vaina, que así no quiere estar vivo. El procedimiento, en principio, es sencillo: con dejar de venir a la diálisis tiene. Eso es todo lo que hace falta. Que, por equis o por zeta, se quede en casa y ya. Su cuerpo no lo va a resistir y por algún lado explota, se muere. Casi podría decirse que de muerte natural, pues.

Andrés asiente en silencio. Alza la mano y pide otro whisky.

—Es lo que el tipo desea —continúa Miguel—. Que acabe ya esa pesadilla. No sólo él, también su familia desea lo mismo. Están hartos, están tan enfermos como él. Su enfermedad los ha contagiado, también los está matando. Todos llevan años en esa situación límite. Tú sabes perfectamente cómo es eso. El hombre ya no puede hacer nada, está medio ciego, huele al bicarbonato de la máquina, necesita medicinas especiales; hay que llevarlo, traerlo, controlarle la hipertensión, darle de comer, limpiarlo... Siendo absolutamente fríos y objetivos, si se muriera sería un gran alivio, en todos los sentidos, para su familia. Pero, además, también hay otra cosa: si lo piensas a nivel de la institución, a nivel de servicio público, a la sociedad también le conviene que el viejo Efraín se muera. Tú y yo ya hemos hablado antes de esto. El tipo tiene casi setenta años y, por su edad y por su estado, ya no tiene ninguna posibilidad de ser un candidato a un trasplante de riñón. Pero está ocupando un puesto, un turno, en una máquina de hemodiálisis. En ese momento, en lista de espera, había una muchacha de diecisiete años que estaba esperando una oportunidad para entrar a tratarse en esa unidad. ¿No es acaso más justo que esa muchacha esté ahí en lugar de Efraín? Yo sé que otra persona, oyendo este mismo cuento, podría pensar en que esto, planteado así, casi es un homicidio, un asesinato. O la promoción del suicidio, qué sé yo. Pero no, nosotros, al menos en ese momento, pensamos que la muerte de Efraín podía ser un acto de justicia. Con la muchacha que esperaba turno, con su familia y hasta con el mismo Efraín. Como dices tú: él ya sabía cuál era el final, ya tenía fecha. Y en ese momento sólo estaba queriendo ejercer el derecho a apurar ese momento, a no hacer de su muerte algo tan largo, tan doloroso. Una vez yo hablé con un cura de todo esto. Él, por supuesto, me dio un sermón. Yo esperé y al final le pregunté: ¿el masoquismo es pecado? El cura se sorprendió, dudó un poco pero después me dijo que sí, que era pecado. Pues entonces Efraín no quería seguir pecando. La vida, en él, ya era un acto masoquista. Tan sólo deseaba que su muerte fuera más amable, que su muerte acabara ya con la tortura de su propia vida.

—¿Adonde quieres llegar? ¿Qué hicieron?

—¿Sabes qué pasó? Nosotros asumimos el riesgo. Todos, en la unidad. Si alguien se hubiera enterado nos habríamos metido en un gran problema. Los medios de comunicación se hubieran dado un banquete con nosotros, pero eso no nos asustó, igual asumimos el riesgo. Yo mismo hablé con la familia de Efraín, con la esposa y con la hija mayor. Fue un poco incómodo, ya sabes, una de esas conversaciones en las que no se nombra nada en concreto, hablábamos como en clave. Había un gran pacto, silencioso, discreto. El viejo Efraín también estaba de acuerdo. Efraín se iría a su casa, dejaría de venir a la diálisis, y ya... ¡Pero no se dio! ¡Al final no pasó nada! ¿Sabes por qué? Porque hacía falta una firma, porque era necesario que un familiar del viejo firmara un papel, una hoja donde se daba fe de que Efraín Salgado dejaba de asistir a la unidad de diálisis por su propia voluntad. Era una manera de protegernos, de que no viniera después otra persona de esa familia a acusar a la unidad de no querer recibir a un paciente.

—¿Y?

—¡Y nadie quiso firmar! ¡Ninguno de sus familiares se atrevió! Sentían que firmar esa constancia era firmar la confesión de un delito. Y fue ahí, en ese trámite que parece tan tonto, tan trivial, que todo el plan se vino abajo, se acabó. Lo que para mí era un detalle burocrático, una mera formalidad después de haber logrado lo más importante, para esa gente se convirtió en un símbolo definitivo. Aquél que firmara ese papel quedaría como el responsable de esa muerte, con el cadáver de Efraín en las manos. Como si rayar el nombre sobre una hoja convirtiera de inmediato ese acto en un crimen. Algo así creo que sintió esa gente en ese momento. Necesitaban hacer la vista gorda,

necesitaban que todo ocurriera como si fuera una casualidad, como si ciertamente se tratara de un suceso no intencional. Necesitaban sentir que el viejo se moría por su propia cuenta, sin que ninguno de ellos lo supiera.

Miguel pide un plato de camarones al curry. Andrés no tiene hambre, permanece callado, ausente. Suena su teléfono celular. El observa en la pequeña pantalla el número de quien lo llama, decide no contestar. El teléfono sigue repicando sobre la mesa. Es un sonido inútil, sin destino. Andrés no da ninguna explicación, continúa sin decir nada. Miguel lo mira y de pronto se siente un poco avergonzado.

—No sé muy bien por qué me acordé de esto —dice, con cierto arrepentimiento—. No sé por qué te lo he contado. Ahora pienso que no tiene ninguna relación con lo de tu padre, con todo esto que estamos hablando.

—Quién sabe —apunta Andrés, mirándolo—. Quizás, sí.

Miguel niega con la cabeza.

—De pronto me vino el recuerdo, sentí ganas de contártelo, aunque ahora no le veo demasiado sentido. Discúlpame.

En el fondo, Miguel ahora quisiera recoger la anécdota, buscar en el suelo las migajas de ese relato, devolver a su memoria todo ese cuento de Efraín Salgado y su familia. ¿Por qué se había acordado de eso? ¿Por qué, además, se había dejado llevar y le había contado todo eso a Andrés? No era eso lo que necesitaba su amigo en un momento así. No era eso lo que podía esperar de él. Lo citó para decirle que su padre tiene cáncer, que su padre va a morir y él, en vez de ser solidario, de consolarlo, se ha puesto a deshebrar una anécdota macabra, triste, sobre un hombre que se quiere morir, sobre una esposa y unos hijos que desean que su marido y su padre se muera. ¿Para qué? ¿Por qué?

—No te preocupes, no pasa nada. —Andrés vuelve a negar con la cabeza. Hay bastante melancolía en sus ojos, aunque sonrío levemente.

—Claro que sí pasa. Tú estás hecho mierda y yo soy un idiota que se pone a contarte unas vainas que no vienen al caso.

El mesonero llega con la cuenta y se produce el clásico forcejeo de tarjetas de crédito, la batalla por ver quién paga. Miguel se empeña en hacer de la cuenta su penitencia y se impone. Cuando el empleado se aleja, Andrés lo observa.

—Yo sé por qué te acordaste de ese cuento, yo sí lo entiendo.

Miguel lo escucha, aunque sigue moviendo negativamente su cabeza.

—En el fondo —continúa Andrés—, tu memoria tal vez recordó que morir no es tan fácil como parece. Que, a veces, saber lo que ocurre, o lo que va a ocurrir, no nos ayuda. Eso fue todo, Miguel. La palabra muerte es un hechizo impredecible. Que mi viejo no sepa la verdad. No le digas la verdad a tu padre: eso fue lo que me contaste.

Mientras Miguel está en el baño, Andrés piensa que, tal vez, ésa sea una de la más trágicas consecuencias de la enfermedad: destruye cualquier otra apariencia, no permite disimular la muerte, arruina la oportunidad de morir como si no pasara nada, o como si realmente estuviera ocurriendo

otra cosa.

A las seis de la tarde, Andrés está de vuelta a su casa, en mitad de la peor cola en la autopista que va hacia el sur de la ciudad. Los cinco carriles están atascados, a tope. Es la típica imagen urbana que a tantos les fascina: manadas de vehículos, respirando lentamente, uno tras otro, bajo la indiferencia de un sol color mostaza. Por primera vez, en ese trance, Andrés no se siente acorralado por el malhumor o por la prisa de llegar a su casa, de sentir que por fin el día termina. Tal vez es el efecto del whisky. En el asiento del copiloto están los sobres con las placas de su padre. Andrés los ve de reojo y luego cierra los ojos. Es sólo un segundo. Siente que no puede doblar los párpados, que duelen. Sabe que va a ocurrir, que es inevitable. En un ademán tonto, e inútil, enciende la radio tratando de que lo irremediable no suceda. Rápidamente cambia de estación a estación: de nada sirve. Es inútil ese cruceo de voces y canciones. Ya siente unas lágrimas raspando los bordes de sus pupilas. Es desagradable. Pica. Lloro pero además quiere gritar, golpear el volante. Siente la saliva espesa. No puede contenerse, no puede dejar de llorar. No sabe cómo.

* * *

Estimado Doctor Andrés Miranda:

No sé por cuánto tiempo más debo esperar una respuesta. Pensé que, después de la segunda carta, usted contestaría en un día o dos. No ha sido así. He estado averiguando y me han dicho que los correos también se pierden, que eso ocurre con frecuencia. Es decir, que tal vez usted sí me contestó, pero que su respuesta se perdió y fue a dar al correo de otra persona, por ejemplo. También he pensado que quizás lo mejor es que yo imprima estas cartas y vaya personalmente al hospital a dárselas. Aunque le digo que, antes de hacer eso, preferiría de verdad que este sistema funcionara y que usted al menos me dijera si recibe o no mis correos. Con eso me bastaría, fíjese. Con que usted me mandara un correo con un «sí» o con un «no», nada más, solamente eso. Así al menos sabría que estamos comunicados.

Durante este tiempo, mientras espero su respuesta, he estado tratando de revisar nuestra relación, tratando de recordar si hubo algo que pudiera haberlo molestado, si yo hice algo que quizás pudo producir una reacción como ésta. ¿Será posible que usted reciba y lea mis correos y no desee contestarme, que no quiera saber nada de mí? ¿Acaso puede ser cierto lo que dice su secretaria? Por más que lo pienso, le juro que a mí me sigue pareciendo imposible. No me cuadra. Usted no sería capaz de hacerle algo así a un enfermo. Al menos eso siento yo. Es lo que todavía siento.

Como le decía en la carta anterior, lo único que le pido es un poco de la misma confianza que yo le tuve a usted. Usted me dijo que mi salud era perfecta, que era imposible que me desmayara, y yo confié en usted. Y en verdad pasé uno o dos días sintiéndome mejor. Pero al tercer día volvieron de nuevo esas sensaciones de desmayo. Lo recuerdo perfectamente. Yo acababa de salir de mi trabajo y caminaba por la avenida Solano. Era un mediodía con mucho sol, hacía mucho calor. Yo iba de lo más tranquilo cuando, de pronto, en una esquina, me agarraron de nuevo los mismos síntomas. Me puse muy nervioso. Creí que me derrumbaría ahí mismo, en ese lugar y en ese instante. Mis manos estaban frías, mi cabeza sudaba, me costaba tragar. Tuve la impresión de que a mi alrededor todo iba a comenzar a moverse, de que estaba perdiendo el equilibrio. Ésa fue la primera vez que lo llamé por teléfono. No se me ocurrió otra cosa. Usted debe recordarlo. Le dije

que era una emergencia, le conté lo que me estaba ocurriendo. Usted estaba muy sorprendido, supongo que eso sí lo recordará. Me pidió que tuviera calma, me preguntó qué me pasaba. Yo estaba tan nervioso. Le dije que me iba a desmayar. Después sólo pude gritarle a un taxi que iba pasando y me lancé dentro del carro, pidiéndole que me llevara de inmediato a la emergencia de la clínica. Sé que aquella vez usted se molestó un poco. Recuerdo que me mostró los exámenes clínicos. Tenía todos los valores normales. Estaba bien. Yo no supe qué decirle. Yo sólo me sentía tranquilo en el hospital, sabiendo que usted estaba cerca, que si me pasaba cualquier cosa, usted estaría ahí.

Reconozco que fue una época muy crítica, en la que yo andaba demasiado mal, muy nervioso, descontrolado. No fue buena idea comenzar a llamarlo desde diferentes sitios de la ciudad, a distintas horas, para que me calmara, para que me asegurara que era realmente imposible que yo me desmayara en ese momento. Pero le juro que yo sentía que eso estaba a punto de suceder, que si no hablaba con usted me iba a desmayar en ese lugar, en cualquier lugar, donde estuviera. ¡Sentía que dependía de usted, que usted era mi garantía para seguir de pie y no derrumbarme de inmediato, en ese instante!

No tengo palabras, y eso me desespera, créame; no sé cómo comunicarle la claridad física que yo tenía, la evidencia terrible de que en verdad estaba a punto de perder el sentido, de desmayarme. Dentro de mi cuerpo había un barranco. Suena raro pero es así. Estaba pálido, aun sin verme sabía que estaba pálido. Podía sentir la sangre bombeando en mis sienes. Y tenía las puntas de los dedos muy heladas. No era un capricho. Nunca me gustó molestarlo, interrumpirlo, acosarlo. Y de verdad que me arrepiento de haberlo hecho. Pero sólo deseaba transmitirle aquello que con tanta fuerza yo mismo estaba sintiendo. Por eso insistí en que investigáramos más, en que me hiciera una evaluación clínica más profunda. No puedo negar que, en ese tiempo, usted siguió comportándose de manera extraordinaria. Con mucha paciencia y sabiduría. Siempre fue cordial y amable conmigo. Aunque no cedía en su diagnóstico. Me escuchaba pero no me hacía caso, por eso yo a veces me desesperaba. Y vino entonces aquella tarde cuando usted me dijo que quería hablarme con toda franqueza. Yo me dije: ¡por fin!, pero usted me sorprendió. En vez de escucharme, de atender las urgencias que yo tenía, usted me dijo que no quería que yo siguiera perdiendo mi tiempo y mi dinero, ¿recuerda aquella vez? De esto tiene que acordarse claramente. Usted me dijo que yo no lo necesitaba, que a mí no me hacía falta un médico internista sino un psicólogo.

Esa misma tarde me propuso lo de la terapia. Y hasta me recomendó a una doctora amiga suya y me dio el número de teléfono de su consultorio. Y yo le hice caso, otra vez. ¡Fíjese la confianza que yo tenía en usted! Y sí, doctor. Yo fui a la terapeuta que usted me recomendó. Y no sé por qué pero creo que ahí empezaron todos nuestros problemas. A partir de ese momento, todo entre nosotros cambió, ya más nunca he podido volver a hablar con usted.

He llegado a pensar que quizás la psicóloga le contó algo de lo que hablamos en esa primera cita. Quizás fue eso. Apenas yo salí de su consultorio, ella tomó el teléfono y le marcó. Así lo imagino ahora. Pero tampoco entiendo, ¿qué pudo decirle que fuera tan grave? No recuerdo haber dicho nada especial ese día. Yo llegué puntualmente. La mujer, de entrada, no me cayó bien, no me pareció simpática. La sentí seca, distante. Ni siquiera intentó romper el hielo, como dicen. Ni siquiera dijo nada. Se quedó en silencio y yo entendí que debía hablar. Le conté un poco lo que había ocurrido, por qué estaba ahí. Le hablé de usted y de mis desmayos. Ella siguió en silencio.

De vez en cuando anotaba algo en un cuaderno. Yo me sentí incómodo, tampoco tenía mucho más que decir. Le pregunté: ¿qué más quiere saber?, ¿qué otra cosa tengo que decir? Ella me dijo que ése era mi tiempo, que dijera lo que yo quisiera. Entonces me sentí aún más incómodo. La verdad que no me gustó nada eso de la terapia. ¿Por qué tenía que estar ahí? ¿Por qué tenía que hablar con esa desconocida? ¿-Eso se suponía que debía hacer? ¿Contarle mi vida, mis intimidades, a una tipa que apenas acababa de conocer? ¿Por eso, además, yo estaba pagando? El resto de la cita sólo seguí repitiendo un poco lo de los desmayos. No hablé de más nada.

Pero algo tiene que haber pasado, doctor. Algo con la psicóloga, algo con su secretaria, algo con algo... porque a partir de esa vez ya más nunca pude hablar con usted, ni tampoco más nunca me quisieron dar otra cita. ¿Me entiende? Es como si yo pudiera pensar que, incluso, lo tienen secuestrado, que alguien lo retiene aparte para evitar que nos veamos. Eso es lo que yo siento.

Ayer en la noche no terminé de escribir esta carta. Estaba cansado, era tarde; creo que tampoco sabía muy bien cómo seguir. Es raro pero tenía la sensación de que ya debía terminar de escribir pero no encontraba el final, no sé si me explico. Hoy me levanté temprano, salí a caminar, comí algo de fruta y me he sentado a terminarle su correo antes de ir al trabajo. Le confieso, doctor, que estoy empezando a sentir una gran frustración. ¿Y si esta vez tampoco contesta? Si no hay respuesta, ¿qué debo hacer? Sigo sintiendo los mismos mareos, doctor. Cada vez estoy peor. Ahora tengo una rara sensación en la saliva, vivo con la boca amarga. También he comenzado a sentir una presión alrededor de los ojos, en los párpados. Son nuevos síntomas, doctor. Tengo miedo de que cuando por fin podamos hablar, volver a vernos, ya sea entonces demasiado tarde.

Ernesto Durán

* * *

Mariana es blanca pero no demasiado, no tan blanca como para ser tan sólo una blanca. Piensa en eso mientras la observa desnuda bajo la ducha. Andrés ha cerrado la puerta y se ha sentado sobre la tapa de la poceta. Ella todavía no lo ha visto. La realidad siempre es distinta mientras uno se baña. Ella sólo está ahí, dejándose hacer por el agua, como si nada más existiera, como si el vapor no fuera pasajero, como si el mundo no estuviera tan cerca de esa habitación, tan a mano como la toalla. Ni los años ni los hijos la han hecho menos deseable. Al menos, no para él. Desde las investigaciones realizadas por la doctora Winnifred Cutler en 1986, la ciencia se ha empeñado en diseccionar el deseo, llegando incluso a señalar que aquello que llaman amor, físicamente, también tiene fecha de vencimiento, no puede durar más de siete años. La experiencia de Andrés contraviene estos dictámenes. Mira a Mariana y siente en su interior un temblor, una tensión. El deseo usa al cuerpo, pero no lo padece. El deseo no se arruga; cambia, se transforma, pero no tiene edad. Ahora observa a Mariana y la desea. Esta noche, deprimido y cansado, después de catorce años juntos, el deseo sigue invicto. Le gusta. Le gustan sus hombros pequeños, delgados. Le gusta su tamaño, su piel, su culo, sus pies, su sexo. Ha estado tantas veces en ese mismo cuerpo y, sin embargo, todavía se emociona al verla desnuda.

—¿Desde hace cuánto estás ahí? —pregunta ella cuando por fin lo descubre.

Andrés no contesta. La jala hacia sí, le quita suavemente la toalla, comienza a secarla.

—¿Qué tienes? ¿Qué pasó con tu papá?

El continúa como ausente, pasando el paño sobre el cuerpo de Mariana. Ella, ante tanto silencio, finalmente voltea a mirarlo, de frente, a los ojos.

—¿Qué pasó? —insiste.

—Ahora no quiero hablar —musita Andrés, débilmente, antes de acercarse a su rostro, buscando un beso. Como queriendo asesinar las palabras. Borrirlas. Con sus labios, tapiarlas.

Hicieron el amor en el baño. Con furia. Como muchachos. Ella se sentó a horcajadas sobre él, dándole la espalda. Andrés le mordió la nuca, los hombros. Hicieron el amor como gatos. Ambos tuvieron orgasmos fuertes y luego quedaron en un jadeo silencioso, como si cada cuerpo tardara un poco en regresar a su lugar. Pasaron al cuarto, se tendieron desnudos en la cama y hablaron. Cuando la conoció, Andrés no sintió ninguna señal especial. Mariana tampoco. No fue amor a primera vista. Tampoco a segunda, ni siquiera a tercera. Los rondaba un gusto, una sazón interior que fue creciendo hasta que una noche, en una reunión en casa de una amiga, de esa misma manera pero con una botella de vino de más, se hartaron de ver una película rusa en video y se fueron los dos juntos a otra habitación. Ahí comenzaron a hablar, a reconocer su atracción y, sin saber muy bien cómo, también comenzaron a desnudarse, entre besos y caricias. Se apretaron y se estrujaron. Tuvieron sexo como suelen tener sexo por primera vez dos cuerpos que no se conocen, que no han construido todavía su propia intimidad. Después pasaron toda la noche hablando, desnudos sobre el piso de granito. Quizás eso es lo que más recuerdan de aquella primera vez: el frío del granito en las nalgas.

—Papá tiene cáncer —dice Andrés.

La frase, dura, como si fuera una sola pieza, cae también sobre la cama. Se tiende entre ambos. Mariana está sorprendida, entrecortada. No sabe cómo reaccionar.

—Es cáncer de pulmón.

—Pero...

—No hay nada que hacer —agrega Andrés, haciendo un gran esfuerzo. Cada palabra le pesa, le duele, le sabe a vidrio.

—No es posible. Algo tenemos que hacer —dice ella, conmovida, acercando su cuerpo desnudo al cuerpo de Andrés.

—Se puede hacer lo de siempre. Quimio, radioterapia. Pero es estadio 4. Ya está extendido. Tiene metástasis en el cerebro.

—¡Dios mío! —apenas logra exhalar Mariana, mientras se lleva las manos a la cara y comienza a sollozar.

Andrés se abraza a ella. También él hubiera preferido otro término, menos definitivo, menos final. De pronto, ese tropiezo de una te sobre otra, ese precipicio de eses de la palabra metástasis, los deja aferrados el uno al otro, sin poder pronunciar más nada, llorando.

El llanto es escasamente literario: no tiene forma.

—¿Se lo vas a decir?

—No lo sé.

Mariana se calza la bata de paño y va a la cocina. Traerá un vaso con agua. Andrés sigue sin tener hambre.

Se mueve hasta quedar boca arriba, todavía desnudo, mirando hacia el techo. Durante su adolescencia eso fue un deporte, pasaba horas mirando el techo. Puede incluso recordar las diferentes lámparas que tuvo en las distintas habitaciones de los muchos apartamentos en los que vivió con su padre. Al viejo le gustaba mudarse. Con el tiempo, ésa es la única explicación que ha encontrado. Cada dos años, Javier Miranda era raptado por una extraña inquietud, por un incontrolable entusiasmo inmobiliario. Buscaba en los avisos clasificados un nuevo lugar donde vivir, otro apartamento en alquiler. Lo hacía con tal fascinación que Andrés llegó a sentir que cada mudanza era un viaje a otro país, una excursión maravillosa. En vez de vacaciones, siempre tuvieron mudanzas.

Desde el accidente, su padre jamás volvió a montarse en un avión. Nunca. Andrés lo recuerda ahora. También recuerda que él mismo debió superar ese terror. Siempre buscaba alguna excusa para no viajar. Hasta que llegó su matrimonio, su luna de miel, y Mariana se mostró reacia a pasarse unos días en los llanos venezolanos. Gracias a un tío que tenía una agencia de viajes, había conseguido una oferta extraordinaria en República Dominicana. Antes de que Andrés pudiera poner su trauma sobre la mesa, ya ella tenía los boletos de avión en la mano. Para el viaje de ida se tomó 6 miligramos de lexotanil; para el de vuelta, una botella de ron. Entre uno y otro, pasó cuatro días temblando. Cada vez que pensaba que lo esperaba de nuevo otro viaje en avión se apoderaba de él una ansiedad frenética. República Dominicana fue un exceso. Y, de no haber sido por la terapia, de seguro hubiera sido el único exceso de su vida. Jamás habría ido a ninguna vacación fuera del país, jamás habría asistido a ningún congreso médico en el exterior. Sólo habría conocido lugares a los que se puede llegar en automóvil. Eso era su padre. Eso era Javier Miranda ahora. Con casi setenta años y un cáncer de pulmón.

Desnudo y mirando al techo: cuando era adolescente, esa posición implicaba también una buena paja, el rito de la masturbación. La edad tiene sus ventajas. La masturbación es un acto generoso, insustituible, que desarrolla la autoestima y promueve la salud; pero, aun así, no puede compararse con la gratificación del sexo con una pareja. Los mejores orgasmos siempre son con otro. Sólo cuando llegó Mariana, y ambos comenzaron a hacerse expertos, el uno en el otro, Andrés comenzó también a experimentar unos orgasmos radicales, un festival de temblores y sacudidas, descargas químicas inenarrables. A veces, al eyacular, la sensación es tan fuerte que llega a sentir que en vez de semen su sexo expulsa sangre. El éxtasis físico siempre está irremediable y maravillosamente unido a lo sucio, a la noción de la suciedad. Baudelaire pensaba que ésa era una condición del amor. «De hecho, no podemos hacer el amor más que con los órganos excrementicios».

Mariana está de regreso. Trae el vaso con agua y el rostro pensativo. En todo este tiempo ha seguido cavilando sobre lo mismo, no se ha podido desembarazar de la pregunta: ¿se lo vas a decir?

En la madrugada, todavía la misma interrogante ronda alrededor de Andrés. Zumba como un mosquito junto a sus orejas, se posa en la mejilla izquierda, casi danza sobre un párpado. Ha hecho todo para espantarla pero se trata de una duda muy insistente. Busca en la biblioteca el libro de Amoldo Kraus *Una lectura de la vida*, donde según recuerda ha leído el análisis que el médico

mexicano plantea sobre ese conflicto entre aquellos que piensan que «decirlo todo puede ser contraproducente» y quienes piensan que «no es ético esconder información». Desliza los ojos lentamente sobre las páginas mientras Mariana, todavía desnuda, se va quedando dormida a su lado. Sabe que no va a encontrar ninguna receta. Tampoco una instrucción, una orden. Ni siquiera un consejo. Morir debería ser siempre un acto simple: no hay nada más sencillo que un infarto fulminante. La complejidad está en lo que no concluye todavía, en la enfermedad. Es la experiencia de la pérdida llevada al clímax, a un umbral que no tiene retorno. ¿Vale en realidad la pena que su padre sepa la verdad? ¿Qué ventaja le puede dar ese saber? ¿Qué puede hacer con esa información? ¿De qué le sirve conocer que su cuerpo lo está traicionando, que muy pronto morirá?

Andrés puede evaluar el efecto de esa noticia sobre él mismo. Desde que vio la tomografía del cerebro de su padre hasta este momento, hasta este arrugado minuto de esta madrugada, ¿cómo se siente? Tenso, nervioso. Todo ahora en él es prisa: una angustia apurada. Es un desespero interior, casi líquido, que no deja de hervir, de fluir, de mancharlo todo. Su memoria está sobresaltada. A cada momento vienen y van recuerdos, imágenes, anécdotas..., en pocos días ha recordado más que en los últimos diez años. Como si el pasado se hubiera escapado de una caja. Ahora está en desbandada, viviendo en un solo sobresalto. ¿Pasará eso mismo con su padre? ¿Acudirán a él, de pronto, todos los recuerdos de sus casi setenta años? ¿Será ésa la mejor manera de despedirse de la vida?

Andrés lee nuevamente un fragmento en el libro de Kraus: «La realidad es que no es fácil percatarse de qué enfermos tienen la capacidad de escuchar todo y quiénes no. Es intrincado determinar quiénes podrán beneficiarse sabiendo en cuánto tiempo perderán la vista, cuándo dejarán de caminar o cuándo requerirán sondas para el funcionamiento de sus esfínteres. Es a la vez evidente que hay seres capaces de manejar malas noticias, mientras que otros no cuentan con elementos para hacerlo». ¿En qué grupo puede ubicar a Javier Miranda? ¿Dónde se halla su padre? ¿Era posible situarlo, con puntual exactitud, entre aquellos que saben manejar una «mala noticia»? ¿Y una noticia fatal? ¿Una última noticia, más bien? Quizás Miguel tenía razón: no es posible adivinar la reacción de un ser humano al enterarse de la inminencia de su propia muerte. Contra cualquier pronóstico, ese hombre recio y decidido, llamado Javier Miranda, también puede derrumbarse y entrar en crisis al mirar de frente una tomografía de su cabeza. El resplandor de las manchas que lo están devorando.

* * *

Doctor Miranda:

Tengo que confesarle una cosa: lo estoy siguiendo.

Hasta este momento, hasta esta frase, Karina piensa que Ernesto Durán no pasa de ser una curiosidad. Ha leído sus cartas anteriores con una sonrisa desdoblada en el rostro. La secretaria del doctor Miranda se encarga por completo de toda la correspondencia que llega a esa dirección electrónica. Es un buzón destinado de manera exclusiva a la comunicación profesional. Comúnmente llegan muchas promociones de los laboratorios médicos y de la industria farmacéutica; también esa dirección sirve para congregarse todos los compromisos gremiales: invitaciones a foros, actos, bautizos de libros, conferencias... De alguna manera, Ernesto Durán logró llegar a esta dirección y empezó a enviar sus correos. Cuando llegó la primera carta, Karina de inmediato se lo reportó al

doctor. Andrés Miranda la leyó y luego le dijo que no le diera importancia, que no contestaría. El siguiente correo ni siquiera lo reportó. No le dijo nada al doctor, pero ella sí lo leyó. Desde la primera carta, Karina, junto a Adelaida, la recepcionista del consultorio vecino, comenzó a juntar curiosidades a partir de la correspondencia de este paciente singular. Nunca se habían tropezado con alguien como Ernesto Durán. Con la segunda carta, pasaron muchas horas hablando del caso. Karina agregó los detalles físicos del personaje, ella había visto a Durán en dos ocasiones. Lo recordaba con suficiente nitidez. Era un hombre delgado, atlético. Rondaba los treinta y cinco años, tenía el cabello tan oscuro como los ojos: de un negro asfalto. Era atractivo, pero sin excesos. Tenía, también, o al menos eso presentía Karina, cierta fuerza interior, una suerte de voluntad natural que otorgaba aplomo a su presencia física. Quizás el único detalle objetable era el tamaño de las orejas: demasiado pequeñas dentro de la evaluación que Karina había hecho.

—Los hombres con orejas pequeñas siempre me dan desconfianza. —Algo así comentó Adelaida.

Así lo recuerda Karina: ni simpático ni antipático. La primera vez que estuvo en la consulta le pareció un hombre amable, correcto, pero nada más. Llenó el formulario con los datos para el expediente clínico y luego se sentó en una esquina y esperó. A Karina le extrañó que no tomara una revista y se pusiera a leer, eso hacen la mayoría de los pacientes. Hay gente que sólo lee en las salas de espera.

En su segunda cita lució un poco más nervioso. Karina recordaba muy bien cómo Ernesto Durán apoyaba sus manos en las rodillas, suspiraba, miraba con frecuencia a todos lados, como si no pudiera controlar sus ojos, como si más bien su rostro se viera obligado a perseguir sus pupilas. También se puso de pie varias veces. Dio pasos cortos. Salió al pasillo, volvió a entrar, siempre asintiendo brevemente. Luego vinieron las llamadas telefónicas. Ernesto Durán comenzó a convertirse en puntualidad irritante, en reiteración. Cuatro o cinco de cada diez llamadas tenían su voz del otro lado de la línea. Siempre cordial, decente, incluso afable; hasta la tarde en que el doctor Miranda la llamó al consultorio y le pidió encarecidamente, usó esa palabra: encarecidamente, Karina, por favor, que no volviera a pasarle ninguna llamada más de ese paciente.

—Ni una sola. Nunca más. Si es él, yo nunca estoy —dijo.

No fue fácil. Durán era un hombre persistente, obcecado. Le bastó muy poco para darse cuenta de que Karina había pasado a ser un desvío de ruta, que esas conversaciones telefónicas sólo eran una eterna postergación. Una tarde estalló. Se sentía humillado, estaba harto, esto es una burla, qué se cree usted, bramó todavía antes de tirar el teléfono. Karina quedó temblando. Mantuvo el control delante de los pacientes que estaban en la sala de espera, pero de inmediato fue al baño que quedaba en el pasillo. Mientras caminaba, tratando siempre de mantener la calma, todavía sentía algunas sacudidas en su interior: los gritos de Durán estaban dentro de su cuerpo, o al menos su eco permanecía ahí atrapado. Cuando se miró en el espejo, los ojos se le llenaron de lágrimas. Se sintió ridícula, furiosa, estúpida. Se lavó la cara intentando hallar un poco de su propio orgullo en el agua.

Al día siguiente, sin embargo, la sorprendió una bolsita con chocolates y una pequeña nota: Durán pedía perdón. Media hora más tarde, también lo hizo por teléfono.

Karina trató de mantener cierta distancia, un dejo de altivez colgado de sus frases cortas y discretas, pero era evidente que el gesto la había conmovido. Durán, además, intentó ir un poco más allá, trató de explicarle su caso, su urgencia. Karina, aflojando un poco el tono, con una actitud más solidaria, buscó explicarle que cualquier intento sería inútil. Le propuso, entonces, invertir el

método: cuando el doctor Miranda pudiera recibirlo, ella misma, personalmente, lo llamaría. Al despedirse, ninguno de los dos mostró demasiada fe en el otro. Pasó una semana sin que Ernesto Durán fuera un aló o un buenas tardes en el teléfono del consultorio. Karina llegó a pensar que, finalmente, se había resignado. Pero entonces apareció la primera carta. Luego la segunda. Después la tercera. Ella las leyó con atención. Aunque se resiste a aceptarlo, también se conmovió un poco. Se las mostró a Adelaida y ambas convinieron en que se notaba la desesperación de Durán, que sin duda todo lo que escribía lo escribía con total sinceridad, que —también sin duda— era un hombre sensible y estaba en problemas. Adelaida alcanzó a comentar que le parecía algo injusta la actitud del doctor Andrés Miranda.

—¿Vas a mostrarle el correo?

—Para nada.

Karina conocía muy bien a su jefe. Andrés Miranda había sido demasiado claro: si es él, nunca estoy.

Karina imprime la tercera carta y la lleva a un pequeño restaurante donde las dos amigas, al menos una vez a la semana, suelen almorzar. Junto a una paella, con más cebolla y pimentones que animalitos del mar, la nueva correspondencia de Durán ilumina la comida. Ambas se dedican a imaginar un poco la vida de este hombre acorralado por un miedo tan enorme, tan corrosivo, tan poderoso. Las dos mujeres se han sentido tocadas al leer las terribles sensaciones que acosan a Durán cada vez que siente que está a punto de desmayo. También, con sumo interés, siguen todo el relato de su fracasado encuentro con la terapeuta que el doctor Miranda le había recomendado. Pero quieren más. Adelaida se pregunta qué hace en su trabajo, a qué se dedica.

—Tiene cara de administrador.

—A mí más bien me parece que no estudió nada, que trabaja en la compañía de teléfonos como asistente de cualquier cosa y ya.

Karina también quiere saber más de su vida familiar: ¿cuándo se casó y cuándo se divorció?, por ejemplo. Le extraña que no cuente nada sobre su propia intimidad. ¿Qué pasó realmente con su ex mujer? ¿Tiene novia actualmente?

Esta vez, sin embargo, Karina no luce tan entusiasmada. Sospecha que la nueva carta no responderá ninguna de sus preguntas. Adelaida no aguanta la curiosidad. Tampoco entiende por qué, desde que se vieron para ir a almorzar, desde que su amiga le anunció que había llegado un correo, Karina ha mantenido esa expresión de susto pegada al rostro.

—Cuéntame, ¿qué pasa?

—Que tengo miedo, eso pasa.

—¿Por qué? ¿Qué dice esta carta?

—Sólo leí la primera frase.

—¿Y por una sola frase tienes esa cara? —la interroga Adelaida llena de asombro.

Pero no es sólo miedo. Karina también se siente defraudada. Hasta ahora, Durán era un misterio suave, sin ninguna amenaza. Podía parecerle incluso pintoresco, algo extravagante pero sin llegar a ser peligroso. El comienzo de la tercera correspondencia fue una llamada de alerta, un timbre en su

interior de pronto se activó. Ahora duda, piensa que quizás todo es mucho menos romántico de lo que ella ha imaginado. Tal vez Ernesto Durán no es un hombre solo, que teme perder el sentido y que está desesperado por relacionarse con alguien. Tal vez tan sólo es un demente, una persona con serios problemas mentales. Karina saca de su bolso la carta impresa y se la muestra.

—Mira cómo empieza —dice, poniéndole a Adelaida el papel delante de los ojos.

Doctor Miranda:

Tengo que confesarle una cosa: lo estoy siguiendo.

* * *

Andrés debía ir con su padre, mostrarle las placas, decirle la verdad, contarle lo que le ocurría; debía encima explicarle que era necesario hacerle nuevos exámenes, que de ahora en adelante su relación con la medicina sería demasiado estrecha, tan estrecha que llegaría a detestarla; debía ir con su padre y decirle que, en realidad, todo era una mierda, que tenía cáncer, que le quedaba poco tiempo de vida. ¿Cuánto exactamente? Los calendarios médicos suelen ser inexactos: poco. Siempre menos.

Pero no lo hizo. Postergar los deberes, sobre todo cuando los deberes son tan dolorosos, es también una forma fugaz de sobrevivencia. El poeta William Carlos Williams también fue médico. Él escribió: «Muchas veces hay que observar la mente del paciente tal y como ésta lo observa a uno, con desconfianza». Andrés no sabía cómo su padre reaccionaría al enterarse de la verdad. Desconfiaba. De ambos, porque tampoco tenía demasiadas certezas sobre sí mismo, sobre la manera en que él mismo reaccionaría después de decirle la verdad a su padre. Había decidido enfrentar el asunto, por más trágico que fuera, y hablar con el viejo; pero llegado el momento no sabía cómo hacerlo, se sentía invadido por miles de pequeños miedos que, como lagartijas acorraladas, recorrían su ánimo y lo llevaban siempre a posponer de nuevo esa obligación: debía hablar con su padre, pero no en ese momento, pero siempre después.

Esta otra mañana se distrae nuevamente. Ha pasado días utilizando ese procedimiento. Para amainar la culpa, sabe que no le sobra tiempo, se entretiene con asuntos que tienen que ver con la enfermedad de su padre pero que le evitan hablar directamente con él. Ahora está tratando de negociar con Merny. Ella es la empleada que va dos veces por semana al apartamento de Javier Miranda. Los jueves limpia a fondo, los martes limpia de manera más superficial y plancha la ropa. Andrés ha dejado al abuelo en un cine con los nietos y ha aprovechado para venir a hablar con ella. Le cuenta todo, no se ahorra detalles, pero le advierte que su padre todavía no está al tanto, no sabe nada. Merny, al recibir la noticia, se asombra un poco, pero tampoco demuestra mucho lo que siente. Es una mujer reservada. No hace demasiadas preguntas. A veces no es fácil deducir qué piensa; al menos, a veces para Andrés no es sencillo. Cuando le propone que venga todos los días, de lunes a viernes, Merny no contesta, luce intimidada, lo mira con cierto recelo. Andrés le aclara que no le está pidiendo que sea la enfermera de su padre. Él mismo contratará una enfermera. Sólo desea un apoyo. Que ella esté ahí todo el tiempo. Que cocine todos los días. Que pueda salir si hay que comprar algo en la farmacia o en el mercado, ¿qué piensas, Merny?

Tiene treinta años, es una mujer hermosa, morena, con caderas anchas y buenas piernas. El nombre

de Merny es una combinación de nombres. Su madre se llama Mercedes, su padre Nicolás. Juntando las primeras sílabas inventaron su nombre, Mer por Mercedes y Ni por Nicolás, Merny. La y griega la puso el empleado público que registró a la niña en los libros de la notaría. Merny vive con un hombre que se llama Jofre. Andrés lo ha visto un par de veces, pero conoce poco de él. Sabe que trabaja como albañil, nada más. Merny tampoco lo menciona demasiado. Vive con él pero él no es el padre de sus dos hijos, ellos son de otro, del primer hombre de Merny, un colombiano que se fue a Barranquilla y no regresó más nunca. El mayor se llama Willmer, tiene ya once años. Es flaco y huesudo, se está dejando crecer el cabello para hacerse unas trenzas, le gusta el rap y el baloncesto. El más pequeño se llama Yurber y apenas tiene cuatro años. Es un gordito risueño y cachetón. En las mañanas va a la escuela más cercana, en las tardes se queda al cuidado de una amiga de Merny. Willmer, en cambio, ya está en edad de andar por la calle.

—La calle no es buena —dice Merny—. Hay mucha mala junta en la calle. En un barrio cercano ya hay niños de diez años que beben aguardiente, se endrogan con crack y tienen pistola. Eso lo sabe todo el mundo. Hasta la policía lo sabe. Y no hace nada. Mejor que no hagan nada —agrega después—. Menos mal que a Willmer le gusta el deporte. Gracias a Dios, hasta ahora mi hijo me ha salido bueno.

Merny, Jofre, Willmer y Yurber. A Andrés le asombra que a los pobres les gusten tanto ese tipo de nombres. ¿Por qué se llaman así? ¿Por qué no Juana o Gerardo? ¿Por qué no Elena o Luis, o Inés o Ramón? ¿Será que les parecen nombres demasiado comunes, tan iguales, insípidos, sin ningún destello particular? Tal vez por eso, a la hora de poner nombres, buscan personajes de películas, jugadores de béisbol, extranjeros importantes. Siempre en inglés, por supuesto. Tampoco entiende a quienes les gusta combinar sus propios nombres y castigar a los hijos con palabras casi impronunciables. Eso también es muy popular. Como Merny. Un hijo de Jason y de Mildred se llama Jamil. Pero, además, a la hora de presentarlo ante la prefectura, también pasa lo que le ocurrió a Merny. El burócrata de turno escribe el nombre como mejor le suena: Yaimil. Yaimil Rodríguez. Así se llama uno de los enfermeros que trabajan en el turno de noche en la emergencia del hospital. Más de alguno pensará que eso ya es un mal comienzo; que, para cierta gente, el nombre también es una primera desventaja.

Merny no lo cree así. Todo lo contrario. Nunca ha hablado de eso, pero es evidente que está orgullosa del nombre de sus hijos. Casi se pudiera pensar que se trata de un acto de afirmación, de un breve ejercicio de poder, de un triunfo. Ella le ha dado la vida a una criatura que, de seguro, va a pasarla bastante mal en este país. Su bebé es un grano más en la raya de la pobreza de las estadísticas nacionales. Probablemente Merny no podrá controlar nada. Es una existencia atada a lo público. La salud, la educación, el empleo... La miseria parece trazar un camino que siempre termina en los aposentos del Estado: o la burocracia o las prisiones. Quizás lo único propio, personal y privado, que, desde ese primer instante, Merny pudo ofrecerles fue justamente eso, un nombre. Un nombre especial, un nombre como Willmer, que suena a futuro, a norte, a otra cosa. O un nombre distinto, como Yurber, tan distinto que sólo a ella se le pudo ocurrir. Ese quizás es su sello personal, lo único que ella puede controlar, lo más seguro que puede darles. Una ilusión que suena. La oportunidad de un nombre.

Una vez Andrés tuvo que acercarla a su casa. Cuando empezaba a trabajar con el viejo, hace años. La llamaron de un teléfono público, desde el barrio. Willmer apenas tendría nueve meses. «Le dio algo», dijeron. «Está mal. Tienes que venir». Merny se puso nerviosa. Miró a Andrés muy

desconcertada cuando él se ofreció a llevarla. Andrés estaba de paso, visitando a su padre. Le ofreció incluso ayuda médica, pero Merny se negó. Casi a regañadientes, aceptó que él la arrimara en su carro hasta un sitio cercano al lugar donde vive. Fueron por la autopista, ella habló muy poco, pero se movía, inquieta. Como si con una tensa habilidad pudiera alternar su columna vertebral de una nalga a otra. También, a veces, movía los dedos de su mano. Andrés intentó calmarla, le reiteró que si era algo grave, por favor no dejara de avisarle. Ella le pidió que la dejara en la avenida donde comienza el cerro, la inmensa montaña donde la marginalidad, lentamente, ha construido su difícil reino. Ahí tomaría un jeep que la subiría varios kilómetros hasta llegar a una cuesta, cerca de un módulo de la policía, donde a ella le toca bajarse y seguir a pie por unas escaleras de cemento hasta su barrio, hasta su casa, hasta la fiebre de Willmer.

Podría tardar más de una hora. Tan sólo el último trecho eran más de cuatrocientos escalones. Una vez su hermana los contó, le dijo. Uno a uno, mientras subía. Venía sola, tarde, de noche. Cuatrocientos veintidós, exactamente. Lo hizo para distraerse porque tenía mucho miedo.

Andrés recuerda ahora claramente esa anécdota. Estaban en plena campaña electoral. De regreso a casa, escuchó unas propagandas políticas en la radio. Había llegado la hora de los pobres, gritaba el candidato de turno, mientras arengaba en contra de los viejos partidos políticos y prometía un nuevo paraíso. También hay un cielo donde todos se llaman Willmer.

Merny sigue viviendo en el mismo lugar y de la misma forma, con los mismos miedos. ¿Cuánto tiempo ha perdido subiendo y bajando esas escaleras para venir al apartamento del viejo Miranda? Dos veces por semana, todas las semanas. Llega a limpiar, a acabar con el sucio que produce otra persona. Cuatrocientos veintidós escalones de ida, cuatrocientos veintidós escalones de vuelta. Y el jeep, la avenida, un autobús hasta la boca del metro, doce estaciones hasta otra boca de metro, otra avenida, otro autobús hasta la puerta del edificio. Es un largo crucero para llegar a doblarse, a enfrentarse a esa mancha hundida entre las losas de una cocina que no es suya. ¿Así lo pensará ella? ¿Así lo sentirá? Cuando sube cada escalón hacia su casa, después de la jornada. Cuando mira el cerro enorme, lleno de casitas y de ranchos. Ni siquiera la policía se atreve a entrar en algunos de esos barrios. Cuando sube cada escalón y piensa que Willmer ya no es un bebé con fiebre, que ya tiene otros peligros, que ya está en la edad de poder matar a alguien. Pudiera ser un malandro. ¿Qué debe hacer ella para evitarlo? ¿Cómo puede ayudarlo?

Por un momento, Andrés se pregunta qué hay detrás de la mirada de Merny. Esos ojos que a veces le resultan esquivos o incomprensibles, ¿qué esconden? No está contenta con su vida. No puede estarlo. Nadie puede estar contento con esos cuatrocientos veintidós escalones. ¿Eso es lo que hay en su mirada? ¿Eso es lo que hay debajo de sus ojos? ¿Un resentimiento oscuro, sordo, estreñido? De repente siente frío. Tal vez a Merny no le importa para nada su padre. Lleva años aquí y tan cerca, tan adentro de sus vidas, pero a la vez también tan lejos. Ahora mismo la mira y siente que no la conoce, que no sabe qué piensa, qué siente con respecto a su padre. Tal vez sólo está pensando en su trabajo. Tal vez para ella la muerte del viejo Miranda sólo es un estricto asunto laboral. Tal vez no. De repente le espanta pensar que Merny, secretamente, los odia. ¿Los odia?

Finalmente, ella habla. Un poco entrecortada, con cierta pena, pero sin disfrazar lo que siente, sin ocultar lo que piensa. A Merny no le agrada la idea de trabajar para un hombre que está a punto de morir. No es nada personal, sólo que no desea estar en el apartamento cuando, fatalmente, Javier Miranda fallezca. Eso es lo que termina deduciendo Andrés. Ella no lo dice, no de esa manera. Ella propone más exhalaciones que palabras. Conversa con sonidos vagos, con interjecciones, con pausas

rumiadas. Al final, sólo añade que va a pensarlo. Sólo eso. Lo pensará.

—Luego le digo. Ahora tengo que terminar de limpiar el baño.

* * *

Doctor Miranda:

Tengo que confesarle una cosa: lo estoy siguiendo. Le juro que ahora me encantaría verle la cara, ver cómo reacciona ante esto. ¿Qué le parece? ¿Le molesta? ¿Le preocupa? ¿Le da susto, tal vez? ¿O quizás ni siquiera le importa, quizás hasta le parece divertido? Ya ni sé qué pensar. Sólo déjeme aclararle que no he comenzado a seguirlo por gusto sino por pura desesperación. Lo he intentado todo pero usted no contesta mis correos, su secretaria siempre me miente, ya no sé qué hacer para que me haga caso, para resolver mi situación.

Ahora pienso que quizás ésta sea la única forma de que usted entienda cómo me siento yo de acosado, cómo me afecta todo esto. Ya estoy empezando a tener problemas en mi trabajo, imagínese. Estoy comenzando a temer que incluso me puedan despedir. Es en serio. Los ataques que me dan son cada vez más frecuentes y, cuando siento que me voy a desmayar, que me baja la tensión, suelo tratar de ir rápidamente al baño. Me lavo la cara con agua fría, respiro hondo. También, en algunas ocasiones, me pongo por unos segundos de cabeza, parándome sobre las manos, como eso que uno hacía en gimnasia de chiquito, en la escuela. Me sostengo sobre las manos y apoyo los pies en la pared del baño. Así la sangre va de nuevo a la cabeza y evito el desmayo.

Hace poco un supervisor, con una rara sonrisa, me dijo que se chismeaba que últimamente yo me la vivía en el baño. Otro día, estaba parado de manos, como le digo, y entró al baño un compañero de la oficina de al lado. Por supuesto que al verme así se quedó muy sorprendido. Yo traté de explicarle la situación pero de seguro que no me creyó nada. Tal vez pensó que yo estaba loco. Lo cierto es que cada vez me siento peor en el trabajo. Me doy cuenta de que hablan de mí, de que me miran sospechosamente. Sé que cuando me ven, se dan codazos y hablan bajito.

Antier no aguanté más, doctor. Aproveché que en la oficina estaban fumigando y me fui temprano a buscarlo. Yo sé que usted sólo recibe pacientes a partir de las tres de la tarde, pero pensé que quizás estaría en alguna otra actividad dentro del hospital. Pensé que podría estar pasándole revista a sus pacientes o en una operación en el quirófano. Di varias vueltas por todos lados, incluso fui al cafetín. También le pregunté a un par de enfermeras por usted. No lo encontraba pero le confieso que tan sólo con estar ahí, con estar buscándolo, me sentía mejor.

Ya estaba por regresarme cuando de pronto lo vi. Lo vi a lo lejos, en la planta baja. Yo venía caminando y usted estaba al fondo, tomando uno de los ascensores que bajan a los estacionamientos. Yo me apuré, tratando de alcanzarlo, pero no pude. Cuando llegué, ya el ascensor había cerrado sus puertas. Me puse muy ansioso. Y salí corriendo hacia las escaleras, como en las películas. Bajé a toda carrera, tropecé con una señora que caminaba con un bastón, pero no me importó, seguí de largo. Era casi una carrera contra reloj: usted lo sabe, en el hospital hay cinco sótanos para estacionamiento. ¿Cómo podría saber yo en cuál de ellos estaba su carro? ¿Cómo podía saber en qué sótano saldría usted del ascensor? Por eso bajaba corriendo por las escaleras, casi saltando los escalones de dos en dos, y asomaba la cabeza en cada piso, miraba

rápido, tratando de cazarlo, tratando de ver si lo veía. Usted llevaba una camisa color guayaba y un pantalón azul.

No lo encontré. Nunca lo pude ver. Llegué al sótano cinco jadeando. Se abrieron las puertas del ascensor y salió una señora que traía una niña en brazos. La niña tenía la cabeza vendada y estaba muy pálida. Sus labios parecían pintados de verde. Al verme, la señora se sorprendió y caminó más de prisa, como asustada, hacia donde estaban los automóviles estacionados. Yo me quedé un rato ahí, tomando aire. Luego me puse a pensar en lo que hubiera pasado si, en verdad, yo hubiera podido alcanzarlo. ¿Cómo habría reaccionado usted? ¿Me reconocería con sólo verme? ¿Sabría quién soy?

Pasé la tarde como con un extraño alivio interior. Es quizás el mismo alivio que siento cuando le mando estas cartas.

Sabiendo que pronto nos encontraremos,

Ernesto Durán

* * *

Se toma la tarde libre. Llama a su secretaria y suspende todas las citas, cancela el consultorio. Luego va hasta la estación de Maripérez y se sube en el teleférico. Es un día de semana, no tiene que esperar demasiado. En la cola sólo hay unos muchachos, fugados de algún liceo, huyendo de ese aburrimiento organizado que llaman secundaria. Durante todo el trayecto, se la pasan bromeando entre ellos. Andrés permanece callado. Alguno de sus hijos podría estar en un grupo así un miércoles cualquiera. Se ríen ruidosamente. Uno ha comprado una caja de cigarrillos. Piensan fumar arriba, en la cima de El Ávila. Tienen trece o catorce años. Andrés piensa que quizás, en ese momento, podría hablarles, decirles que es médico, prevenirlos sobre el daño que produce el cigarrillo. Fumar mata, aunque uno tenga quince años, podría haber dicho. Pero no lo hizo. No tenía sentido. También él conoce esa edad, pasó por ahí. La adolescencia es la más rara de las felicidades.

Hace demasiados años que Andrés no sube a la montaña. Hubo un tiempo, en su juventud, en que venía cada vez que podía. El Ávila era como un centro comercial al natural, sin demasiadas reglas, donde en vez de vitrinas había misterios, pasadizos oscuros llenos de helechos, muchas rutas donde perderse. Andrés y Vicente, su mejor amigo de ese tiempo, subían todas las semanas. Muchas veces, incluso, lo hacían a pie. Podían tomar cualquier camino: la Julia, Quebrada Pajaritos, Cotiza... Llegar al pico Naiguatá era la máxima aventura. Es el punto más alto de la cordillera de la costa. Ahí, en una piedra gigantesca, se sentaban. Si las nubes no estaban convocadas, podía verse de un lado la ciudad de Caracas y, del otro lado, el mar. Ahí se sentaban a hablar pendejadas y a fumar marihuana.

Para Vicente no era una simple diversión, un toque de fin de semana; él se dedicaba con verdadera seriedad a organizar ese rito. Era casi un profesional de la evasión. Solía conseguir material de diferentes variedades. Una vez apareció con una yerba jamaicana de altísima calidad. Ambos fumaban sendos cigarrillos y se tendían sobre las piedras, mirando el cielo. Así pasaban horas. Sin

hablar. Con una sonrisa fácil, apenas balanceándose sobre los labios.

La luz es más blanca allá arriba. El sol es una bofetada de luz. Arde de otra forma, se reparte por el aire, como si también él se tendiera en la zona más alta del cielo. El viento corta los labios. Sus dedos parecen hojas de afeitar. Más que subir a la montaña, finalmente flotaban sobre ella.

Lo último que supo de Vicente es que vivía cerca de Tampa, en Florida, vendiendo aspiradoras. Parecía mentira que los horarios de la universidad hubieran separado aquello que la marihuana había unido de manera tan contundente. Vicente era el hermano que Andrés jamás había tenido. Cuando él empezó medicina, Vicente acababa de entrar en la facultad de ingeniería. Dejaron de verse de manera tan natural que Andrés llegó a pensar que su amistad también había sido una asignatura de la educación secundaria. Igual que pasó por las matemáticas, por el fastidio inenarrable de castellano, por la abulia de la historia; igual también pasó por su amistad con Vicente. Después de años, en una cola del cine, uno de sus hermanos le informó que Vicente se había ido a los Estados Unidos, que llevaba una vida bastante pacífica, una vida *electro lux*, junto a una esposa y tres hijos.

Desde el Hotel Humboldt, cerca de donde está la estación de llegada del teleférico, no se puede ver la ciudad y el mar al mismo tiempo, con tan sólo voltear la cara. No hay piedras enormes, tampoco el sol se ve ya tan cerca.

Andrés pasea su nostalgia. Tampoco a esa edad, cuando no alcanzaba todavía los quince, soñaba con ser médico. Si le tocara precisar cuándo y cómo decidió estudiar medicina, tendría que pensarlo por un largo rato. La gente ve en la enfermedad una señal definitiva: el cuerpo dentro del cuerpo, una señal que perturba pero que también da asco. Quizás por eso suele pensarse que la medicina es una vocación terca, contumaz, de una pureza casi genética: se nace médico, se nace sin miedo a asomarse en el interior de otros cuerpos, se nace con una fuerza capaz de mirar de frente otras sangres.

Pero Andrés siente que ése no es su caso. Piensa que, en él, la medicina más que una vocación fue en principio una curiosidad. Nunca ha podido sentir que ser doctor es una variante del ser misionero, un designio casi religioso, un voluntariado que se mueve por caridad, por el ideal de vivir salvando a los demás. La medicina no es una cualidad del ser humano, no es una virtud.

Cuando trata de escudriñar en su memoria siempre se topa con la misma imagen: un amanecer en playa El Agua, en la isla de Margarita. Andrés tendría diez años, su madre acababa de morir. Tal vez por eso su padre decidió que se fueran los dos una semana a la isla. Viajaron en ferry, por supuesto. Fue todo un plan familiar para desmontar el apartamento de Caracas, para limpiar la presencia de su madre sin producirle mayores traumas al hijo. Javier se llevó al niño a la playa mientras sus cuñadas revisaban los escaparates, se repartían la ropa, la bisutería y las otras pertenencias que habían sobrevivido al fatal accidente de avión. A su regreso, los dos debían encontrarse un lugar con menos pasado. Era preferible el vacío. Sería menos doloroso.

Tomaron el ferry en Puerto La Cruz. Era un barco viejo, ruidoso. Andrés se sintió abordando una ballena oxidada. Fue toda una aventura. Corrió sobre la cubierta, miró durante horas el mar esperando que los delfines aparecieran saltando entre las olas. Jamás había viajado en un ferry. Jamás había estado en una isla. Ahora que lo recuerda, una vez más, pondera lo terrible que debieron ser esos mismos momentos para su padre. Ahí está Javier Miranda, viudo y con un hijo de diez años.

—Corre, anda —le dice siempre—. ¿Qué quieres hacer?

Le enseña el mar, señala las olas crispadas, permanece atento a su lado, esperando que surjan del

agua animales sorprendentes. Ahí está, haciendo lo imposible para que su hijo olvide, para que no extrañe, para que llene con sol y con agua salada la ausencia de la madre. El Caribe intentaba conspirar en contra de Freud. Andrés va de un lado a otro mientras su padre lo complace en todo, compra un refresco de naranja, compra una empanada de cazón; cuando por fin divisan la costa de la isla, el puerto de Punta de Piedras, ambos se apoyan en una baranda del ferry a esperar el encuentro con la tierra. Javier Miranda le habla de las playas que los esperan, de esos días maravillosos que están por venir. Ése fue su duelo: organizarle una fiesta a su hijo.

Con los años ha ido ubicando su probable primer interés por la medicina en esas fechas, en esa semana en la isla de Margarita. Sucedió al tercer día. Su padre siempre lo levantaba muy temprano, como si temiera que Andrés fuera a despertarse solo, como si no deseara permitir que el niño tuviera un instante sin algún estímulo, sin alguna distracción. Con los primeros tajos de sol, su padre lo despertaba tratando de improvisar una nueva sorpresa, otra aventura más. El día anterior habían ido de pesca sin ningún éxito. Esa mañana le propuso correr a la playa para buscar aguamalas. A esa hora, cuando la luz todavía era débil y la arena estaba fría, seguro que encontrarían aguamalas perdidas entre los últimos dedos de las olas. Algunas de esas medusas blandas, que podían llegar a quemarlos dentro del agua, eran arrastradas hasta la orilla durante la noche. Las más descuidadas, las peor entrenadas, las gordas y fofas, no lograban regresar, se quedaban en la arena, junto a otras yerbas del mar, condenadas a morir lentamente, secándose, asfixiadas de aire y de sol.

Andrés terminó de despertarse cuando el agua helada tocó sus pies. Caminaron casi un kilómetro pero sólo encontraron una pequeña aguamala. Al final de la playa, sin embargo, detenida sobre la arena vieron una patrulla de la policía. Junto a ella, había un grupo de oficiales. Los dos se acercaron rápidamente. El cadáver de un hombre estaba tendido sobre la arena. Tenía la ropa un poco deshecha, la piel morada, los labios muy hinchados. De la cavidad del ojo derecho brotaba una espuma amarilla, como si fuera un brócoli muy pálido, como si un coral blando escapara de la cabeza del hombre. Javier Miranda apretó el brazo de su hijo y trató de retirarlo, pero Andrés permaneció firme, absorto, mirando el cuerpo. Los policías vagamente explicaban el caso. No era un turista. Suponían que se trataba de algún pescador de la zona. Estaban esperando a un médico forense para que analizara el cadáver.

—¡Está vivo! —dijo Andrés con cierta angustia infantil.

Mientras su padre escuchaba a las autoridades, él, intrigado, se acercó aún más al cuerpo. Lo escuchó respirar. Vio su boca abierta, percibió un ligero temblor en sus labios gruesos, se agachó y nuevamente lo oyó respirar.

—¡Está vivo! —repitió, gritando.

Sólo su padre, con premura, se puso a su lado y lo tomó de la mano. Los oficiales se miraron entre sí y sonrieron. Uno de ellos soltó una carcajada. Al menos así lo recuerda Andrés.

—Está respirando —murmuró, con cierta pena, mientras su padre lo apartaba del cadáver.

—No —dijo el policía—. Escucha bien, carajito. Lo que suena es el agua moviéndose dentro de su cuerpo. Nada más. Escucha —volvió a decir, mientras se ponía en cuclillas junto a él. Todos permanecieron un instante a la expectativa, mientras un rumor líquido apenas se colaba sobre el aire—. ¿Lo oyes? Sólo es agua. El tipo está bien muerto.

Andrés se quedó atónito. Imaginó el interior de ese cuerpo lleno de mar, de agua que iba y venía,

que producía ruidos, que daba vueltas, que no podía escapar. Pensó que ese cuerpo era una habitación secreta, donde el agua podía rodar libremente. Andrés ubica en ese amanecer su primera curiosidad por los cuerpos, el descubrimiento de la existencia de un orden distinto a las palabras, más físico, más táctil, menos invisible. Su padre tuvo que jalarlo con fuerza para sacarlo del lugar. El niño quería esperar al médico, quería saber qué pasaba luego. Su padre, por supuesto, temía que el accidente desnudara la pérdida que él justamente estaba tratando de ocultar. Una muerte llama a otra muerte. El cadáver de un desconocido tirado sobre la arena era también el cadáver de la madre flotando sobre ambos, rodeándolos, girando, mojándolos.

Andrés no recuerda otra consecuencia de esa anécdota. No recuerda por ejemplo si ese mismo día habló con su padre de la muerte, del avión que estalló en el aire; no recuerda si su sueño recurrente vino antes o después de ese amanecer buscando aguamalas en la playa. Sólo ubica en ese momento, quizás hasta caprichosamente, una imagen primigenia de su vocación. A los diecisiete años, cuando salió del bachillerato, decidió estudiar medicina. De manera un poco infantil, como se es siempre a esa edad, se sintió impulsado todavía por la misma curiosidad, deseaba averiguar qué había dentro de los cuerpos.

A las siete de la noche baja de la montaña. No hay nadie más en el carro que desciende por el teleférico. Siente que la suerte le ha regalado un raro privilegio. El viaje hacia la ciudad ofrece un paisaje extraordinario. Las líneas iluminadas de las autopistas, las luces de las urbanizaciones y de los barrios, todo traza sobre la penumbra otro mapa, una ciudad diferente, casi irreal; un paisaje detenido, sin movimiento, una Caracas inventada en ese instante, que de seguro desaparecería cuando apenas él entrara de nuevo en ella. Suspendido en el aire, casi colgado sobre ese precipicio lejano que es ahora la ciudad, Andrés toma entonces la decisión, marca el número de su padre desde su teléfono celular:

—Viejo —dice—, ¿te gustaría venir conmigo a Margarita?

* * *

En sus años de gloria, el bar fue una tasca. Del techo colgaban piernas de jamón serrano y, con cada trago, la casa ofrecía una pequeña tapa: pan con tortilla, unas sardinitas tostadas, aceitunas. Ahora, de esa herencia española no queda sino el nombre: Las Cibeles. Pero el local sólo es un bar donde se refugian los empleados de la zona después de las seis de la tarde. Oficinistas, secretarias, administradores, funcionarios públicos de bajo rango, se dan cita para intercambiar los chismes del día a la luz de dos o tres cervezas. Hay un sopor de lúpulo en todo el local, una concentración química que incluso dicta la ruta hacia los baños. En una esquina de la barra, Adelaida y Karina han debido esperar el final de la tarde para hacer la sobremesa del mediodía. La última carta de Ernesto Durán sigue siendo la parte más jugosa del menú.

—No pude decirle nada al doctor Miranda porque, desde temprano, me avisó que suspendiera todas sus citas. Me dijo que no vendría esta tarde. Sabes que está con eso de su papá, parece que el viejo está muy mal.

Adelaida apenas puede asentir. Karina luce muy decidida, habla rápido y con determinación. No ha pensado en otra cosa durante toda la tarde.

—Esto ha ido demasiado lejos —agrega ahora, mientras se alisa la camisa con nerviosismo—. Si

no es hoy, será mañana, pero esto sí que se lo tengo que contar al doctor.

—Tampoco dramáticas, Karina. No es el fin del mundo.

—¿Y si el tipo en verdad está loco? —inquire Karina, genuinamente preocupada.

—Sólo lo siguió un día, una mañana. Está desesperado, necesita ver a su doctor.

—Te estoy hablando en serio, Adelaida. ¡Por favor!

—Yo también. —La mira con complicidad, se arrima hacia ella, baja la voz—. Muchas veces una hace cosas que parecen una locura. Recuerda cuando te pedí que me acompañaras a seguir a Cheo. Tú y yo nos fuimos a ese lugar horrible por la avenida Lecuna.

—¿Querías ver si en verdad estaba jugando dominó con sus amigos! —Karina recuerda. Adelaida asiente, con intención, abre los brazos como evidenciando el absurdo de aquella experiencia.

—¿No fue una locura?

—Era un antro espantoso, lleno de putas y de tipos borrachos —dice Karina, asintiendo—. Tú presentías que él te estaba engañando, que te estaba montando los cachos. Sólo necesitabas una prueba.

—Si cualquier persona nos hubiera visto a las dos en ese momento, a esa hora, en ese lugar, siguiendo a mi marido, tratando de cacharlo... ¿Qué habría pensado de nosotras? ¿Qué habría dicho?

Ambas se miran un segundo. ¿Acaso puede ser eso lo que le ocurre a Ernesto Durán? Necesita una prueba y la está buscando de cualquier manera, desordenadamente, como mejor o como peor puede. Ya no le importa, ya perdió el control. Como todos, como cualquiera: no es tan difícil perder el control; cuando uno menos lo espera, sucede. Así como Adelaida tenía reunidas todas las sospechas y sólo anhelaba encontrar una evidencia, así mismo, con igual necesidad de saber la verdad, tal vez Durán está intentado saber su verdad. No puede seguir viviendo sin conocer lo que realmente le ocurre. La enfermedad también es un acto desleal, una infidelidad inaceptable.

A la altura de la tercera cerveza, a Adelaida se le ocurre:

—¿Y si le contestas tú?

—¿Qué?

—Eso mismo. Escríbele tú, como si tú fueras el doctor Miranda.

—Tienes frita la cabeza, Adelaida, ¿cómo se te ocurre algo así?

—¿Por qué no?

—Porque no, carajo. Porque el doctor Miranda es el doctor Miranda y Karina Sánchez es Karina Sánchez. Porque esa vaina no se hace, porque...

—Espera, espera. Escúchame. —Adelaida la interrumpe, se arrima, sobre su taburete, hasta quedar más cerca de Karina—. Piénsalo un segundo. Si le cuentas todo a Miranda, si le muestras ese *mail*, ¿qué crees que pasaría?

Karina duda por unos segundos. Imagina a Andrés, serio, delante de ella, con la hoja impresa en sus manos, leyendo con la vista el correo. Pero la escena se desvanece en el acto, no tiene más allá.

—No lo sé. No tengo ni idea. El doctor puede reaccionar de muchas maneras.

—Eso es correcto. —Adelaida se arrima un poco más—. Puede reírse, no hacer nada... O también puede llamar a la policía. También puede meter a este Durán en tremendo lío.

—Pero...

—Aún no he terminado, espera. No te estoy proponiendo un crimen, Karina. Tú conoces bien al doctor, ¿cuánto tiempo tienes trabajando con él?

—Siete años.

—Más de lo que duran muchos matrimonios. Entonces, fíjate: tú conoces su estilo, ahí, más o menos, como escribe, lo que podría decirle a un paciente como ése.

—Yo no soy doctora, no estudié medicina.

—Eso no importa. Lo único que importa es que le escribas, que le digas algo.

—No tienes ni idea de lo que estás diciendo.

—Claro que sí. Yo creo que ese hombre lo que necesita es que le hablen bonito, que lo atiendan, que le presten un poco de atención.

—Y yo creo, Adelaida, que a ti ya te está pegando la cerveza.

—Sólo prueba. Escríbele una vez. Al menos para que deje de seguir al doctor, para que se quede tranquilo con eso. Así los ayudas a los dos.

Karina duda un segundo. Es un parpadeo donde caben todas las preguntas, donde se cuele la posibilidad de que, realmente, sí puede hacerlo. Todas las tentaciones viven de segundos así. Es lo único que necesitan.

—¿Qué puedes perder con eso?

En realidad, tampoco tiene nada que ganar. Pero la tentación continúa ahí, de pie, esperándola. ¿Por qué? ¿Acaso le gustó Ernesto Durán? Aquella primera vez, cuando lo vio entrar al consultorio, le pareció agradable, tal vez, pero no fue, sin duda, una descarga química, no sintió una atracción inmediata, impronunciable. Durán comenzó a conmovérla con las cartas. De hecho, lo conocía más de haberlo leído que de haberlo visto o de haber conversado con él. A través de la escritura y de la lectura, ella había comenzado a desarrollar esa melancólica complicidad que ahora empezaba a convertirse en tensión, en riesgo. El hombre que estaba detrás de esas palabras le interesaba más que el hombre que había visto o con el que había hablado por teléfono. Podría pensar, incluso, que se trataba de dos hombres distintos y que todavía no sabía cuál de los dos era más real, más verdadero. ¿Era eso entonces lo que la tentaba?

—Está bien —dijo Karina, aflojando media sonrisa—. Una vez. Una sola vez.

* * *

Estimado Señor Durán:

Quiero, antes que nada, pedirle disculpas por lo mucho que he tardado en responder sus correos. La vida de los médicos es muy ocupada, ya usted sabe, y en las últimas semanas justamente yo he

estado muy ocupado.

He leído con atención todo lo que me cuenta y me parece muy interesante. Por lo pronto pienso que lo primero que debe hacer usted es calmarse y sobre todo no cometer ninguna locura. Sobre todo, hablo de seguirme. A eso me refiero. Yo no tengo nada en su contra, yo voy a seguir su caso de cerca y lo antes posible lo atenderé de manera personal.

Esta semana estaré en un congreso fuera de la ciudad, pero, apenas regrese, me pondré de inmediato en contacto con usted. Mientras tanto, si lo ayuda y lo alivia, no dude en seguir escribiéndome.

Esperando que esta carta le devuelva la tranquilidad que tanto necesita, se despide,

Andrés Miranda

* * *

Cuando Andrés le informó que se tomaría unos días de vacaciones, que iría con su padre a la isla de Margarita, Karina vio la mano de Dios, sintió que detrás o debajo de ese imprevisto estaban los dedos invisibles de una energía francamente superior. Esa noticia también fue su musa, le dio el impulso final para atreverse a escribir el correo. Dudó mucho, trató de ponerse en el lugar del doctor, ensayó diferentes tonos, escribió varios bocetos antes de lograr la carta definitiva. En alguna oportunidad, el mismo Miranda le había pedido que redactara una breve misiva en respuesta, casi siempre, a algunas consultas de las oficinas de ventas de las industrias farmacéuticas. Eran cartas escuetas, apenas unas líneas, donde de manera cortés se agradecía el envío de unas pruebas médicas, nada memorable, nada personal, ninguno de esos textos representaban para Karina un desafío estilístico, un nervio, esa fascinante ansiedad que de pronto había descubierto ante la pantalla en blanco: poder elegir le había producido una sensación indescriptible, un vacío trepidante en el ánimo. Igual podía quedarse paralizada por unos segundos, igual de repente sentía una urgente necesidad de escribir sin parar, a chorros, sin medida, sin control. Poder elegir, por ejemplo, entre un *Estimado* o un *Apreciado* fue todo un descubrimiento. Karina pasó casi una hora manoseando cada palabra, degustando las puntas afiladas de las consonantes, el sonido redondo de algunas vocales; comparó qué efecto podría tener en Durán cada una de ellas. No era poca cosa: se trataba de la primera palabra con la que el doctor Miranda por fin se dirigiría a él. Al final se decidió por el *Estimado*, en parte porque le pareció más formal, más cauteloso; en parte también porque le gustó la *e*. Por más que se esforzó, nunca encontró otro motivo, otra causa. Le gustó empezar con *e*. Nada más.

Con respecto a los otros pacientes, Andrés habló con Miguel, quien se comprometió a asistir a cualquiera de ellos en caso de una emergencia. También Maricruz Fernández, otra internista del hospital, quedó a la orden por si acontecía alguna eventualidad. Con la familia, tampoco encontró dificultades: a Mariana el plan le pareció magnífico. Los niños opusieron alguna resistencia pero pronto debieron rendirse: su padre y el abuelo viajarían durante la semana, era imposible que los acompañaran sin faltar a la escuela. El viejo Miranda se mostró algo suspicaz, Andrés sin embargo despejó rápidamente cualquier duda diciéndole que el viaje respondía a un estricto asunto de

negocios: como forma de pago, en una sociedad comercial que estaba a punto de disolverse, le estaban ofreciendo una casa, Andrés pensaba que tal vez podía ser una buena inversión, había decidido ir a verla y, en medio del trance, había recordado el viaje que padre e hijo habían hecho juntos hacía ya tantos años: ¿por qué no repetirlo?

Ahora está sobre la cubierta del ferry mirando hacia el puerto. Tan igual y tan diferente a la imagen de él mismo, en ese mismo lugar y en esa misma posición, hace tantos años. Tiene una sonrisa floja en los labios. Le divierte un poco su propia tontería, ese ejercicio infantil de inventar una casa, una sociedad comercial frustrada; hay algo de esta mentira que le encanta: es una feliz incertidumbre, el no saber cómo y cuándo la ordenará, le dará un sentido real, dónde hallará una casa, de qué manera podrá librarse de esa fantasía que funcionó como argumento del viaje. Andrés apoya los dos brazos en la baranda y observa cómo el puerto de La Guaira se va haciendo cada vez más pequeño. El horizonte es la única medida confiable de la velocidad, ese horizonte, cada vez más borroso, difuso, es sin embargo la única señal de realidad que ahora tiene. El barco es una maquinaria demasiado grande, resulta imposible saber si en verdad se está moviendo o si, más bien, como un perro mareado por la sal y el yodo, sólo da vueltas en redondo sobre las olas. Nada más el horizonte cambia, desapareciendo.

—¿En qué piensas? —El viejo Miranda regresa del baño y se acoda a su lado.

—Nada. Sólo miraba el mar, ¿quieres una cerveza?

El padre dice que sí y los dos se van hasta el bar. El ferry está casi vacío, apenas unos turistas alemanes, que siempre parecen un poco perdidos, como si alguien los hubiera engañado, como si Venezuela sólo fuera un error en la geografía, un traspié en el folleto de una agencia de viajes de Berlín. En las mesas de adentro está una pareja. Andrés se fijó en ellos desde que subieron. Ella es una mulata de buen ver, ronda los treinta años, o al menos eso aparenta, tiene el pelo alisado y una mueca de tristeza en la cara; lleva puestos unos pantalones cortos, color beige, y una franela sin mangas, blanca, que apenas retiene sus senos, pequeños y firmes. El hombre es un gordo clásico, con la típica barriga de un cuarentón más dedicado a la levadura que a los abdominales. De hecho, está bebiendo una cerveza. Está, también, atado a un teléfono celular, habla en voz muy alta, moviéndose de un lado a otro, gesticulando con grandilocuencia, mirando con desdén a la mujer, como si le fastidiara, como si estar con ella fuera una engorrosa obligación. Su actitud es tan ostentosa que muy pronto Andrés empieza a dudar de que realmente esté hablando con alguien. Habla tan alto, siempre dando órdenes o girando instrucciones, siempre como si estuviera conversando con empleados, con subalternos; jamás recibe llamadas: cada vez que cuelga, es él mismo quien, de manera inmediata, vuelve a marcar, y luego comienza de nuevo su breve rutina: se pasea, manoteando el aire, proyectando la voz, pavoneándose, con la evidente intención de ser visto y escuchado por los demás. No tiene recato, ni un solo matiz, nunca baja el tono. Andrés termina concluyendo que todo es una farsa, una farsa que la mujer soporta cada vez con mayor dificultad, por eso viaja con esa melancolía tatuada en el rostro, se siente apenada, tal vez piensa que todo es muy obvio, que cualquiera se puede dar cuenta. Su marido, su novio, su pareja o lo que sea, está haciendo el ridículo, quizás es lo que piensa ella. En un momento, a cierta distancia, él le grita algo que resulta incomprensible para Andrés, pero de inmediato la ve levantarse e ir al bar, y entonces entiende que el gordo le ha ordenado que vaya a buscarle otra cerveza. Aprieta el celular en su mano derecha. Aprieta la lata vacía en la mano izquierda. El celular permanece firme, la lata queda estrujada, ahorcada. El hombre la lanza al mar.

—¿No te molesta viajar en ferry?

Su padre se siente culpable: por él, por sus traumas, están ahí, en un barco cuyo recorrido dura cinco horas. Hubieran podido hacer el mismo trayecto en un avión, flotando sobre el aire durante tan sólo treinta minutos, si él no estuviera todavía secuestrado por el miedo a los aviones. Andrés le dice que no importa, que está bien, no hay apuro, además, me agrada volver a estar en un ferry. Javier Miranda no está tan seguro, piensa que su hijo habla así para salir del paso. Pero no le importa, más bien, en el fondo, se lo agradece. Su temor a volar es más fuerte que cualquier otro miedo. No lo controla. Siente que no podría poner los pies sobre el pavimento de una pista de aterrizaje sin comenzar a temblar. Imagina que se pondría azul, los labios se le hincharían, sentiría una molestia puntual en los pómulos, como si sus ojos se estiraran hacia el interior de su cabeza, como si sus pupilas trataran de huir hacia adentro del cuerpo. La sola imagen de un avión en el aire le produce náuseas. Necesita pensar en otra cosa.

—La última vez que hicimos este viaje, tu madre acababa de morir —dice entonces.

—Sí. Tú querías distraerme —contesta Andrés—. Querías alejarme de la casa. Por eso vinimos.

El viejo, entonces, piensa que quizás ahora están haciendo lo mismo pero al revés. Tarda un poco en desenredar la frase, aunque la entiende perfectamente desde el principio: los dos están haciendo ahora la misma ruta, pero esta vez, en cambio, tal vez es él, Andrés, su hijo, quien busca distraerlo. ¿Será así? No se atreve a preguntárselo.

Cuando se comienza a divisar el puerto de Punta de Piedras, como si apenas fuera una sombra borrosa, cosida al final del cielo, el gordo le pide una cerveza más a la mujer. Ahora todos están afuera, sobre cubierta. La mayoría de los pocos pasajeros se juntan en la punta del barco y observan las costas, el próximo destino fijo. Un niño grita insistentemente hacia el mar, grita una sola palabra: ¡delfines! Y estira las vocales, alargándolas hasta hacerlas chirriar. ¡Delfines! Y después silba, llamándolos. Tal vez alguien le dijo que los delfines eran perros. En todo caso, el niño grita como si lo creyera firmemente. También le grita a sus padres, protestando, quejándose de que, durante toda la travesía, no han visto ni un solo animal de mar más o menos memorable. Ni una ballena, ni una tonina, ni un delfín.

—¡Me mintieron! —chilla el niño.

Los padres lucen hartos y, como si su hijo también fuera responsable de los otros pasajeros, se van hacia el interior dejando al niño en cubierta.

—Ya venimos, Roberto —dicen.

—¡Delfines!

Andrés también aprovecha y se va hacia el interior. En realidad, le interesa la mujer del gordo del celular. Con la excusa de buscar café, va también hacia la parte techada del barco. El viejo queda mirando el horizonte, la franja de tierra que todavía no deja de ser una bruma, una mancha al fondo del paisaje. Adentro hay aire acondicionado, pero no enfría demasiado, no lo suficiente. También hay moscas que vuelan lentamente, casi parece que están mareadas, apenas planean aletargadas y a media altura. El niño en vez de buscar delfines debería cazar moscas, piensa de pronto Andrés. Pero lo olvida de inmediato cuando se acerca al mostrador donde la mujer espera la cerveza. Se acoda junto a ella, le sonrío, buscando una complicidad. De pronto lo invade una leve sensación de ridículo, ¿hace cuántos años que no hace algo así? En realidad, no desea seducir a la mujer, tan sólo juega a

seducirla, entrena un poco los músculos del cortejo, regresa a una gimnasia que hace tiempo ha abandonado. La mujer también le sonrío. Sin otro ánimo que la sonrisa, eso deduce Andrés y se queda callado. Pasan unos segundos hasta que Andrés ensaya la mitad de un bostezo, es una actuación bastante deplorable pero no se sabe otra, y vuelve a sonreír. Pide un café. Espera unos segundos más, mira de reojo a la mujer hasta que se atreve a tratar de iniciar una plática:

—Se hace largo, ¿no? —dice, pero lo lamenta casi instantáneamente. «Se hace largo». ¿Qué quiere decir exactamente eso?

—Sí, bastante —contesta la mujer, tras una pausa.

Andrés le devuelve una sonrisa enorme, agradecida. La sonrisa de ella es de menor tamaño, pero no le importa. El empleado viene de regreso con la cerveza, la mujer paga. Andrés le pregunta si vive en Margarita, la mujer le contesta que no, que vive en Maracay, está acompañando a su marido que viene a la isla por un asunto de trabajo. Andrés entonces entiende que ese gordo que, de manera interminable, habla con nadie por un celular es, primero, su marido, y segundo, un hombre que tiene trabajo, un hombre que hace negocios y viajes de negocios. La mujer no se va. Parece esperar a que a él le traigan el café. No se muestra angustiada por llevarle, lo más de prisa posible, la bebida a su esposo. Secretamente, a Andrés le agrada pensar que la cerveza se está calentando. Comienzan a hablar sin demasiado énfasis, como dejándose llevar por una curiosidad natural, como si lo único que les permitiera estar juntos fuera la implacable necesidad de matar el tiempo. Así se entera que ella se llama Yadira, que no hace mucho más que ser la mujer del gordo, no está casada con él, pero le dice marido, no tienen hijos, tampoco queda demasiado claro si viven juntos o si Yadira es su segundo frente, la sucursal de la familia formal del gordo. Andrés miente, dice que está divorciado, que viaja con su padre a pasar unos días en la playa: a veces es bueno despejarse, ya sabes. No tiene muy claro por qué dice todo eso, pero siente que es parte del juego, que le toca moverse de esa manera. Pide un segundo café. Ella continúa hablando de su vida, cada vez con más detalles, con más alegría. La lata está sudando sobre el mostrador.

Yadira está hablando de su adolescencia, contándole por qué abandonó el bachillerato, cuando de pronto aparece el gordo del celular: su rostro está pegado al ventanal de fibra de vidrio y, desde afuera, desde la cubierta, los mira. Con los nudillos golpea esa suerte de plástico opaco, su nariz aplastada se parece aún más a un hocico. Es evidente que está de pésimo humor. Yadira ni siquiera dice adiós. Toma la lata y se va.

—¿Adonde fuiste a buscar el café? ¿A Caracas?

—Me quedé hablando con una muchacha —dice Andrés, sonriendo, mientras le arrima el pequeño vasito desechable. El viejo Miranda sorbe y desliza su mirada por cubierta, como si tratara de ubicar con qué muchacha se podía haber demorado su hijo.

—Es aquélla. —Andrés le ahorra la ronda y señala con sus labios hacia un costado del barco, donde el gordo ya no habla por el celular y, a todas luces, le reclama molesto a Yadira.

—Es bonita —acota el viejo.

Andrés asiente. Luego giran de nuevo hacia la isla. Ahora sí es isla, tiene forma, relieve, ese color amarillo y rojizo de tierra seca, árida. La resolana castiga los ojos. El viejo entonces, dando varios rodeos, intenta sondear si existe algún motivo especial para el viaje que están haciendo. Andrés, desde el principio, sabe por dónde viene, entiende que debajo de todas las palabras de su padre se

encuentran respirando los exámenes clínicos, la tomografía, los resultados de la resonancia magnética... Todo eso está ahora ahí, en medio del mar. Sobre el agua hay también un quirófano, sondas que nadan como serpientes, gasas flotando, tubos, papeles, jeringas. El sol es un estetoscopio amarillo. Andrés mira a su padre de soslayo, utiliza su mano derecha como visera, la encaja en sus cejas tratando de hacer una sombra. Éste podría ser un buen momento para decir la verdad. ¿Lo es? ¿Es un buen momento? ¿Es el mejor momento? ¿No es acaso demasiado temprano? Ni siquiera han llegado a la isla. ¿Qué pasaría después? ¿Cómo será el viaje a partir del instante en que Andrés le diga la verdad?

—No sé —dice su padre, tratando de rematar lo que desea preguntarle—. Pensé que quizás había algo más, tú me entiendes.

Siempre hay algo más. Algo que se mueve, algo que se daña, algo que ya no sirve. Ésa es la inevitable historia de los cuerpos, la biografía del deterioro. La salud es un ideal inmóvil. La más perversa de todas las utopías. Michael Foucault decía que, si se la asume desde la experiencia de la muerte, la enfermedad incluso puede ser vista como un ejercicio de la vida. «A partir del cadáver se la percibe, paradójicamente, como vivir». Así es. La salud no existe, es un cielo que no forma parte de la existencia: los seres humanos sólo podemos vivir enfermos. Sólo que en el caso de su padre la enfermedad ya está en su última etapa. ¿Qué viene después? El viejo lo sigue mirando, como si secretamente él también estuviera aguardando esa revelación. ¿Por qué no le dice la verdad ahora, en este instante?

El grito de Yadira es una pedrada. Todos voltean: ella no está en el piso pero se sostiene apenas de pie porque el gordo la sujeta con fuerza de la mano. Acaba de darle un puñetazo en la cara. Yadira se tapa el rostro y mueve la cabeza.

—¡Suéltame! —aúlla.

Pero el gordo por toda respuesta le da un puntapié. Y luego otro, en el vientre, o más arriba. Quizás alcanza las costillas o los senos. Andrés de un salto trata de correr pero su padre lo retiene con fuerza.

—No seas pendejo —le dice—. No te metas.

El viejo está crispado, hunde sus uñas en el cuerpo de su hijo. Los otros curiosos gritan, los turistas alemanes se miran sin entender demasiado bien si lo que ven es la realidad o parte de un pintoresco espectáculo de bienvenida; dos empleados de la nave corren hacia la pareja, tratan de intervenir pero no llegan antes de que el gordo descargue una bofetada que derriba definitivamente a Yadira. Cuando lo sujetan, él todavía forcejea y brama, la insulta. Otros dos empleados más llegan y se lo llevan a empujones. Yadira permanece por unos segundos sola, sentada en el suelo de la cubierta, encogida sobre sí misma. Cabizbaja, se tapa, solloza, como un pequeño animal herido, atemorizado. Andrés intenta de nuevo ir hacia ella pero su padre, con una fuerza sorprendente, se lo impide.

—Tú no —sentencia en voz baja—. A menos que quieras que la jodan aún más —agrega.

Andrés lo mira algo asombrado. Una señora se acerca a Yadira, la ayuda a incorporarse, le da un pañuelo para que se seque la sangre de la cara. Al encaminarse hacia los baños, las miradas de Yadira y de Andrés se cruzan brevemente. Ella, de forma inmediata, vuelve a bajar la cabeza.

Al sacar el automóvil del vientre del ferry, pasan frente a la pareja. Yadira sigue sin levantar la vista del suelo, junto a ella está el gordo, hablando por el celular, mientras un chofer mete las valijas

de ambos en la maleta de un taxi. Luego abre la puerta, el gordo se hace a un lado, sin dejar de hablar, para que Yadira entre primero al carro. Cuando ella pasa, él le acaricia de forma un poco tosca el cabello; ella se aparta, sin demasiado convencimiento. Durante todo el trayecto hacia el hotel, Andrés va mirando al taxi a través del espejo retrovisor. En un momento, en la autopista, la luz de la tarde convierte el taxi en una hojilla de afeitador, una delgada lámina de metal que viene tras ellos, sin apuro, manteniendo siempre la misma distancia, la misma velocidad, permanece siempre ahí, afilada, siguiéndolos. Andrés mira a su padre, dormido junto a él, vencido por el sueño, ya sin preguntas.

Hundido en el sueño, parece más feliz, parece que estuviera a salvo.

* * *

Estimado Doctor Miranda:

¡Me contestó! ¡Todavía no me lo puedo creer! Le juro que apenas vi su nombre en el buzón de entrada de mis correos me quedé paralizado. Se me aguaron los ojos, se lo juro. Me levanté, di unos pasos, volví a sentarme, volví a levantarme, me senté de nuevo... ¡No sabía qué hacer! Tenía ganas de gritar, de saltar, de ponerme a correr. Quería salir y tocarle a los vecinos, o asomarme a la ventana y gritar: ¡me escribió! ¡El doctor Miranda por fin me escribió! Se me aguaron los ojos, doctor, es en serio. Es más, si soy sincero, todavía los tengo aguados. Creo que ahora estoy demasiado choqueado como para responderle. Ahora sólo puedo decir gracias, doctor. ¡Gracias! ¡Gracias! ¡Gracias!

Ernesto Durán

* * *

Estimado Doctor Miranda:

Acabo de mandarle un correo que ahora quisiera borrar. De pronto pensé que quizás le parece muy efusivo, muy loco. Por favor no se asuste. Piense que fue sólo una reacción del momento. No se asuste, por favor. Sólo entienda que, bueno..., fue como un chispazo, como que me alegré y me entusiasmé mucho. Espero que me comprenda. No quiero espantarlo de nuevo.

Atentamente,

Ernesto Durán

* * *

Estimado Doctor Miranda:

Sólo una cosa más. Lo pensé después de mandarle el correo anterior. Pero es que estas cosas no tienen regreso. Usted sabe, uno manda el correo y ya no hay vuelta atrás. Luego me quedé pensando más cosas. Y, bueno, quería decirle que, de ahora en adelante, usted pone las reglas. Quería que supiera que yo estoy dispuesto a aceptar lo que usted diga, que de ahora en adelante nuestra relación será en los términos que usted disponga. Usted es el doctor, pues. Le juro que he cambiado. Le juro que ahora estoy mucho mejor.

Muy agradecido,

Ernesto Durán

* * *

Los días que pasan en la isla no son lo que esperaba, no al menos para Andrés. Empezando incluso por el paisaje: no hay nada en la arena y en el mar que le recuerde la isla de su infancia. Casi parece un detalle excéntrico pensar que, en algún tiempo, aquella costa amanecía llena de aguamalas muertas; ahora amanece llena de turistas alemanes y canadienses, hombres fornidos, con tatuajes en los brazos, gente demasiado pálida que tal vez atiende una estación de servicio de gasolina en Hamburgo y ahora están aquí aprovechando la oferta más barata del Caribe. Aunque eso, en el fondo, sólo es un detalle, una excusa cotidiana para no enfrentar lo que ha venido a hacer. No importa a las playas que vayan, tampoco importan demasiado los planes que hagan; finalmente nunca logra conversar con su padre. Ve pasar las horas y el paisaje sintiendo la misma impotencia, sintiéndose incapaz de decirle la verdad.

Un día van a Macanao, la parte más agreste y solitaria de la isla, donde el sol parece haberse atorado, quedando enganchado para siempre en una piedra. La luz está a ras de suelo. La tierra desértica es otra versión del mar, contrasta o dialoga con él. Son dos pedazos de un mismo cuerpo, el azul que apenas respira su movimiento y el marrón, siempre inmóvil. Ni siquiera ahí, en la Playa de Punta Arena, puede Andrés encarar a su padre y soltarle de una vez la terrible noticia. Nunca consigue el mejor momento, siempre falla algo, nunca fatalmente logra atreverse. Comienza entonces a pensar que el viaje no ha sido una gran idea, que para decir la verdad hace falta algo más que mudarse a otro lugar. El mar y la tierra, azul y marrón, le parecen entonces un mismo cadáver.

Por las noches, le cuesta mucho dormir y, cuando por fin lo logra, lo hace mal; el sueño parece estar dominado por la inquietud. Andrés despierta con la sensación de no haber descansado; se levanta de la cama como quien está volviendo de una faena ardua y oscura, como si regresara a la luz después de una intensa batalla. Cuando abre los ojos, cada mañana, siente que está en la mitad de una fuga, que de golpe se ha salvado, quién sabe de qué, quién sabe cómo. Porque además no recuerda nunca qué ha soñado, sólo tiene una angustia espesa bajo los párpados, no hay más allá.

Su padre en cambio parece dormir más plácidamente. Andrés hubiera preferido no compartir una habitación doble, pero el viejo insistió, le pareció un gasto innecesario.

—Ni que no fuéramos familia —masculló delante de la empleada que los atendió en la recepción del hotel.

Para eso era la familia, ciertamente, pensó Andrés. Para poner juntos los cepillos de dientes y compartir el papel de baño. Para consultarse mutuamente antes de cambiar el canal de la televisión. Para encontrar rastros de cabellos en el desagüe del piso de la regadera. Para no poder quedarse en silencio sin que el otro pregunte «qué te pasa». Para cerrar los ojos con tranquilidad. Para apagar la luz y no tener miedo. Para estar cerca. Todas las noches, el viejo se duerme primero. Antes de las once, comienza a cabecear, da vueltas, manosea la prensa sin mucho tino, como queriendo sujetarse a alguna página, hasta que finalmente la noche lo derrota. Su padre usa un pijama de rayas tenues, azules, quizás grises. Duerme boca arriba, con los brazos estirados y la boca entreabierta. A Andrés le sorprende esa posición, casi le parece un exceso de confianza: yace tendido con una placidez tan maravillosa, con la seguridad de que nada puede perturbarlo; duerme como si nada pudiera hacerle daño, como si fuera un niño pequeño que en una excursión familiar se ha quedado vencido sobre la yerba, sin ninguna preocupación, con la certeza de que nada lo amenaza. Andrés lo observa y lo envidia. Él, en cambio, se acuesta de costado, con los brazos cruzados, casi encogido sobre sí mismo, apretado contra la almohada.

Su padre tampoco ronca. La primera noche, sin embargo, Andrés se quedó un largo rato escuchando su respiración. Cuando estuvieron a oscuras, se dio cuenta de que ese pequeño sonido comenzó a poblar toda la habitación, sintió que el aire crujía entrando y saliendo del cuerpo de su padre; no pudo evitar recordar un inmenso catálogo de neoplasias: un corte de pulmón con múltiples nodulos tumorales que parece un trozo de carne sembrado de hongos, una linfangitis carcinomatosa donde el pulmón más bien luce como un pescado seco; imágenes de ulceraciones tumorales, de invasiones parénquimas que dejan zonas amarillentas y focos hemorrágicos; imágenes de los territorios linfáticos pulmonares a punto de necrosis... Andrés se sentó en la cama, agitado, encendió de nuevo la televisión, miró a su padre durmiendo, tendido hacia arriba, con los brazos estirados y la boca entreabierta, descansando, como si nada ocurriera a su alrededor, como si nada ocurriera tampoco dentro de su cuerpo. Se acercó a él, se puso en cuclillas junto a su cama, escuchó más de cerca su respiración. No sabe cuánto tiempo permaneció así, paralizado entre las sombras y el reflejo oblicuo de la pantalla del televisor, sin pensar en nada, detenido, respirando junto a su padre.

La vez que Andrés está más cerca de decirle la verdad es la tarde en que se quedan casi hasta el anochecer en la playa de Puerto Cruz. Han comprado una botella de vino tinto y están sentados los dos en la orilla del mar, donde las olas se derrumban sobre la arena. Beben en silencio. Pero Andrés siente que no puede estar tranquilo junto a su padre, que permanece todo el tiempo como un cazador, atento, presto a saltar, aguardando el famoso instante ideal para cumplir con el secreto motivo del viaje. Su padre, en cambio, a medida que pasan los días, parece estar más cómodo, más tranquilo, disfrutando más de cada momento. Hablan de todo un poco y terminan, por supuesto, hablando del país. Ya es muy común. Andrés de repente piensa en que la situación política ha salvado a muchos matrimonios que ya no tenían de qué hablar. Ahora las familias se reúnen y ya tienen tema. La política ha resucitado sus vínculos, sus euforias, sus maneras de distribuir las pasiones. Pero con su padre eso tampoco tiene mucho sentido. Después de dos o tres frases, se aburren. Andrés vuelve a llenar los vasos plásticos con vino.

—¿No te parece maravilloso? —dice, como esperando introducir un clima propicio—. Digo estar aquí, los dos, así.

—Sí —dice el viejo Miranda, pausadamente, satisfecho, después de mirar de nuevo hacia el mar —. ¿Sabes qué me parece raro? —agrega—, el mar no huele. El mar ya no huele.

Andrés mira el mar. Aspira hondamente con la nariz. Su mirada se aleja de repente hasta el final de la larga tela azul que se mueve frente a ellos. ¿Es éste el momento? ¿Qué puede decir? ¿Acaso ahora, con este escenario, es el instante ideal para introducir un diagnóstico y proponer una tertulia sobre la nosogénesis de una afección pulmonar?

—No huele a nada —repite el viejo a su lado.

Pero Andrés ya no se atreve a mirarlo, sólo oye el desmayo de una pequeña ola junto a ellos. Los dos tienen las nalgas sobre la arena, cuando el agua llega apenas alcanza a mojarles el ombligo. ¿Qué está esperando? ¿Cuánto tiempo más puede retrasar lo que cada vez es más evidente? Su padre mira hacia el mar, oliendo el aire. Tiene el vaso con vino en la mano y, repentinamente, sufre un acceso de tos, se dobla sobre sí mismo, el vaso tiembla en su mano y cae al agua. Javier Miranda no para de toser, Andrés intenta ayudarlo, el vino mancha de rojo el agua, el mar es tinto. Cuando el viejo logra incorporar el torso de nuevo, está crispado, como si tuviera un ataque de asfixia, y Andrés descubre entonces que su padre ha vomitado en el agua, que ha vomitado sangre, que no es vino todo el rojo que los rodea, que parece ir tiñendo el agua alrededor de ellos, expandiendo el color hacia el horizonte, mojando también de rojo la arena. El mar de pronto es todo sangre, sangre de su padre.

¿A qué huele el agua ahora?

Andrés lo limpia, lo ayuda, lo tranquiliza. Van a una medicatura que está cerca, en la carretera, y luego a una farmacia. Andrés le dice que se trata de una intoxicación estomacal, que de seguro el atún con soya que comieron al mediodía ha castigado su estómago. Esa noche, su padre se acuesta temprano y Andrés se toma una pastilla para dormir. Al día siguiente deben tomar el ferry de regreso. Vuelve a soñar y vuelve a no saber con qué ha soñado. Amanece con la boca reseca. Esta mañana, al cepillarse los dientes, piensa en escribir una carta, en escribirle una larga carta a su padre, diciéndole la verdad y contándole lo difícil que es para él decirle esa verdad. Inmediatamente se siente ridículo. Piensa que la escritura es un recurso cobarde, que sólo se escribe por miedo.

Karina no entiende cómo en tan poco tiempo la correspondencia se le ha convertido en un vicio. Desde que el doctor se fue a la isla de Margarita, Ernesto Durán no ha dejado de escribir. Cada día, cuando ella llega al consultorio, ya hay una primera carta, esperándola. Cada día, también, antes de salir, la misma Karina le envía una nueva respuesta, otra carta que, lentamente, durante todas las horas de la jornada, ha ido escribiendo y reescribiendo, corrigiendo con pausa y dedicación. Se ha comprado un diccionario para no repetir demasiado las mismas palabras. También cuida mucho el tono. Eso es lo que más le cuesta. Porque a veces se siente tentada a dejarse ir y olvida que es el doctor Miranda quien escribe, aunque ella sepa que el doctor Miranda tampoco escribiría así, jamás. Hay esdrújulas y adjetivos que sólo pueden ser de ella. Esas cartas también son una mitad.

Por lo general, la correspondencia ha permanecido en una estricta intimidad clínica. De esta manera, Karina ha podido saber que lo que Ernesto Durán llamaba *la enfermedad*, en cursivas y en general, casi omnipresente, comenzó con una laberintitis o, al menos, con una supuesta laberintitis. Una mañana, al levantarse de la cama, Ernesto Durán se da cuenta de que ha sido abandonado por el equilibrio. Para mantenerse en pie, necesita estar constantemente apoyándose en cualquier cosa o en cualquier persona. Todo se convierte, de pronto, en un bastón, en un pasamanos. Después de hacer un cruceo por varios especialistas, se entrega a un tratamiento para atacar una leve infección en el

oído medio. A partir de ahí, sin embargo, todo comienza a ser confuso. Aunque, al parecer, físicamente el problema del oído ha sanado, los síntomas no desaparecieron. Cada mañana, Durán despertaba con la misma sensación de fragilidad. Se ponía de pie y de inmediato sentía que su propio cuerpo era un precipicio, que en cualquier momento podía derrumbarse. Aunque los médicos que lo atendían aseguraban que estaba curado, que biológicamente era imposible que Durán sintiera lo que sentía, o lo que decía sentir; él insistía, sólo él podía conocer realmente lo que ocurría. ¿Quién es el sujeto de la enfermedad?, preguntaba. ¿El doctor o el paciente?

Ernesto Durán experimentó con todo, con las últimas tendencias de la homeopatía amazónica y con la llamada medicina sistémica; fue operado —sin instrumentos y a las orillas de un río, cerca de Maracay— por un chino que sólo hablaba portugués. También permitió que una hermana del San José de Tarbes le impusiera las manos en el abdomen mientras ambos rezaban el rosario. Nada funcionó. Sólo el tiempo, según escribía Ernesto Durán, lo había ido ayudando a vivir, a convivir, a sobrevivir más bien, con su enfermedad.

La presencia diaria de las cartas, el diálogo permanente con esa voz, sin embargo, fue produciendo otro tipo de intimidad. Ahora Ernesto Durán también se ha convertido en un personaje que tiene cada vez más peso dentro de la vida de Karina. La otra tarde, sentada en el metro, se descubrió pensando en él. El fin de semana, en el barrio, también lo recordó. Y gastó un pedazo de la mañana del sábado imaginándolo: ¿dónde viviría? ¿Cómo sería su apartamento? ¿Tendería la cama en las mañanas? ¿Qué habría en su nevera? ¿Tendría todo regado o sería un neurótico del orden? ¿Qué música escucharía? ¿Tendría por fin novia o no? ¿Sería ése el origen remoto de todos sus males? ¿Sería finalmente su divorcio la causa de todos esos sufrimientos?

Karina incluso se imaginó una historia en la que Ernesto llega una tarde de sorpresa a su casa y se encuentra a su mujer teniendo sexo con un vecino. Ahí mismo, en la sala. Cuando abre la puerta, Ernesto ve a su mujer desnuda, arrodillada lamiendo el pene del vecino del 3-C. Es una situación terrible, en la que nadie sabe muy bien qué hacer, cómo reaccionar. Ella se retrae un poco, el vecino da un paso atrás, Ernesto está temblando. El pene sigue erecto en mitad de la sala. Eso es quizás lo más grosero, lo más brutal: que el sexo del vecino no tenga ningún respeto, que no le afecte para nada la situación. Ella se pasa la mano por los labios. Ernesto la observa, atónito. La sorpresa lo ha paralizado. El vecino sólo ve su ropa, en el suelo. Como si estuviera en el mar y buscara un flotador, un salvavidas. Cuando se dio cuenta, Karina sacudió instintivamente la cabeza, deseando expulsar de su mañana de sábado a ese trío. En ese momento comenzó la angustia: ¿por qué ella tenía que estar pensando en esas cosas? ¿Qué hacía, en su cabeza, la ex mujer de Ernesto Durán con un vecino? ¿Qué diablos tenía que importarle a ella todo eso?

—Te estás enganando —dice Adelaida. Y lo dice medio cantando, dejando colar cierta picardía en la advertencia.

Adelaida es la correctora. Cada tarde lee la misiva de turno, opina, critica, sugiere cambios, siempre más audaces. No tiene las dudas ni los remordimientos que a veces envuelven a Karina. Adelaida está dispuesta a ver en esta historia la semilla de un romance al estilo película norteamericana. Si Karina tuviera pareja, si tuviera novio, si al menos durmiera con alguien una vez a la semana, de seguro no habría quedado cautivada, atrapada como un insecto, por las palabras de ese enfermo imaginario, de ese loco. Eso piensa Adelaida. Que tal vez son cosas del destino. Los caminos de la soledad son infinitos. Eso dice.

Karina también está confundida. La inminencia del regreso del doctor Miranda la pone todavía más nerviosa. Cree que no es posible sostener esta farsa por demasiado tiempo. Más temprano que tarde, Ernesto Durán volverá a llamar o volverá a buscar, terminará encontrando a Andrés Miranda. ¿Y entonces? ¿Qué ocurrirá ese día? Es demasiado clásico: en menos de un segundo, aquello que le parecía venial y divertido le resulta de repente trágico y peligroso. Se angustia. No entiende cómo pudo llegar tan lejos, no entiende ni siquiera cómo pudo dejarse convencer y contestar aquella primera carta haciéndose pasar por el doctor. No ha debido nunca dar ese fatal primer paso. La mentira es una droga dura. Ahora no sabe cómo salir de ella, cómo dejarla. No sabe ni siquiera si en realidad quiere hacerlo. Cada vez que escribe, Karina siente lo mismo. Está detenida sobre una raya invisible, de pie sobre el filo que divide dos naturalezas muy distintas: de un lado están esas palabras secas, sobrias, ejecutivas, opacas, correctas, bien administradas pero sosas. Del otro lado, están las otras, las palabras brillantes, afiladas, frondosas, desordenadas, carnívoras, voluptuosas, pero también incontrollables. Cada vez le cuesta más mantener el equilibrio. Cada vez tiene menos confianza en sí misma.

Un día antes de que el doctor Miranda vuelva al consultorio, el correo de cada mañana es, de pronto, una puntual emergencia:

Apreciado Andrés:

He pasado la noche vomitando y con mucha fiebre. Las náuseas no se me quitan y tengo la presión muy alta. No puedo ni siquiera levantarme de la cama.

Mi número es: 5514978. Apenas leas esto, por favor llámame.

Tu amigo,

Ernesto

* * *

De regreso el viaje se hace más largo. Casi parece que la luz de la tarde impide que el ferry avance más de prisa. También el ánimo de los pasajeros es distinto. Se trata de un regreso particular, la arena se va desvaneciendo lentamente en la memoria, una suave desilusión parece habitar a todos los que están sobre cubierta. Andrés además se siente frustrado, está decepcionado de sí mismo. Le ha mentado a Mariana por teléfono, no tuvo el coraje de decirle que le ha sido imposible cumplir con el motivo de la travesía. Esa mentira lo hace sentirse todavía más vulnerable. Todo es una multiplicación de su propia estupidez. Esa misma mañana, en Pampatar, ante la insistencia de su padre, debió también actuar absurdamente. De alguna manera tenía que saldar el invento con el que había justificado el viaje. Desde que llegaron, el viejo Miranda no ha hecho más que recordar que han ido a la isla a ver una casa que, supuestamente, le estaban ofreciendo como parte del pago de una deuda. Era en realidad un cuento ambiguo, algo enredado, sin demasiados detalles. Pero ya en la isla, a la hora de concretarse, el cuento soportaba escasamente su propia fragilidad.

—¿No vamos a ver por fin lo de la casa? —preguntó su padre, ya extrañado, mientras comían fruta,

en el desayuno.

—Sí, claro, a eso vamos.

En una orilla de la carretera, camino a Pampatar, Andrés vio un condominio en construcción. Fue lo único que se le ocurrió. Frenó con cierta torpeza, de manera apurada le explicó a su padre que ése era, precisamente, el proyecto habitacional que venían a ver. Pero no lo dejó bajarse del carro.

—Espérame aquí —dijo, mientras se alejó con rapidez hacia la construcción.

Habló con un ingeniero y con unos obreros que, sin ninguna prisa, terminaban de arreglar uno de los techos de una de las casas. Preguntó tonterías, manoteando, para que su padre, a la distancia, creyera que hablaba del negocio, que preguntaba por detalles prácticos, relacionados con la arquitectura de las viviendas, que finalmente estaba atendiendo la verdadera razón del viaje. Hizo lo imposible por estar quince minutos en la obra. El ingeniero comenzó a pensar que Andrés estaba loco. O que era un idiota empeñado en gastar el tiempo inútilmente. En el colmo del absurdo, al despedirse, Andrés lo abrazó. El ingeniero entonces pensó que, además, el idiota era maricón. Andrés regresó al automóvil a narrarle a su padre todo lo que había fingido. Al viejo Miranda no le gustaron las casas.

—Creo que no es un buen negocio —dijo.

Andrés recuerda la escena y se le mueve un poco la risa. Pero también se siente patético. Todo es parte de la misma sensación que lo envuelve. Quizás en el fondo le indigna verse tan débil, tan incapaz de manejar la situación. Lo ha hecho tantas veces, con tanta otra gente, de maneras crueles, sin ninguna piedad, además. Sintiendo que hacía lo correcto, que la franqueza debía ser éticamente una de las armas de la medicina. En cambio, ahora se veía enredado en un circo de infinitas postergaciones. Su padre viene llegando con dos cafés. Uno con leche y el otro oscuro.

—¿Todo bien? —pregunta.

Las luces de La Guaira están cada vez más cerca. Andrés lo mira y sabe que ya es irremediable.

—¿Qué pasa? —inquieta su padre, comprendiendo que algo ocurre, mirando el rostro tenso de su hijo.

Andrés junta sus manos, carraspea. Las palabras son casi una agrura física en su interior. Puede sentir cómo hay vocales que raspan su esófago, consonantes que se precipitan hacia su paladar. Es inevitable. Ya no puede hacer nada. A veces pasa así. Uno siempre termina hablando cuando no lo había planeado, cuando ya no lo esperaba, cuando ya no quedan mejores momentos. A veces las palabras se pronuncian solas, hablan por su cuenta.

—Tienes cáncer, papá —dice Andrés, de pronto. En voz baja. Porque hay cosas que sólo pueden decirse en voz baja.

PREFERIRÍA que todo fuera más borroso, que esa tarde no permaneciera tan nítida; que se alejara un poco, que con el paso de los días también ella se fuera perdiendo, hundida en esa suma ociosa del pasado. Pero no. Esa tarde siempre está ahí, filosa, hiriente, áspera; desde ese día, detrás de cada tarde, siempre está esa otra tarde, más sólida e inolvidable. Andrés ha hecho lo imposible porque desaparezca, pero es inútil. Es una mancha que no sale con nada, no se va. Durante dos semanas, Andrés no ha dejado de verse en ella, de verse a sí mismo, cada tarde, en aquella misma tarde, una tarde dentro de otra, repitiendo, siempre repitiendo:

—Tienes cáncer, papá.

El viejo Miranda quedó desconcertado. Andrés no toleró su mirada, desvió la cabeza, avergonzado. Al fondo del paisaje estaba el puerto de La Guaira, iluminado de manera desigual. Quedaron unos segundos en silencio hasta que:

—Mírame.

Pero Andrés no lo hizo. El viejo insistió:

—Mírame.

No necesitaba alzar la voz. Su tono era fuerte, cada vez más lleno de autoridad.

—¡Mírame, carajo!

Cuando Andrés finalmente volteó el rostro, vio a un hombre desencajado, lloroso. Sería difícil precisar qué lo sacudía más en ese momento: ¿la sorpresa? ¿El susto? ¿La indignación? ¿La rabia? La barbilla le temblaba. La cara de su padre adquirió de pronto una palidez impresionante, como si se tratara de un repentino rubor blanco. Andrés casi pudo sentir el crujir de las muelas dentro de aquella mandíbula apretada y temblorosa. Su vaso con café cayó al suelo. Al encontrarse con el piso, el plástico se quejó y el líquido salpicó en los zapatos de goma de Andrés.

—¿Desde cuándo lo sabes?

Andrés volvió a sentirse como un niño frente a su padre, volvió a pensar que la idea del viaje había sido un gran error, una enorme tontería. El viejo Miranda habló de nuevo como su padre. Por un momento dejaron de ser dos adultos, a veces amigos, a veces no tanto, que compartían una historia común; por un momento regresaron a esa edad en que realmente sólo podían ser padre e hijo, nada más.

—¿Acaso eso importa?

—A mí sí me importa.

Andrés se movió, incómodo, intentó gesticular con cierta impotencia, sin llegar nunca a decir nada.

—Lo supiste desde el principio, ¿verdad? Desde los primeros exámenes.

Andrés no halló sonidos. Sintió que de pronto las palabras lo habían abandonado.

—Te pedí que no me mintieras, Andrés. Fue lo único que te pedí.

—No te mentí —apenas susurró.

—¡Claro que no! ¡Sólo me ocultaste la verdad!

—Si me dejas explicarte...

—Y para eso era todo este viaje, ¿no? —El viejo habló entonces con un amargo sarcasmo, con sorna—. ¡Para darme la gran noticia!

Luego se apartó, con un gesto abrupto, y se alejó hacia una baranda ubicada casi en la punta del ferry. Andrés dudó un momento. Presintió que su padre estaba llorando, o que al menos estaba intentando atajar el llanto a tiempo. Esperó unos minutos antes de acercarse. Supuso que era lo mejor, que su padre necesitaba de ese tiempo para alisar la rabia, el coraje. Después, muy despacio, se encaminó hacia él, tratando de que no notara su presencia. El viejo no volteó, siguió dándole la espalda. El puerto de La Guaira estaba cada vez más cerca.

—No te atreviste —masculló, ronco.

—No.

—Tuvimos miles de momentos. Estuvimos juntos en las playas, dormimos en la misma habitación...

—No pude. Cada vez que lo intenté, no pude.

—Menos ahora —acotó su padre, con leve resentimiento.

—Ahora, no sé qué me pasó. En todo caso, no era así como quería decírtelo. Lo siento.

El viejo movió lentamente su cuerpo. Al voltear, Andrés constató que tenía los ojos húmedos y que, debajo de esos ojos húmedos, había algo parecido a la melancolía pero también al rencor, una mirada que todavía no tenía una palabra en el diccionario.

—Lo siento —susurró de nuevo Andrés. Como si pudiera repetir esas dos palabras el resto del viaje. Como si fueran las únicas dos palabras que tenía a la mano, las únicas que le quedaban.

—Todo esto —dijo su padre, conservando todavía las distancias— me hace pensar que no se trata de algo sencillo. —Lo encaró, alzando las cejas—: Si fuera una tontería no te hubiera costado tanto, no habiéramos hecho este viaje.

—Es grave —musitó Andrés, incómodo.

—Dímelo otra vez.

Era una orden.

—Dímelo otra vez. Dime «es grave». Dime ahora toda la verdad.

Ambos permanecieron en silencio, mirándose, tan fijamente. ¿Cuánto tiempo pasaron así? Su memoria no se lo revela. Eso no lo recuerda. Sólo posee la imagen congelada de los dos, observándose, sin decir nada. Hasta que una lágrima ácida corta la imagen, de arriba abajo, rueda como si fuera una navaja, rasga la escena. Andrés no se contiene. Por más que parpadea insistentemente, no lo logra: ésa es su respuesta. Como un niño acorralado, confundido, obligado a aceptar que ya no hay más remedio.

—Perdóname, papá- apenas logró musitar, entrecortado.

Javier Miranda lo miró asombrado y abrumado. Parecía estar temblando, o intentando controlar un temblor en todo su cuerpo. Bajó la cabeza, dio media vuelta y se alejó entre las sombras.

Se montaron en silencio en el carro, salieron al puerto y subieron por la autopista hasta Caracas también en silencio. En dos o tres oportunidades, Andrés intentó iniciar una conversación, pero no obtuvo respuestas. Su padre permaneció mudo durante todo el trayecto, mirando hacia delante. Andrés supuso que la noticia lo había paralizado, que todavía estaba digiriendo esa información tan invasiva como un bisturí. Cuando se detuvieron frente al edificio, Andrés bajó a ayudarlo a sacar su maleta de la parte posterior del automóvil. Luego, pretendió acompañarlo hasta la puerta, llevando él la maleta, pero su padre lo detuvo.

—Gracias, yo puedo —dijo con una rara suavidad.

Y se encaminó, envuelto en el mismo mutismo, hacia la puerta. Andrés, tenso, lo vio alejarse. No se aguantó:

—¿Hubieras preferido no saber nada? —le gritó, de pronto. Su padre se detuvo, aunque no giró para mirarlo. Andrés insistió—: ¿Hubiera sido mejor que no te lo dijera?

El viejo se quedó un instante en silencio, como si le estuviera dando vueltas a la pregunta, como si la pregunta fuera el hueso de un durazno bajo su lengua. Luego, con pesadumbre, retomó su marcha y se internó en el edificio. Sin decir nada. Sin voltear.

* * *

¿Por qué a mí? ¿Por qué yo? Desde aquella noche, Javier Miranda se repite lo mismo. Como si se tratara de un asunto personal, como si se dirigiera a la oficina de quejas de la naturaleza y se sentara ahí a hablar con un gerente. ¿Por qué yo?, ¿por qué a mí?, mientras se somete a nuevas pruebas, a nuevos exámenes. ¿Por qué yo?, ¿por qué a mí?, cuando el oncólogo le habla en un lenguaje incomprensible. ¿Por qué yo?, ¿por qué a mí?, al momento de entrar a otra sesión de quimioterapia.

—¿Cómo se siente hoy? —pregunta con una sonrisa la enfermera.

—Hubiera preferido que me atropellara un carro.

Desde aquella noche, todo ha cambiado. Lo primero es su ánimo. Ya no sabe cómo sacudirse la depresión que, más que envolverlo, lo empapa. Está indignado con la vida, furioso, resentido; se siente impotente, le aterra saber que no tiene salidas. Por fin, y de la peor manera, casi a los setenta años, entiende el cruel significado de la palabra destino. Es esto. Nada más. Una jeringa. También ha cambiado su relación con su hijo. En realidad, ha cambiado su relación con los otros, con todo el mundo; y eso por supuesto que incluye a Andrés. Ya no sabe muy bien cómo tratarlo, qué hacer, qué decirle. En el fondo, también siente algo de pena, lamenta lo que ocurre, desearía ahorrarles a los demás este proceso inútil, esta misma agotadora faena. Cuando los ve, invariablemente baja la cabeza. Sabe que para ellos también la situación es embarazosa. Quizás todo sería más fácil si él se mostrara alegre, si él disimulara, si se comportara como si nada estuviera pasando. Quizás eso sería lo ideal para todos, irse muriendo con discreción, sin que nadie lo note, sin que nadie se dé cuenta.

El cambio más fuerte, sin embargo, tiene que ver con su cuerpo. Javier Miranda siente que lo perdió, que en realidad ya no es suyo. Nunca antes había tenido esa sensación, nunca había sentido tan nítidamente ese desdoblamiento que produce la enfermedad. Ahora puede sentir con dramática claridad una separación entre él y su propio cuerpo. Javier Miranda está aparte, habitando una estructura dañada, metido dentro de una piel que no gobierna, que ya no dialoga con él, que tiene otro

gobierno, que no le responde, que vive para sí misma, para su propia destrucción.

A veces, en las noches, antes de dormir, siente esto con exasperante nitidez. Está en el baño, frente al espejo, empuñando el cepillo de dientes, mirándose. Es el último rito del día. Ni siquiera ha encendido la luz. Tan sólo la lámpara del pasillo ilumina débilmente su imagen sobre el vidrio. Ahí la ve. ¡Con tanta dolorosa claridad! Puede sentir su presencia en todo: en sus cabellos, en el brillo de sus ojos, en el color de la piel..., incluso en la forma de su cabeza. La enfermedad va tomando aquello que parecía imposible: su propia fisonomía. Un miércoles de madrugada, después de orinar, al cruzar frente al espejo del baño, observó de reojo sus huesos, debajo de su cara, la forma cada vez más exacta de su calavera. Como si el espejo fuera una transparencia de rayos equis.

—¿Quién viene a buscarlo hoy? —pregunta la enfermera mientras ayuda a su cuerpo a sentarse en una silla, en el pasillo.

—Mi nuera —susurra Javier Miranda.

—Pues entonces aquí lo dejo —dice la mujer—. Y usted la espera aquí, sentadito, ¿de acuerdo?

El viejo sólo asiente, con una mueca triste, con los labios desinflados, colgando hacia su mandíbula. También los doctores y las enfermeras lo saben. No le hablan a él, conversan con su cuerpo, con ese otro al que hay que tratar como a un niño idiota, con ese herido que apenas puede mantenerse en pie, que muy pronto se derrumbará definitivamente.

Mientras espera, una monja pasa junto a él, caminando por el pasillo. Acompaña a una anciana que obviamente está en sus últimas condiciones. Quizás él también se vea así. La mujer camina con prudencia, mirando con temor hacia su alrededor. Tal vez sólo desea salir de esta tortura, de este horror aséptico. La monja, a su lado, lleva un hábito largo, que pasa rozando el suelo, impidiendo que se le vean los pies. Por eso, en vez de caminar, parece ir flotando. Es una monja que flota en un pasillo de hospital. Lleva un crucifijo de madera colgando del cuello. Jesucristo conoció la muerte, piensa de pronto el viejo Miranda, pero jamás conoció la enfermedad. Los dioses mueren, no se enferman. Ésa es su ventaja.

* * *

Apenas comenzó a estudiar medicina, Andrés Miranda entendió que su vocación no era pura. De alguna manera, siempre se sintió incompleto, no tenía él la misma pasión quirúrgica que los otros estudiantes, le interesaban más las láminas y los microscopios que las sesiones prácticas, le gustaban más los pizarrones que los bisturís. Mientras sus compañeros de estudio se desesperaban, ansiosos, deseando llegar al momento de la práctica, Andrés sólo quería postergar ese instante. La imagen de estar en medio de un quirófano, atendiendo una emergencia, no le producía la más mínima emoción. Tampoco sentía repulsión, pero obviamente no se trataba del área clínica que más lo entusiasmaba. Siempre pensó que era una tendencia personal, se sentía más tentado por la investigación, por la observación y el análisis, que por el ejercicio práctico de la medicina. Muchos años más tarde, leyendo *El cuerpo herido*, un diccionario imprescindible escrito por Cristóbal Pera, Andrés encontró por fin las palabras que tanto buscaba en aquellos primeros años de la universidad: «Según el lenguaje bélico, tan frecuentemente utilizado como metáfora global de la cirugía, la operación quirúrgica cruenta sería un acto de violencia, en el que se hace uso de la fuerza física para penetrar en el espacio anatómico del paciente, someter al “enemigo” —la enfermedad concretada en la lesión

—, desarmarlo y destruirlo». Esa definición retrataba perfectamente un espíritu, una actitud interior que Andrés no tenía, que nunca tuvo. Jamás sintió una especial fascinación ante la posibilidad de invadir materialmente otro cuerpo. Incluso partiendo de que fuera necesario, de que se trataba de una acción salvadora, su vocación médica parecía estar siempre en otro lado, movida por otros impulsos. «La violencia quirúrgica ha generado la imagen del poder del cirujano sobre el paciente y de la entrega de éste en un ritual de sumisión», agrega Cristóbal Pera en su libro. Sin embargo, para Andrés, el poder se fraguaba en otro espacio, en el espacio del saber. Así soslayó lo que, en apariencia, podría ser una debilidad. Prefirió el saber de los libros al saber de las manos.

Todavía recuerda cómo las guardias en los hospitales fueron siempre las asignaturas más engorrosas de toda la carrera. Entender el funcionamiento de los cuerpos seguía siendo su mayor curiosidad; pero actuar sobre los cuerpos, en vivo y en directo, entrometiéndose en otra respiración, interviniendo sobre otra sangre, invadiendo otra carne, no formaba parte determinante de su vocación. Nunca rechazó la experiencia, pero probablemente tampoco jamás la disfrutó. La idea de saber que se encontraba frente, sobre, o dentro de un cuerpo vivo paralizaba un poco su propia motivación, sus propias destrezas. No lo intimidaban los cuerpos sino la certeza de sentir que él tenía una responsabilidad definitiva ante ellos. Quizás por eso siempre se sintió más cómodo con los cadáveres.

En los tiempos de la universidad, se dividían en dos grandes grupos: las momias y los frescos. Los nombres eran tan evidentes que no hacía falta ninguna explicación. Los cadáveres tiesos, que ya tenían algún uso, pertenecían al primer grupo; los recientes entraban en la segunda clasificación. A nadie le gustaba asistir a clase con cualquier momia. Era como estar junto a un maniquí, se perdía siempre cierto sentido de verosimilitud. El cadáver momia era como un plástico viejo que, con el tiempo, había ido perdiendo incluso algunos pedazos. A una momia le podían faltar dos dedos del pie derecho. Una vez, en el cuerpo tieso de un muchacho, algún gracioso enterró la colilla de un cigarrillo en la mejilla. Eso pasaba con las momias. Las sesiones con ellas se prestaban a la risa, a los chistes infantiles, a la distancia. La carne fresca, en cambio, producía al menos un primer silencio, una rara intimidad.

Los cadáveres fueron, para Andrés, una mitad ideal. Estaban a medio camino entre los libros y la emergencia del quirófano. No eran la simple ilustración de un texto; tenían volumen, presencia, eran unos cuerpos de verdad y, sin embargo, al mismo tiempo, tampoco eran completamente de verdad, o en todo caso no eran totalmente la verdad: les faltaba calor, palpito, urgencia. Justamente, en esa condición irreal de la realidad, Andrés encontró su lugar. Tanto que, más de una vez, pensó que su destino serían las autopsias, se vio casi condenado al territorio de los diagnósticos de cuerpos ya sin vida, sin otros signos que el pasado, donde ya nada late, donde todo es huella. Durante un buen tiempo pensó que su vocación estaba más cerca del «reporte de daños» que de la «salvación de vidas». Él era de ese grupo, de esa liga, estaba entre aquéllos que siempre llegan cuando ya no hay nada por hacer, cuando ya sólo falta firmar un balance final.

A medida que iba avanzando en la carrera, fue clarificando la idea de que su vida profesional estaba ligada a la investigación o a la docencia. La perspectiva de lidiar con pacientes, de manera diaria, como rutina laboral, cada vez le atraía menos. En el fondo, eso implicaba un riesgo que no sabía si realmente deseaba correr: el error. Era diferente equivocarse en un laboratorio que en una sala de operaciones. En esos años, Andrés comenzó a sentirse cautivado por la figura de Andrés Vesalio. Más allá del nombre, compartía con el famoso médico flamenco la pasión por el estudio, la

fascinación ante el funcionamiento del cuerpo humano. Gracias a él, también aprendió que la curiosidad es un deporte de alto riesgo: asomarse a los enigmas de la medicina puede ser mortal.

Andrés Vesalio nació en Bruselas en 1511. Fue todo un talento y se le considera el precursor de la anatomía. Estudió en París, fue profesor en Lovaina, catedrático en Bolonia, trabajó como médico de la corte imperial de Carlos V. En 1543 publicó su obra *De corporis humani fabrica libri septem*, estudio capital sobre la estructura del cuerpo humano que cuestionaba abiertamente las teorías de Galeno. La obra se presentó ilustrada con más de trescientos grabados que mostraban la anatomía humana como jamás se había representado en la historia de la civilización. Desde muy temprano, Vesalio ya tenía instaladas sus mayúsculas en la historia. Probablemente, hubiera podido hacer mucho más, pero fue tocado por la tragedia: en 1561, en Madrid, un tribunal de la Santa Inquisición lo condenó a muerte.

El talento de Vesalio se nutría en buena medida de sus faenas de disección de cadáveres. Había logrado además los permisos y las bendiciones necesarias para cumplir con esta labor. Hasta donde se sabe, hubo una fecha fatal, un cuerpo que traicionó a la ciencia: Vesalio abrió un muerto que no estaba muerto. Debajo de la piel, debajo del tórax, un corazón seguía latiendo. Débilmente, quizás. Tal vez sólo era un apenas, el último rastro de una vida ya a punto de extinguirse. Nada podía hacerse. Pero igual, en ese instante, la ciencia se convirtió en pecado. Algunos estudios dicen que el cuerpo pertenecía a un noble cercano a la Corona. No parece demasiado probable, pero lo que sí es seguro es que Felipe II intervino ante la Inquisición, logrando salvarle la vida a Vesalio. Una leyenda cuenta que, entonces, el médico fue vestido con una saya y una sandalias y, para pagar su falta, fue condenado a peregrinar en el desierto durante el resto de su existencia. Otra versión de la historia que tiene el mismo talante trágico: Andrés Vesalio saldó su culpa con una larga procesión a Tierra Santa. De regreso de Jerusalén, el barco donde viajaba naufragó en extrañas circunstancias, arrastrando a Vesalio hasta el fondo de las aguas. Así pagó su curiosidad: devorado por el desierto o por el mar. Hundido en la nada.

—No se dejen secuestrar por el «síndrome Vesalio» —les advertía el profesor Armando Coll en más de una ocasión—. No permitan que eso los paralice.

Una tarde, después de clases, fue a beber cerveza con los alumnos en un local cercano a la universidad. Era un pequeño y mugroso restaurante llamado La Estrella China. Los estudiantes solían ir ahí porque era el establecimiento que vendía el alcohol más barato. Podían emborracharse sin arriesgar la quincena. El profesor Coll pidió whisky. Después de dos horas, más en confianza y menos sobrio, confesó que él mismo era un rehén del «síndrome Vesalio». Así lo llamaba. Le parecía aterradora la historia. No entendía cómo la humanidad había castigado de esa manera a uno de sus más descollantes genios. «Vesalio casi era un Da Vinci», afirmaba. Andrés Miranda bebió cada palabra, lleno de asombro y admiración. Antes de despedirse, el profesor Coll los miró con melancólica piedad.

—Lo único que demuestra todo esto —dijo— es que el nacimiento de la medicina está irremediabilmente ligado al nacimiento de la negligencia. Son dos prácticas inseparables, siempre están juntas. Prepárense.

* * *

Al principio, los contó uno a uno: llegó hasta nueve. No pudo más. Desde la mañana de aquella

terrible y escueta carta en la que Ernesto Durán pedía auxilio, pasaron nueve días sin que ella hiciera nada. En realidad, no podía hacer nada. No podía llamar a Durán por teléfono, tampoco podía contarle lo ocurrido al doctor Miranda. Se había quedado encerrada a solas con su angustia. Después pasaron otros días más, aunque ella no los contara, siempre fueron muchos. Demasiados. Jamás Ernesto Durán volvió a escribir. Tampoco llamó por teléfono. Cada mañana, sin embargo, ella repite el rito, busca con cierto anhelo una carta suya en el buzón electrónico. Nada. Lo último que sabe de él es ese breve correo, esa emergencia con su número telefónico. A veces le asalta la imagen de aquel *mail* y puede ver, entonces, a Ernesto Durán tendido en su cama, muy pálido, con la boca entreabierta, respirando de manera entrecortada. No se ha afeitado en días. Sus ojos se alzan muy débilmente hacia arriba, como si no tuvieran la fuerza suficiente para alcanzar el techo. La cama está hecha un asco. Hay restos de vómitos. Aun en la visión, la imagen cruje por el olor a mierda y a orina que empapa la escena. También lo ha visto tendido en el suelo de su apartamento. Como si se hubiera podido arrastrar unos metros antes de desvanecerse. Está desnudo. Ha muerto hace dos días. Su piel se está poniendo oscura, casi color violeta. Tiene la boca abierta. Un insecto zumba y danza, como un zamuro diminuto, sobre la espantosa paz del cadáver.

También Ernesto se ha filtrado en sus noches. A las dos de la madrugada, Karina despierta sacudida por el susto: en su realidad onírica, Ernesto Durán tiene un cuchillo con el que se rebana la femoral. La sangre brota de golpe y mancha todo el sueño.

—Si tanto te preocupa, ¿por qué no lo llamas? —Adelaida apela al sentido común mientras mastica un bastón de zanahoria. Ambas están nuevamente en plan de dieta.

—¿Y qué le voy a decir?

—No le digas nada. Tan sólo te aseguras de que está bien, de que está vivo y ya, listo. ¿Quieres que yo lo llame?

Karina niega con la cabeza. Ya lo ha hecho ella, varias veces y a distintas horas. Al ver que no escribía, decidió llamar. Sólo pensaba escuchar su voz y colgar de inmediato. No quería nada más. Sólo necesitaba poseer la seguridad de que él se encontraba a salvo. Pero nadie jamás atendió. El teléfono repicaba eternamente.

También ha pensado en ir directamente a verlo. En el expediente clínico de Durán ha buscado su dirección. Vive en el centro, cerca de la Avenida Fuerzas Armadas, en la esquina de San Ramón. Podría salir alguna tarde del trabajo un poco más temprano y acercarse hasta allá, sin mayores pretensiones, sin ganas de llegar demasiado lejos. Podría, por ejemplo, quedarse un tiempo esperando delante del edificio, en la acera de enfrente, no demasiado visible, tan sólo para ver si Ernesto Durán llegaba o salía de su casa, para certificar que todavía seguía vivo.

—¿Te sientes culpable? —Adelaida suelta la pregunta sin anestesia, al final de una tarde, cuando ya están acodadas en la barra de la tasca de siempre—. Porque eso es lo que parece.

—No. Sólo que me tortura no saber qué pasó, no saber nada de él. Eso es todo. ¿A ti no te parece extraño? Manda ese correo y después... ¿Nada? Silencio absoluto, no vuelve a aparecer nunca.

—Quizás te está castigando.

—¿A mí? En todo caso está castigando al doctor Miranda.

—Quizás entonces se cansó, se dio cuenta de que el doctor nunca le va a hacer caso de verdad, que

todo es una joda, que no se lo toma en serio. Quizás ésa fue la última prueba y ya. Se acabó. El tipo desapareció para siempre.

Pero el ansia de Karina no se calma fácilmente. Esa misma tarde, se queda en el consultorio después del horario y decide ensayar un último recurso. Ya tiene más desesperación que miedo. Por eso se arriesga a escribir una nueva carta.

Estimado Ernesto:

Antes que nada, debo pedirte disculpas por lo tanto que me he demorado en responder a tu correo anterior. Lamentablemente, como ya te había advertido, me hallaba atendiendo un asunto importante fuera de Caracas. Por una circunstancia, ajena a mi voluntad, tuve que ir a otro lugar y me mantuve desconectado por varios días de mi correo electrónico. Fue por eso, sólo por eso, que me fue imposible atender tu llamado pidiéndome ayuda.

Cuando por fin logré volver a conectarme, ya era muy tarde. He estado llamando con alguna frecuencia al teléfono que me mandaste pero nunca contesta nadie. Te repito que lamento mucho toda esta situación y que puedo comprender que te hayas molestado o que, en caso de una urgencia, hayas buscado ayuda con otra persona en otro lugar. Sólo, por favor, hazme saber que te encuentras bien y pudiste superar satisfactoriamente esa situación.

Esperando tu pronta respuesta,

Andrés

* * *

Desde que la enfermedad se instaló entre ambos, la relación se les ha vuelto menos fluida, más áspera y difícil. Ahora son un trío. Siempre hay un peso invisible entre los dos. Son padre e hijo, y uno más, otro, una tercera fuerza innombrable, que jamás los deja a solas. Pasan mucho más tiempo juntos, pero esa cantidad de tiempo es diferente. Hablan cada vez menos. Los dos lo saben, lo sienten, pero no saben cómo expresarlo, qué hacer. Quizás, incluso, ambos desearían apartarse, salir corriendo, no verse. Pero tampoco se atreven a hacerlo. No soportan que así sea su despedida, aunque no tienen otra opción. En más de un sentido, se trata de un fatal lugar común: no tienen otro remedio.

Andrés lo acompaña a las sesiones de quimioterapia, trata de estar con él en el apartamento, después de las cuatro de la tarde, cuando Merny ya se ha ido. Ella finalmente ha accedido a quedarse todos los días en el apartamento de su padre, aunque a veces pareciera no desear involucrarse demasiado. Andrés piensa que tan sólo se protege, que no desea que el viejo Miranda sea también su muerto. Quizás es eso, también, parte de lo que a todos les pasa: la certeza de una muerte cercana produce otras formas de vida.

Los niños también saben que algo ocurre. Tal vez no intuyen bien de qué se trata, pero lo saben. No sólo es la palidez del abuelo, va más allá de la caída de su cabello o de esa floja tristeza que parece

haberse sentado en sus ojos. Detrás del pacto de los adultos, hay algo que ni siquiera la apariencia clínica puede esconder. Es una sensación difícil de precisar, escasamente palpable, pero a la vez inocultable. Está ahí. Es una violencia administrada, domesticada, pero no por eso sometida, vencida. Sigue siendo una violencia brutal. Ante los ojos de todos, hay una vida que está siendo arrasada, arrebatada, sin miramientos. Hay mucha gasa, mucha limpieza, mucho personal calificado..., pero no hay ninguna piedad. Es un crimen con demasiados testigos, un crimen legítimo, un crimen que nadie puede detener.

En la novela *En carne propia* de Christa Wolf, una mujer en un hospital reconoce esa terrible sensación: «Hay alguien que atenta contra mi vida». Así es. Ella misma. Su propia enfermedad. Andrés no debería leer estos libros, pero los busca, cada vez con más ahínco; tal vez intenta encontrar en esas páginas lo que no puede resolver en el hospital, ni en el apartamento, ni en el cine, ni en las comidas familiares de los domingos. Algunas noches lee hasta la madrugada. Ha cerrado el consultorio por un mes.

—Estoy de vacaciones —dijo.

Sin embargo, eso no es suficiente. Cada vez que está a solas con su padre, no sabe qué decir, cómo mirarlo. Javier Miranda parece sentirse igual. Tampoco él dice nada. Mira hacia el suelo o masculla algo breve, dice que está cansado y se pone a dormir o a fingir que está dormido. Andrés se queda junto a él, en silencio. Le parece cruel, absurdo. Si eso es justamente lo que les espera a ambos cuando suceda. Silencio. Si ése es el único destino que tendrán. Silencio. Si es justamente lo que tanto temen y tanto les duele. Silencio.

¿Acaso imagina su muerte? ¿Acaso el viejo Miranda está pensando todo el tiempo en ello, en la situación exacta, en el momento preciso en que acabe su existencia? Cuando Andrés piensa en su muerte tiene más temores que certezas. Hay una imagen recurrente que le perturba: está con unos amigos en un restaurante. Todos comen, beben, conversan. De pronto, le viene un infarto fulminante. Sin aviso. Sin ardor en el estómago, sin señales en el brazo izquierdo. Es como un disparo, como un balazo que jamás sale del cuerpo, que se queda ahí dentro, que lo derriba en medio segundo. Esto es lo último que ve Andrés: unos vasos, un cenicero, una cesta con restos de pan..., es su último paisaje fijo mientras su rostro se desploma a toda velocidad sobre la mesa.

Pero el viejo Javier Miranda, de seguro, nunca soñó su muerte como ahora se le presenta. La enfermedad es una equivocación, un horror burocrático de la naturaleza, una falta absoluta de eficiencia. Todo el mundo desea una muerte más eficaz, que dure un segundo, que sea tan sorpresiva como letal. Es un anhelo profundo, forma parte de la condición humana. Es casi una utopía: morir de pronto.

Su padre, más bien, evita pensar. Se resiste, mueve la imaginación o los recuerdos cada vez que siente que esos pensamientos se acercan, intentando acorralarlo. Al principio, justo después de llegar de la isla de Margarita, comenzó a hacer cosas inexplicables. Caminaba todas las mañanas hasta el kiosco de periódicos que estaba a tres cuadras de su casa, compraba una cajetilla de cigarrillos y hacía el camino de regreso mientras partía, uno a uno, por la mitad, cada cigarrillo. Pasó semana y media cumpliendo esa rutina, todas las mañanas.

También empezó a comprar cosas que no le hacían falta. Un sábado fue al mercado de los chinos y compró varios frascos de salsas diferentes, brotes de soya y otras yerbas que después tiró a la basura. Una tarde fue al edificio donde trabajó durante treinta y ocho años. Se quedó de pie frente a

la puerta, como pasmado, mirando. Se vio entrar ahí mismo, cada día, durante tanto tiempo. Se vio en diferentes trajes, el gris claro, el marrón que compró un diciembre, el azul con las solapas anchas, y con diferentes corbatas. Era una película que repetía infinitamente la misma escena, que sólo contaba esa breve situación. Durante treinta y ocho años, Javier Miranda trabajó como administrador en la industria petrolera. Primero, cuando todavía estaban las empresas norteamericanas, luego con la nacionalización, pero siempre en el mismo edificio. A los sesenta y cinco años lo jubilaron, a él y a toda su generación. No sabe cuánto tiempo estuvo ahí. Pensó en entrar, en subir al piso ocho, pero luego sintió miedo. Probablemente ya no conocería a nadie, tampoco nadie entonces sabría quién era él. Regresó a su casa a pie. Estuvo caminando varias horas.

También sus hábitos variaron. Dejó de ver televisión. Hasta los juegos de béisbol dejaron de llamarle la atención. Pero a veces, también, se podía pasar horas en silencio, frente a la pantalla apagada, mirando la nada, mirando el débil reflejo de su cuerpo en el vidrio opaco, sin vida, del televisor. Aun en esos momentos, el viejo Miranda quisiera no pensar, sentirse tan sólo adormilado, dejarse llevar por un letargo, quedarse así, en la nada. Pero no es posible. Más temprano que tarde, la carrera se hace insostenible, la huida fracasa. ¿Cómo te gustaría morir?, ahora piensa que todos deberíamos tener derecho a contestar esa pregunta.

Esta tarde, mientras el viejo duerme, de pronto suena el teléfono. Andrés atiende, pero quien llama cuelga entonces rápidamente. Cuando la situación se repite de la misma manera y con igual resultado, Andrés concluye que no se trata de una casualidad. Quien llama no desea hablar con él. Se pone suspicaz. Su padre no tiene el servicio que identifica las llamadas, por tanto ni siquiera tiene el número desde donde han marcado ¿Quién podría haber llamado? Alguien que no desea hablar con él. ¿Por qué?

Una semana más tarde, ocurre lo mismo. Su padre está en el baño, duchándose. Cada vez se encuentra más débil pero, aun así, se resiste a ser ayudado por Andrés. También lo avergüenza que su hijo lo vea desnudo, «como un pollo mojado», dice. Suena el teléfono, Andrés contesta, dice aló y de inmediato cuelgan. Pasa otra vez. Pero ahora Andrés toma el auricular y queda en silencio. Casi siente una respiración del otro lado, una duda envuelta en un aliento. Tal vez sólo son unos segundos, pero él los manosea, los palpa. Hasta que de pronto:

—¿Eres tú?

La sorpresa lo paraliza. La voz de la mujer lo deja desarmado, sin saber qué decir. Enseguida, ella acaba con la llamada. Del otro lado de la línea, sólo se oye el golpe seco del auricular.

—¿Quién llamó? —pregunta su padre desde el baño.

Andrés duda antes de responder. Luego lo hace con cierta intención, como queriendo sondearlo.

—No lo sé. Cuando oyeron mi voz, colgaron.

—Quizás era un número equivocado —murmura el viejo, tras una pausa, sin demasiada convicción.

Andrés hace de ese detalle, que bien pudiera ser intrascendente, un enigma que desea obsesivamente resolver. Mariana incluso se burla levemente de su actitud. Tal vez ese misterio sólo es una dócil coincidencia, una simpleza de la vida cotidiana de su padre. Pero para Andrés ya nada es igual. Al menos, eso parece. De pronto, siente que jamás estuvo atento a la intimidad de su padre. Nunca le conoció novia, pareja, ni siquiera una fugaz aventura. Tampoco nunca estuvo demasiado interesado o preocupado por eso. Pero, ahora, esa voz de mujer en el teléfono se convierte en una

curiosidad: destapa una cantidad de preguntas que Andrés jamás se ha hecho, un pedazo de la vida de su padre que desconoce por completo. Javier Miranda jamás volvió a casarse, es cierto. Se dedicó a tiempo completo a educar a su hijo y, después, cuando Andrés se casó, siguió trabajando, cultivando una rutina que parecía no contar con el amor ni con el sexo.

—También tu papá tiene derecho a una vida privada —dice Mariana—. Quizás sí tuvo novias pero nunca quiso que tú te enteraras. Tú no tienes por qué saberlo todo.

Pero Andrés sí quiere saberlo todo. Deja a su padre con Merny en el hospital, para una nueva sesión de quimioterapia, y va de inmediato al apartamento. Quiere fisgonear, hurgar, buscar. Como si fuera un detective privado. La habitación de Javier Miranda es bastante austera. No tiene detalles. Una cama matrimonial vestida con sábanas azules, dos almohadas, una mesa de noche de madera sobre la cual sólo hay una lámpara, un libro y el control remoto del televisor. El libro se lo regaló el mismo Andrés hace unas semanas. Son las memorias caraqueñas de un periodista, crónicas jocosas, con cierta nostalgia costumbrista. Fue la única lectura que se les ocurrió a Andrés y Mariana.

Unas cortinas grises acompañan las ventanas. El *clóset* es amplio, tiene dos puertas anchas. Andrés las abre con suavidad, como si no quisiera hacer ruido. Hay un estante donde están algunos objetos: tres portarretratos. Uno con una foto de su madre, otro con una foto de Andrés y el viejo, agachados junto a una playa; la tercera se ocupa de Andrés, Mariana y los nietos. La ropa cuelga perfecta, inmóvil. Andrés abre las gavetas, da un vistazo apurado. En ese instante se siente impúdico, se arrepiente. Es un poco ridículo estar ahí, a escondidas, manoseando objetos, levantando la ropa interior de su padre, apartando camisas... ¿Qué busca, en realidad? ¿Qué es lo que sinceramente quisiera encontrar? ¿Acaso es posible hallar una vida que ya pasó, que quizás ya está perdida para ambos?

En la gaveta de la mesa de noche encuentra un sobre con varias cartas. Vuelve a sentirse impúdico, deshonesto, pero ya ha ido demasiado lejos, de nada sirve regresarse. Son cartas breves, sin firma pero con letra de mujer. Eso piensa Andrés. A todas luces, cree, se trata de una caligrafía femenina. Además, el texto la delata. Parecen breves declaraciones de amor, dejadas de pasada en un buzón, o lanzadas a última hora por debajo de una puerta. Sin fecha, sin nombres, sin detalles concretos. Todo suena inevitablemente a una relación clandestina, que debe ocultarse. Una sobre todo llama su atención: está escrita en la parte posterior de la mitad de una factura de una tintorería. Apenas dos líneas: «Pasé por aquí a media tarde. Hubiera querido sorprenderte. Necesitaba un beso. Necesitaba de ti».

También en la gaveta hay otro libro: *Morir con dignidad* de Hans Küng y Walter Jens. Andrés no puede evitar sentir un leve temblor. ¿De dónde habrá sacado su padre este libro? La esquina superior derecha de la página 35 está doblada. Hasta ahí debe ir el viejo en su lectura. Quizás en esa misma hoja se detuvo anoche. Andrés lee el intertítulo: «*La eutanasia discutida: la muerte misericordiosa*». Cierra el libro, cierra la gaveta. Si lo tiene escondido ahí, obviamente no desea que nadie más lo vea. Nadie más es Andrés.

* * *

El viejo y Merny han hecho un pacto. Más bien, él le ha impuesto un pacto a ella. Fue una tarde después de una crisis, cuando los dos estaban solos en el apartamento. El viejo estaba tolerando muy mal la quimioterapia. Las secuencias inmediatas eran fatales, se sentía pésimo, la presión sanguínea

le bajaba, sufría mareos y náuseas; tomaba dosis de epamin para evitar posibles convulsiones. Había tenido sesión esa mañana, temprano. A la hora de comer, ya Merny le había puesto lo que la nutricionista había aconsejado. El viejo comió a regañadientes, mascullando, protestando.

—Esta comida sabe toda igual —dijo.

Merny no contestó. Tampoco ella pasaba por un buen día. Willmer no durmió anoche en su casa. No llegó a dormir. Desde hace un tiempo lo nota raro, sabe que algo está pasando. En la calle le dijeron que su hijo anda mal acompañado, que lo han visto con muchachos de otro barrio.

—Nada bueno —dice Merny.

Nada bueno quiere decir: bazuco, armas, policías, cárceles o cementerios. Willmer apareció a las seis de la mañana. Merny quería pegarle, pero no se atrevió. Jofre tampoco: no es su padre. El muchacho pasó directo a la habitación del fondo, no dijo nada, parecía drogado. Merny fue a trabajar, porque tiene que trabajar, porque no puede faltar, porque ahora más que nunca necesita dinero para sacar a Willmer del barrio. Ésa es la única solución. Mandarlo lejos. Con los abuelos, al campo. Eso cree ella. Sólo así se salvará.

El viejo salta de su cama y corre gritando hacia el baño. Apenas tiene tiempo para aterrizar sobre sus rodillas, junto a la poceta, pero ya es tarde, ya ha vomitado la vida en el camino. El pasillo y el piso del baño son un desastre. También en el lavamanos hay restos del almuerzo mezclados con otros líquidos, con salivas y babas, con los propios restos del cuerpo de Javier Miranda. El viejo permanece hundido en la porcelana, tratando de soportar las arcadas. Ruge sordamente. Todo lo que expulsa el cuerpo hiede. Da asco. Avergüenza. Son sobras repugnantes que nadie quiere ver, que hay que limpiar rápidamente, que hay que tapar, que hay que borrar lo antes posible. Para eso Merny está aquí.

Pero Merny también entra en crisis. Ella vomita su existencia de otra forma. Estalla. Grita. No quiere hacer nada. Se quita el delantal y lo lanza al aire. No puede evitarlo. Ya estaba por irse, ya había limpiado todo. Ella tiene su propio sucio, allá en su casa, lejos, en otro mundo. No quiere hacerse cargo de más nada. Por un momento, la escena es incomprensible. El viejo abrazado al retrete, tosiendo, mugiendo, y Merny muy cerca, de pie, golpeando la pared con su puño, gritando, llorando. Así permanecieron por un tiempo, como dos cuerpos que furiosamente se agitan y protestan; hasta que lentamente se fueron calmando, sin mirarse, sin tocarse, cada uno por su lado, amansando su propio jadeo.

Entre los dos limpiaron todo. Tuvieron que mojar con cloro el piso y las baldosas. El olor fétido había invadido el apartamento. Era como una segunda piel que se había tatuado sobre cada objeto. El apartamento parecía el vientre de un animal infectado. El viejo, entonces, la invitó a salir, a tomarse algo afuera. Merny se negó, incómoda, arguyendo además que debía volver de inmediato a su casa. El viejo la obligó. Se sentaron en un café cercano. Ella no quiso pedir nada. Él pidió dos cafés. Uno para cada uno. Cuando por fin pudieron hablar, lo primero que hizo Merny fue pedirle perdón. Al viejo le costó convencerla de que no era necesario. Todavía fue más difícil que por fin se desahogara y le contara todo lo que le ocurría. Esa tarde hicieron el pacto. El viejo Miranda le ofreció todo el dinero necesario para mandar a Willmer a Los Andes, donde vivía una hermana de Merny. A cambio, establecerían una complicidad entre ambos, a espaldas de Andrés.

—No más dietas, por ejemplo. No quiero volver a comer más nunca esa mierda de pollo sin sal y a

la plancha. Quiero aceite, quiero mantequilla, quiero dulces.

—Pero el doctor Andrés dice que...

—No importa lo que diga mi hijo. A ver, Merny, mírame. ¿Acaso tú crees que yo no sé que me voy a morir?

—Todos nos vamos a morir, señor Javier —dijo ella, bajando la voz y mirando hacia otro lado.

—Sí, todos. Pero yo me voy primero. Yo ya me estoy muriendo.

* * *

La tintorería se llama De Luxe. El nombre fue lo único que quedó a salvo en la mitad de la factura que encontró Andrés en el cuarto de su padre. Lo demás fue llamar al servicio de información y obtener el número telefónico del local, llamar y pedir la dirección. Ahora Andrés está en esa calle, detenido frente al lugar. Ha pasado días rumiando esa voz de mujer. Con el viejo Miranda, en dos ocasiones por lo menos, intentó propiciar una conversación sobre el amor, la vida en pareja. Una vez incluso se atrevió a hurgar más en la intimidad.

—Está bien que no te casaras, pero ¿jamás, ni siquiera, tuviste una aventura?

—Yo nunca he sido hombre de aventuras —respondió vagamente el viejo Miranda.

—¿No te fuiste ninguna noche con una puta? ¿Qué hiciste todos estos años con tu vida sexual, papá?

Nada. Javier Miranda tan sólo esbozó una sonrisa que casi fue una simpleza, un gesto fácil, escasamente elaborado, y no dijo nada más. A medida que pasaron los días, la voz de aquella mujer en el teléfono fue devorando a Andrés. Comenzó a oírla demasiadas veces, a tropezar con ese sonido con mucha frecuencia. Era la única pista que tenía. Esa voz.

Y una tintorería.

Había seguido las pesquisas de manera infantil, sin darle demasiada importancia, pero ahora que se encuentra delante de la puerta de la tintorería no puede evitar sentir de nuevo cierta incomodidad. Ha pensado todo bien, pero no sabe ejecutarlo. La factura tiene una cifra en rojo, en la esquina izquierda. Deben ser los números de control de la operación en curso. Eso sería más que suficiente para ubicar a la mujer que busca. Lo único que tiene que hacer es fraguar una engañifa, ejecutarla rápidamente y obtener así lo que tanto busca. Ése es el siguiente paso. Por ejemplo: Andrés entra mirando hacia todos lados, con una mueca despistada, frágil.

—Buenos días —podría decir, mientras sonrío tímidamente y se acerca a la muchacha que está junto a la caja registradora.

—Buenos días.

—Verá, señorita... Tengo un problema. —Andrés manosearía los puntos suspensivos, farfullaría, trataría de marear a la empleada. La llenaría de palabras, de relatos que nunca terminan, produciendo una confusión agobiante—. Y lo único que tengo es esto —finalizaría diciendo, mientras muestra su mitad de la factura—: ¿Usted podría ayudarme?

Otra posibilidad es que Andrés entre en el local y se dirija hacia la muchacha y le proponga un soborno. Otra más es que, sin demasiados preámbulos, sin pudor, sin ahorrar cursilerías, opte por la

sinceridad y termine relatando sus propias miserias, la intimidad secreta de su padre y ese enigma con voz de mujer que lo ha traído hasta este local oloroso a lavanda y a vapor de agua. Sea como sea, igual Andrés sale de la tintorería con una dirección y un teléfono. Se llama Inés. Inés Pacheco.

Cuando era muchacho, una vez siguió a su padre. Tenía quince años. Nadie se escapa de esa edad. No recuerda por qué, no tiene indicios, explicaciones. La memoria sólo le ofrece un sentimiento, algo semejante al rencor, a un dolor agresivo, punzante. Andrés está agazapado, debajo del atardecer, espionando. Se oculta detrás de una camioneta que carga unas cajas con diversas verduras. Hay zanahorias, apio, calabacines; dos cajas llenas de cebollas moradas. En la caja del fondo sólo se asoman los dedos verdes de unos ajoporros. Su mirada cruza este paisaje, traspasa los vidrios del automóvil y finalmente alcanza la otra acera. Hasta ahí ha llegado su padre. Conversa con un par de hombres. Andrés está un poco decepcionado. Tenía la fantasía de que su padre se veía a escondidas con otra mujer, que por fin había sustituido el recuerdo de su madre.

Esperó pacientemente cerca del edificio de la petrolera donde trabaja su padre y lo siguió. Como en las películas. A unos metros de distancia, cambiando de acera, evitando ser descubierto. Su padre fue a tomarse un café con sus amigos de siempre. Y luego se dirigió a este callejón. Su padre saca de la cartera unos billetes y se los ofrece a los dos hombres. Ellos se miran. No parecen estar contentos. Uno de los dos, el más alto, niega con la cabeza. Los tres discuten brevemente. Andrés está cada vez más tenso. Teme que algo ocurra. De pronto, sin más, uno de los hombres le da un puñetazo en el estómago a su padre. Es un golpe seco. Javier Miranda se dobla, desinflándose. El otro hombre, casi en el mismo movimiento, como si ambos estuvieran sincronizados, alza rápido la rodilla encajándosela en el rostro a Javier Miranda. Andrés está paralizado. No sabe qué hacer. Quisiera hacer demasiadas cosas a la vez. Quisiera correr y golpear a esos sujetos, quisiera correr y estar lejos de ahí, quisiera gritar, pedir ayuda, quisiera no haber seguido jamás a su padre. Los dos hombres toman la cartera y el reloj de su padre y se alejan apremiados. Andrés sigue ahí, detenido, congelado detrás de la camioneta, mientras su padre se incorpora con dificultad, se queja, se limpia la sangre de la boca. Ni siquiera entonces Andrés se atreve a acercarse, a ayudarlo. Es más grande el temor a delatarse, a revelar que estaba siguiéndolo, a revelar por qué estaba siguiéndolo. Su padre se aleja, cojeando. En su memoria, Andrés tiene los ojos rojos. El recuerdo huele a cebolla morada.

Aquella noche su padre regresó tarde. Andrés se hizo el dormido. A la mañana siguiente, hubo una historia tonta de un tropiezo y una puerta en la oficina. Así se explicó la herida en la ceja y en la boca. Nunca más hablaron de eso.

Sin embargo, Andrés ha vuelto a recordarlo, justo ahora, cuando está en el cuarto piso de un pequeño edificio situado en la parte vieja de Chacao. Está frente a la puerta del apartamento 4-C. Acaba también de tocar el timbre. Tras unos instantes, oye o cree oír unos pasos. Casi podría jurar que es el sonido de unas sandalias que se acercan. La puerta se abre suavemente y ahí está ella. Eso supone Andrés. Ella debe ser Inés. Es una mujer que debe rondar los sesenta años. Fue muy hermosa y todavía conserva esa elegancia de las mujeres que alguna vez fueron muy hermosas. Tiene el cabello negro, muy negro, brillante. Ella lo mira sin decir nada, sin expresión de asombro. Tan sólo espera.

—Buenas tardes, ¿usted es Inés Pacheco?

—Sí —dice la mujer.

Lo que sigue es un silencio. Porque Andrés no sabe muy bien cómo continuar. Se le ha acabado el

guión, se encuentra de pronto sin saber qué decir, colgando de la escena y temiendo caer de manera abrupta en el vacío. La mujer continúa mirándolo cada vez más extrañada, a la espera.

—¿Usted no me conoce? —pregunta, perplejo, Andrés tras una pausa—. ¿Usted no sabe quién soy yo?

La mujer lo observa con más detenimiento. Como si intentara ubicar dentro de sí misma el rostro de Andrés.

—No —contesta finalmente con absoluta naturalidad.

—Yo soy Andrés, el hijo de Javier Miranda.

Sólo entonces la mujer reacciona, parece crispase suavemente. Como si por un instante hubiera crujido por dentro. Pero no dice nada, no lo invita a pasar. Queda en silencio, mirándolo. Andrés sólo la observa, expectante.

—Creo que hay una confusión —dice ella al fin. El tono de su voz es cálido, pero corta cada palabra de manera demasiado exacta, precisa—. No sé de quién me está hablando.

Y no permite que Andrés agregue nada más, no le da chance a ninguna otra reacción. Cierra la puerta suavemente. Andrés queda unos segundos en silencio, desconcertado. Luego oye, o cree oír, el sonido de unas sandalias que se acercan y se alejan otra vez.

* * *

La situación cada vez está peor. Ahora Karina llega al consultorio a las seis y media de la mañana, cuando apenas los empleados de la limpieza comienzan su faena, cuando el sucio y las sombras todavía son parte de la misma madrugada. Se va del consultorio a las ocho, dos horas después de terminar su jornada laboral. Aunque el doctor Miranda la conminó a que ella también tomara vacaciones, Karina se negó. Ve pasar las horas por la pantalla del computador, siempre aguardando que ya lo inesperado suceda, que aparezca de pronto una correspondencia nueva.

—Te estás volviendo loca —sentencia Adelaida.

«El tifus es menos contagioso que la histeria», escribió Joseph Roth. Adelaida no lo sabe, jamás ha leído y jamás leerá a Joseph Roth, pero piensa más o menos lo mismo.

—¡Mira cómo estás! —exclama—. ¡Mira cómo te ha puesto ese tipo! ¡Ese carajo te traspasó su enfermedad!

—La culpa es tuya. —Karina intenta defenderse, sin demasiado aplomo—. ¡Tú fuiste la que me convenció de que comenzara a escribirle!

—¡Eso no tiene nada que ver! ¡No me eches esa vaina a mí! ¡Tú solita te envenenaste con ese loco!

¿Es la palabra exacta? ¿En realidad ella está así, envenenada? Karina se pregunta eso mismo varias veces al día. No sólo tiene que ver con la actitud que ha desarrollado ante la ausencia de Ernesto Durán: hay algo peor, algo que ni siquiera se ha atrevido a comentarle a Adelaida, algo que tal vez ni siquiera desea pronunciar.

Ocurrió por primera vez hace dos miércoles. De camino a su casa, Karina se detiene en una tienda de alquiler de videos. Piensa que quizás una película la ayude a combatir el insomnio que

últimamente la ronda con excesiva insistencia. Entra en el local a las siete de la noche, el lugar está repleto y Karina supone que no encontrará ninguna película de estreno disponible. Sin buscar demasiado, se dirige a los estantes que anuncian filmes de comedia. Tal vez es eso lo único que necesita para distraerse, para atajar el sueño. Pero mientras va avanzando despacio por el estrecho pasillo, dejando rodar sus ojos sobre los títulos de las películas, de repente comienza a sentirse nerviosa, extrañamente nerviosa. No es algo que pueda describir claramente. De pronto, todo el lugar le parece excesivamente pequeño; de pronto empieza a sentir que está demasiado rodeada de gente, que no puede moverse con ninguna libertad, que le falta el aire. La sacude un leve temblor interior. Casi es un toque eléctrico, algo débil; un pinchazo en un nervio lejano. Karina comienza a oír las voces de los otros clientes a distancias y a volúmenes diferentes, casi cree que se mueven en círculo a su alrededor, o que danzan suspendidas bajo el techo agobiante del local. Se siente inestable. Le tiembla el párpado izquierdo. Como si tuviera vida propia. Como si fuera independiente. También siente frío en las sienes. Su saliva es una arena que cuesta tragar. No puede evitar recordar de nuevo a Ernesto Durán. Agarra, con un gesto abrupto, la película, la primera que encuentra, que tiene a mano, y se encamina velozmente hacia la cola frente a la caja.

Tiene tres personas por delante. Karina no puede creer que le esté pasando esto. Trata de calmarse, respira hondo, aprieta sus puños, hunde sus uñas en las palmas de sus manos, como queriendo hacerse daño, como si el dolor fuera un método para no perder el control. Es inevitable que el mismo miedo, ya tantas veces leído, aflore ¿No está a punto de perder el conocimiento? ¿No puede desmayarse justo en este instante? Para disimular, se agacha, aparentando que revisa un detalle en sus zapatos. Así apoya la rodilla en el suelo y se da seguridad, se mantiene más firme, refuerza su equilibrio. No es un procedimiento que se le acaba de ocurrir. Lo leyó en una carta. Alguna vez, Ernesto Durán le relató una anécdota parecida en la cola de una taquilla de un banco. Pero el resto de los clientes de la videotienda no lo saben, no conocen la historia. No siempre se ve a una mujer hincándose a revisar sus zapatos, a cada rato, mientras espera que la fila avance. Karina también se da cuenta. Pero no puede evitarlo. Cada vez que se incorpora, ensaya una sonrisa de circunstancias, algún gesto, una explicación inútil. Muy pronto, la sensación de fragilidad vuelve a raptarla. El sudor es cada vez más intenso. Siente que está hiperventilando, que una debilidad amarilla la invade, que la falta de oxígeno ya es inaceptable. Ya sólo tiene una persona por delante. Mirar hacia fuera, por la puerta de vidrio, es lo único que le regala una diminuta tranquilidad. Aun así, es inútil. Lo siguiente es un escozor, una piquiña feroz en la garganta. Karina empieza a rascarse el cuello. Teme que sea una alergia, aunque no puede evitar relacionarlo todo con la asfixia que no la ha dejado quieta ni un segundo. Se mueve sobre sí misma, en su lugar; estira los brazos, buscando expandir los pulmones, aspira hondamente por la nariz, por la boca, apoya su mano en el estante de dulces que está a un lado del mostrador, se inclina nuevamente, revisa su zapato, vuelve a subir, se seca con la mano el sudor de la mejilla, observa de reojo cómo la miran las otras personas que esperan tras ella en la fila... No puede más. Con torpeza y gestos apurados, deja la película sobre unas barras de chocolate y, a grandes zancadas, sale del lugar. Da algunos pasos, boqueando, hasta alcanzar las escaleras del pequeño centro comercial. Ahí se sentó, sin importarle nada, sin pensar siquiera en quienes pasaban a toda prisa, cruzando sus piernas junto a ella.

No sabe cuánto tiempo estuvo así. Sólo recuerda la sensación de haberse salvado. En la raya, en el último segundo. ¿Era eso lo que padecía Ernesto Durán? ¿Así se sentía? ¿Acaso se había contagiado, acaso ella ahora también tenía su enfermedad?

Andrés observa la última tomografía. Ha traído a casa los resultados y está sentado en la cama, alzando la placa para que la luz de la ventana le permita ver el cerebro de su padre. La lámina azulada deja ver las manchas con una precisión que ahora le resulta insoportable. El misterio siempre logra que la muerte sea un poco más soportable. Tanta puntualidad científica es intolerable. ¿*A quién le sirve?, ¿a quién ayuda?

De pronto siente que la mano le pesa, que le cuesta sostener ese retrato en el aire. ¿Cuántas placas como ésta ha visto? Demasiadas. ¿Cuántas veces se ha enfrentado a imágenes tan definitivas? Hace mucho que perdió la cuenta. Con el tiempo, sólo se suman las personas salvadas, las excepciones. Los muertos llevan su cuenta aparte, se suman solos. Quizás ahora recuerda aquella novela de Louis Ferdinand Céline, donde un médico «describía la enfermedad como se describe el rostro de un antiguo conocido». Eso es lo que le pesa ahora a Andrés. Esa larguísima relación con la enfermedad. Tal vez ya ha visto morir a demasiada gente.

Una vez soñó que todos sus muertos se reunían, que se asociaban en una especie de club: los pacientes perdidos del doctor Andrés Miranda. No le gusta el verbo perder. Le parece injusto. Quizás porque en el fondo sabe que, antes o después, los médicos siempre pierden. Jamás tendrán un buen promedio. La derrota es su destino. En aquel sueño, sus pacientes aparecían todavía enfermos, como si el tiempo los hubiera congelado en ese tránsito de la vida. Aunque lucían pálidos, más bien grises, se mantenían casi idénticos a las últimas imágenes que tenía de ellos. Don Agustín Mejías caminaba con dificultad, arrastrando un paral del que colgaba una bolsa de suero. La señora Arreaza estaba en silla de ruedas. Tomás Hernández todavía llevaba la cabeza envuelta en una venda. Silvina Rossini se tapaba la calva con un pañuelo estampado y tosía ruidosamente. El viejo Pimentel acostado en una camilla, desnudo, con la mirada perdida y los labios reseca. Todos estaban tan parecidos a la última vez que los había visto. Su inconsciente no había ido más allá, se había conformado con las primeras imágenes con las que se había tropezado. En el sueño, ninguno de sus pacientes lo miraba. Sólo estaban ahí, paseándose; a veces, entre ellos, se saludaban brevemente, pero jamás voltearon a verlo, actuaban como si él no estuviera ahí. La próxima vez que sueñe eso, piensa Andrés, quizás su padre se encuentre ya en ese sueño. Quizás también pase de largo, sin reparar en él, sin mirarlo.

Mariana lo encuentra tendido en la cama, junto a las placas. Es sábado y apenas son las cinco de la tarde.

—¿Estás bien?

Andrés no contesta. Tiene los ojos cerrados pero es obvio que no duerme. Mariana se acerca, se sienta junto a él, hunde la mano en sus cabellos, le rasca suavemente la cabeza.

—Vamos al cine con los niños —dice.

Andrés suelta un mugido leve; mueve la cara despacio, negando.

—Llevas casi tres semanas sin hacerles caso. Ellos saben que estás atendiendo al abuelo pero, de todos modos, les haces falta. Te extrañan —añade con un ligero énfasis.

Andrés abre los ojos.

Cuando el viejo Miranda y Mariana se conocieron, los dos estaban desnudos. Andrés y Mariana

llevaban un mes saliendo juntos. Aprovechando un fin de semana que su padre se fue con unos amigos a Barquisimeto, Andrés la invitó a dormir al apartamento. Cocinaron juntos un arroz a la marinera —el pulpo les quedó duro y pegajoso, el azafrán fue un exceso—, bebieron vino blanco, hicieron el amor hasta la madrugada. El domingo en la mañana se bañaron juntos. Ahí estaban, debajo de la ducha, abrazados, besándose, cuando oyeron el sonido de la puerta.

—Andrés —gritó su padre—, ¿estás aquí?

Eran las once de la mañana. El sonido del agua repicando sobre las baldosas del baño ocupó todo el apartamento, como si miles de agujas se suicidaran contra el suelo. Mariana se refugió instintivamente en un abrazo, buscando protección. Andrés plegó el plástico de la cortina de baño mientras pensaba rápidamente qué hacer. No tuvo mucho tiempo. Su padre ya estaba en el baño.

—¿No me oíste?

—Sí, sí, claro... Pero estaba sorprendido. —Andrés trata de sonar natural, aprieta a Mariana contra sí—. ¿Tú no ibas a llegar en la noche?

—Todo fue un desastre. Al carro en que íbamos se le partió la punta de eje ayer, por ahí, antes de llegar a Chivacoa. Perdimos la tarde y tuvimos que dormir en Urachiche. Por eso nos vinimos esta mañana temprano.

Luego Mariana y Andrés escucharon el clásico chorro de orina cayendo en el interior de la poceta. Su padre se había puesto a mear, junto a ellos. Andrés lo imaginó con el pantalón desmayado en los tobillos, apuntando hacia el agua; Mariana no aguantó una risotada nerviosa. Fue un ruido raro, como un chispazo arrastrado, una exclamación que se ahoga a mitad de camino. Andrés la apretó con fuerza pero fue demasiado tarde. El viejo Miranda, extrañado y preocupado, descorrió de un tirón la cortina. Ciertamente, así estaba, con la ropa hecha un nudo en los tobillos, desnudo de la cintura para abajo, mirando atónito a Mariana, también desnuda, aferrada al cuerpo de Andrés.

—Hola, papá —dijo él, ofreciendo un ensayo de sonrisa.

Su padre se fue a la calle y no regresó hasta después de dos horas. Llegó con una pizza y actuó con absoluta naturalidad, como si la escena del baño jamás hubiera ocurrido. Incluso cuando Andrés intentó hablar del asunto, él cambió el tema con rapidez. Dos semanas más tarde, cuando le presentó formalmente a Mariana, su padre estiró la mano y la saludó con una breve mueca de picardía. Nada más.

—¿En qué piensas? —pregunta Mariana.

Andrés tarda en responder. Desde hace tiempo, también, siente que su memoria es parte de una nueva intimidad, de un espacio que no sabe cómo compartir. Ahora recuerda incluso de otra manera, con más detalles, rescatando otras sensaciones; siente que el pasado se ha convertido en un cuerpo demasiado vivo.

—¿En qué piensas? —insiste Mariana.

—En Inés Pacheco —contesta Andrés.

También es cierto que no ha logrado borrarla. O quizás ella es, justamente, parte de ese pasado que no conocía, que estaba extraviado y que, ahora, de pronto aparece de manera contundente y obsesiva. La señora Pacheco se ha mudado a su cabeza. Ahora vive ahí. Han pasado varios días y todavía su

padre no ha reaccionado. No entiende por qué. Supone que ella ha debido contarle, que ha debido llamarlo de inmediato por teléfono. Tu hijo acaba de venir a verme, podría haberle dicho. ¿Por qué, entonces, su padre guarda silencio? ¿Por qué jamás le habló de esta mujer? ¿Por qué, todavía hoy, la mantiene oculta, le esconde ese pedazo de su vida? Andrés no puede evitar sentirse dolido. Justo en este momento, en estas circunstancias, comienza a sentir que su padre también es un desconocido.

—Quizás ya no se ven —dice Mariana—. Quizás ni son amigos —agrega, después de una pausa—. Quizás hasta se odian.

—Se te olvida que hace dos semanas llamó a su apartamento. Yo mismo atendí —acota Andrés.

—Crees que ella llamó. Pero en realidad no lo sabes. Tú estás jugando al detective, pero también puedes estar equivocado. Esa mujer que llamó a tu padre no tiene por qué ser Inés Pacheco.

—Está bien —concede Andrés—, tienes razón. Pero Inés Pacheco existe. Y mi padre y ella tuvieron algo.

—¿Eso es lo que te molesta?

—No, claro que no.

—Ya te lo dije hace días. Todo el mundo tiene vida privada. También tu padre.

Andrés tiene un gesto impetuoso. De pronto toma la placa, la tomografía del cerebro de su padre, y se la muestra a su mujer.

—¿Qué carajo es esto, Mariana? ¿Acaso esto no es vida privada?

Ella lo mira con cierto reproche, tensa. Andrés se calma, baja la cabeza. Ella sale, anunciando que irá sola al cine con los niños. Andrés se deja caer de nuevo sobre la cama. Por primera vez piensa que la enfermedad puede quitarle a él y a su padre algo que jamás pensó: la conversación, la posibilidad de hablar. La enfermedad también está destruyendo sus palabras.

* * *

El pacto entre el viejo Miranda y Merny también incluye ir juntos al taller. Merny lo asume como otra de sus obligaciones, como una cuota más para el abono del pasaje de autobús que salvará a su hijo. Siempre van en las mañanas, también a escondidas de Andrés. El viejo Miranda se enteró por una enfermera que le habló de esta experiencia.

—Ese taller ha ayudado a mucha gente —le dijo.

Al principio, Javier Miranda no se interesó, pero después de la tercera sesión de quimioterapia le pidió más información a la enfermera. Ahora están aquí, por primera vez. Merny luce incómoda, mira con recelo el lugar. El parece casi distraído, como si hubiera llegado hasta ahí por equivocación. Están en un salón amplio, en la planta baja de un edificio. Hay dos docenas de sillas de plástico dispuestas en círculo. También una pequeña mesa donde se amontonan unos papeles y un termo con café. Una señora, extremadamente amable, les ha dado la bienvenida y ha recibido el dinero de la inscripción. Tras enterarse de que no se permiten acompañantes, el viejo Miranda pagó también la cuota de Merny. Los otros participantes tampoco se muestran demasiado animados. Una tibia tristeza parece ir moviéndose entre todos. Hay una señora que camina con andaderas, un joven muy flaco y muy pálido, otro hombre al que le falta una pierna, una mujer que se frota las manos reiteradamente,

sin levantar nunca la mirada del piso... ¿Cómo me mirarán a mí?, piensa Javier Miranda. ¿Qué evaluación harán después de observarme? Merny también manosea mentalmente sus preguntas. ¿Sólo un vistazo bastará para que alguien concluya que ella es la sirvienta, la empleada? ¿O alguien tal vez piense que ella es la pareja del viejo Miranda? ¿Acaso alguno podrá pensar que no hay ninguna relación entre ambos, que ella está ahí porque también está enferma, porque también necesita comenzar a negociar con la muerte?

—Muy buenos días. Mi nombre es Roger Picón Heredia y, en este mismo momento, quiero darles a todos la más cálida bienvenida a este nuevo taller que comenzamos hoy.

Es un hombre moreno, alto y fornido, aunque se mueve con mucha agilidad, como si no pesara. No tiene que hacer demasiados esfuerzos para caer bien. Tiene una simpatía natural, una sonrisa luminosa. Mientras habla, camina entre los participantes, los mira, les dedica un gesto. Pareciera que los conoce desde hace tiempo.

—Antes que nada —dice— quiero que todos vayan quitando esas caras de resignación; como si hubieran venido aquí obligados, como si esto fuera el club de los tristes, de los desahuciados. ¡Para nada! ¡Todo lo contrario! No se confundan. Este taller se llama *Aprender a Morir*, pero esto no es una funeraria, no señor, no señora. Aquí justamente nos proponemos lo contrario, aquí venimos todos a aprender y a valorar lo maravillosa que ha sido y que es todavía nuestra vida. Por eso están ustedes aquí. Porque todavía quieren estrujar y celebrar su vida. A ver, a ver, a ver, ¡todos de pie! Sí, sí, todos, todos. Vamos a pararnos todos, así; ahora agárrense de las manos. Exactamente. Eso es. ¿Listos? Okey.

En este instante, Merny piensa que hubiera sido preferible quedarse afuera, esperando en la calle. Ahora está atada a la mano del viejo Miranda y a la mano del joven muy flaco y muy pálido. La mano del joven está sudada. La del viejo, fría. Ella de pronto piensa que ese muchacho puede estar infectado con algo terrible, contagioso. Instantáneamente suelta la mano. El joven la mira, Merny se siente incómoda y vuelve a tomar su mano.

—¿Cómo se sienten? —El hombre da pasos lentos, pasando junto a todos. Se detiene frente a Merny—. ¿Estás nerviosa?

—Un poco —susurra ella, llena de pena.

—No te preocupes. No va a pasar nada malo.

Luego sigue avanzando. Merny siente entonces un ligero apretón en su mano derecha. Cree que ha sido un movimiento involuntario, pero nuevamente la mano de Miranda le manda otra señal, otro breve apretón. Lo mira. El viejo Miranda está sonriendo, con picardía, como si la situación fuera divertida, como un niño que de pronto busca una complicidad.

—Cierren por favor los ojos. Respiren hondo. Así. Uno, dos. Uno, dos. Otra vez. Suavemente. Muy bien. Ahora quiero que viajen en su memoria, que recuerden, que vayan a esos lugares o a esos momentos maravillosos que han pasado. Momentos de amor, de alegría, de triunfo. Con los seres amados, con la familia, con los amigos. Sigán con los ojos cerrados, sientan de nuevo esos momentos. No dejen de respirar profundamente. Uno, dos. Uno, dos. Y ahora, entonces, repitan conmigo: vivo.

Al grupo le cuesta un poco entrar en la dinámica. Se miran unos a otros, de reojo, como dudando. Más que seguir las instrucciones del facilitador del taller, las arrastran.

—A ver. No, no así. Así nadie va a creer que están diciendo la verdad. A ver. Con fuerza: ¡vivo! — El hombre va y viene, los toca, les da palmadas en la espalda, los anima—. ¡Vamos! ¡Vivo! —Llega hasta donde Miranda, le pasa el brazo—. ¡Vamos, maestro! Con fuerza. ¡Vivo!

Hasta que por fin logra armar una coral entusiasta, o medianamente entusiasta. Merny recuerda a los evangélicos de su barrio. Ellos también gritan. Se agarran de las manos y gritan. Y cantan. Ninguno fuma ni bebe alcohol. Eso es bueno. Pero las mujeres no pueden usar pantalones. Eso es malo. Merny siente que la mano del muchacho muy flaco y muy pálido está cada vez más sudada.

—Ahora repitan conmigo. Vivo. Y mi vida ha sido buena. Cuando pienso en mi vida, en lo que soy, sólo viene a mi mente una palabra: gracias. Sí. Gracias. Porque mi vida es un milagro. Porque mi vida es un don. Gracias. Gracias a la vida.

Todos repiten las mismas palabras, acompasadamente. Luego quedan unos segundos en silencio. Todos esperan a que el hombre moreno diga algo, informe qué sigue. Nadie se atreve a abrir los ojos. El viejo Miranda comienza a pensar que el taller es una estafa, un pequeño circo para los que ya fueron heridos en combate, para los que ya no pueden volver a la batalla. Ahí se les ofrecen varias sesiones con un predicador empecinadamente contento, dedicado a convencerlos de que también hay derrotas felices.

—Ya pueden abrir los ojos —dice finalmente el hombre.

Y los recibe de nuevo con una sonrisa. Les pregunta a unos y a otros cómo se sienten. Les hace ver que ahora están mejor, que este ejercicio les ha otorgado un resplandor especial, que ya no están alicaídos como al principio. Después hace que cada uno diga su nombre en voz alta. Sólo el nombre. Merny está aterrada. Jamás en su vida ha hecho algo así. Nunca fue necesario que tanta gente supiera su nombre. Cuando llega su turno, duda, casi siente que la palabra se le extraviará en la garganta, que, al intentar decirlo, su nombre huirá, se perderá dentro de su cuerpo. Luego descubre que todo es mucho más fácil. Dice Merny. En voz alta. Y luego siente alivio. Y orgullo. Cuando dice su nombre y nota que no pasa mayor cosa, que está bien, que es tan nombre como cualquier otro, entonces Merny siente orgullo, una rara paz, la satisfacción de haber aprobado una asignatura.

—¿Por qué estamos aquí? Cada uno de ustedes tiene una razón muy personal. Quizás hasta esa razón les produce vergüenza, cierta pena, ¿no es cierto? Se sienten débiles, vulnerables. Tienen miedo. ¿Saben qué? No son únicos. No, no, no son originales en eso. Fíjense. Aquí hay hombres, mujeres, gente mayor y gente más joven. Hay blancos, hay café con leche, hay morenos. Ninguno se parece demasiado. Hasta hoy de seguro no se conocían. Y sin embargo yo estoy seguro de que todos sienten ahora más o menos lo mismo, algo muy semejante. Y escúchenme bien, les voy a decir otra cosa. Hay muchas personas que no se atreven a entrar a este taller. Sí. Así como lo oyen. Tan sólo el nombre les aterra. Gente que está igual que ustedes, que siente lo mismo pero se ha paralizado, que ha cerrado las puertas de su vida y se ha rendido. Pero ustedes no, ustedes se arriesgaron, lo hicieron, están aquí, en la primera sesión de un taller que se llama *Aprender a Morir*. Sí, sí. Por eso estoy aplaudiendo ahora. Yo los aplaudo a ustedes. Sinceramente. Porque me emociono de verlos aquí. Porque me admiro y los felicito. De verdad, verdad.

Regresan al apartamento en autobús. El viejo Miranda no quiere ir en metro. Prefiere viajar por arriba, mirando la ciudad. Es un mediodía limpio, el cielo está lleno de azul, y el sol es una piedra blanca en lo alto. Consiguen puesto y se sientan uno junto al otro. Merny no dice nada. Sólo habla cuando el viejo le pregunta.

—¿Qué te pareció?

—Raro.

—¿Raro bueno o raro malo?

—No lo sé. Creo que sólo me pareció raro.

Él la mira y sonrío. Ella, entonces, también sonrío.

* * *

Ya ni siquiera relee los correos, se los sabe de memoria. Tantas veces ha pasado sus ojos sobre esas cartas que tal vez puede recitarlas. No necesita verlas, no hace falta. En algún momento, se dio un tránsito, un viaje, y las palabras de Ernesto Durán dejaron de estar allá afuera, en la pantalla del computador o impresas en una hoja, y se mudaron, comenzaron a respirar dentro de ella. Incluso se ha descubierto contando mentalmente adjetivos. Son tan pocos. Más de una vez, ha sido sorprendida por el recuerdo de una frase puntual. «Dentro de mi cuerpo había un barranco», por ejemplo. Karina tarda demasiado poco en precisar que la frase se encuentra en las primeras líneas del quinto párrafo de la tercera carta, enviada por Durán el 12 de junio a las seis y veinticuatro de la tarde.

Una vez escucha en la radio un reportaje sobre una gente que está organizando una asociación peculiar, la Unión Nacional de Enfermos. Quieren formar una especie de sindicato donde los ciudadanos puedan defenderse de los médicos, protegerse de la medicina. Karina piensa, de inmediato, que Ernesto Durán está ahí, que de seguro es uno de los dirigentes de la futura organización. Trata de seguir la noticia lo más de cerca que puede. Esa misma noche, en la televisión, ve una entrevista con algunas de las personas que promueven el movimiento. La primera en hablar es una señora que cuenta cómo una vez le picó un bicho raro en el brazo, sospechaba que había sido algún insecto aunque no podía detallar qué tipo de insecto. No era nada conocido: ni mosquito, ni zancudo, ni jején. Fue otra cosa, dice. Total que el brazo se le empezó a hinchar, se le puso morado, y no tuvo más remedio que ir a la emergencia de un hospital. Ahí fue atendida por el médico de turno, un doctor que —según cuenta la señora— se dedicó a remover con una jeringa la inflamación que ella tenía en el brazo. Sin preguntar, sin decir nada, sin dar explicaciones. Karina deduce que la señora dice la verdad porque, todavía ahora, cuando recuerda el momento, se indigna y muerde las palabras, casi parece a punto de llorar de rabia. El médico se cansó de raspar debajo de su piel con la jeringa. Al final, dijo que no había encontrado nada, la dejó dos horas en observación y luego le dio un antibiótico, aclarándole que el antibiótico no era por la picada sino por lo que él había estado haciendo con la dichosa jeringa. «Por lo de la picada no se preocupe», dice la señora que le dijo ese doctor: «No es nada. Eso se quita con el tiempo». Pagó un dineral y regresó a su casa con una idea dando saltos dentro de su cabeza: la Unión Nacional de Enfermos.

Luego hablan varias personas. Un muchacho cuya hermana menor murió por una falla de oxígeno en un hospital del oeste de la ciudad. Un hombre al que le falta una pierna y que acusa a un anesthesiólogo de negligencia. Una enfermera que dice conocer la medicina por dentro y que asegura que, aun antes de ser enfermera, ella también es enferma... Nunca aparece Ernesto Durán. Karina incluso trata de ponerse en contacto con la organización, logra hablar por teléfono con una de estas personas, pero nada. Nadie lo conoce, nadie sabe nada de Durán.

—Tú estás mal. Esa obsesión no es normal.

Adelaida piensa que a Karina le hicieron un trabajo, que alguien —quién sabe si el propio Ernesto Durán— contrató alguna brujería para volverla loca. Cree, además, que Karina debe pelear en el mismo terreno. Con yerbas, con un mentalista, con santería, con algún vidente..., con cualquier poder que no pertenezca al mundo conocido, que requiera más alimento de la fe que de la ciencia. Karina le ha contado, a medias y sin detenerse demasiado en los detalles, lo que le ocurre. No ha vuelto a padecer una situación como la que sufrió en la tienda de alquiler de videos, aunque ha vivido un par de eventos similares, el peor de ellos hace apenas dos días, en el metro. Por supuesto que es a la hora pico. Karina va de pie, apretujada, en medio del gentío. No necesita más de dos segundos para sentir que se le desata una crisis. Le falta aire, los latidos del corazón son pedradas, una babosa humedad se adhiere a toda su piel, la lengua se hincha hasta que empieza a sentir que le está naciendo un sapo inmenso dentro de la boca, un animal rugoso que raspa su paladar, que le roba el aire, que la asfixia. Desciende de un brinco en la siguiente estación, jurando que nunca más volverá a subirse en un vagón del metro.

Adelaida insiste: no se trata de algo físico, biológico. Ninguna jeringa puede contra el mal de ojo. No hay antibiótico capaz de enfrentar seriamente una maldición. Frente a esto, la ciencia se deshace, la guerra es con otras energías, con otras armas. Karina prefiere pensar que todo es pasajero, que forma parte de una ansiedad que la acosa momentáneamente, de manera provisional, que una mañana cualquiera se despertará y ya todo habrá pasado, que hay en su futuro un jueves amable y sereno, sin miedos, sin asfixias ni desmayos, un jueves en el que Ernesto Durán ni siquiera sea un recuerdo.

* * *

En la mañana estuvo en el quirófano. Aunque se dedicó a la medicina general por no sentirse, justamente, demasiado a gusto en las prácticas quirúrgicas, Andrés a veces acude a alguna intervención. Por lo general, responde a la petición de algún amigo. Miguel, con frecuencia, lo consulta. Hoy fue Maricruz Fernández. Abrieron a una paciente con dos tumores en el hígado. Ella quería que Andrés los viera, deseaba consultar su opinión en el caso. El segundo tumor, sobre todo, se prestaba a confusiones. Era mixto, tenía una parte blanda y otra dura, sólo un costado presentaba formación cerebroide. Andrés esta vez tuvo vértigo. Nunca le había pasado. Al asomarse al cuerpo de la mujer, de pronto se sintió sin fondo, como si pudiera hundirse en esas tripas, caer infinitamente dentro de ese hígado baboso y oscuro.

Cualquier excusa fue buena. Salió lo más rápido que pudo. Pasó por la cafetería y bebió un jugo de naranja. Luego fue a sentarse frente a la puerta de la sala de quimioterapia. Ahí está, con la mirada perdida, pensando. En la última semana, su padre se ha ido deteriorando de manera trepidante. La voracidad de algunas enfermedades es repugnante. Andrés cuenta cada vez con menos tolerancia y con más sufrimiento. Incluso el lenguaje clínico le resulta insoportable:

*Neoplasia exéresis empiema estafilocócico empiema pleural anastomosis ileocolostomía
biopsia hemostasia prótesis laparotomía isquemia litiasis.*

Son palabras que transitan todo el tiempo por el pasillo de los hospitales. Cierra los ojos y las escucha. Brillan en mitad de cualquier conversación, destacan entre las otras palabras simples, aquéllas que sólo sirven para vivir pero no para enfrentar la muerte. Ahora Andrés cree que forman parte de un diccionario pretencioso e inútil. Esta mañana, cuando fue a buscar a su padre, lo encontró

sentado en la cama, desnudo. Parecía inconsciente, aunque tenía los ojos abiertos. Andrés dudó unos segundos, pensó que quizás su viejo podía sentir vergüenza. La intimidad de pronto fue cruel. Decidió acercarse, se sentó junto a él. El viejo no se movió. Andrés lo vio más de cerca, tan frágil. Sus piernas delgadas, enclenques. Su sexo vencido, como un dedo dormido en el lugar equivocado, como si en realidad jamás hubiera sido un sexo. Ahora los huesos se notaban más. Se adueñaban de la forma del cuerpo. El rostro parecía guardar una espesa desilusión.

—¿Cómo estás? —Andrés le pasa el brazo sobre los hombros y hace un esfuerzo por aparentar un incomprensible optimismo.

—Mal. —El viejo sigue sin mirarlo—. Me cansé, Andrés. Ya no quiero seguir, no quiero más.

—Hoy amaneciste bajito, eso es lo que tienes. —Andrés se empeña, aunque las palabras le raspen la lengua. Siente que es su deber decir algo así, que eso es lo que le toca.

—Hoy amanecí igual que ayer. Y que antier. Y que antes antes de ayer.

—Vamos, ven que te ayudo a vestirte.

—En serio, no quiero ir.

—Tienes que ir. —Andrés se coloca en cuclillas frente a él. Se miran hondamente a los ojos.

—Duele —dice tras una pausa el viejo Miranda. Casi susurrando. Como una exhalación—. Todo me duele, hijo. Duele que jode.

Ahora, sentado en el pasillo, ya no escucha las palabras clínicas, ya no hay *neoplasia isquemia empiema pleural*. Duele que jode. Nada más.

«El dolor físico», escribió en su diario Julio Ramón Ribeyro, «es el gran regulador de nuestras pasiones y ambiciones. Su presencia neutraliza de inmediato todo otro deseo que no sea la desaparición del dolor. Esa vida que recusamos porque nos parece chata, injusta, mediocre o absurda cobra de inmediato un valor inapreciable: la aceptamos en bloque, con todos sus defectos, con tal de que se nos dé sin su forma de vileza más baja que es el dolor».

Andrés decide quedarse el resto del día con él. Lo invita a comer en su restaurante preferido, un discreto lugar cuya gastronomía se promociona, asegurando que se prepara auténtica comida casera. Pero el viejo no está demasiado entusiasmado. Andrés insiste. Al punto que casi parece que el padre se sacrifica y acepta. No disfrutan la comida. El viejo tiene muchas náuseas. Los reflujos gástricos no lo dejan comer nada. Van a su casa en silencio. Su padre se desnuda y se mete en la cama. Andrés vuelve a sentarse a su lado. ¿Qué puede hacer? ¿Qué espera su padre de él? ¿Acaso hay algo que pueda hacer, acaso hay alguna manera de ayudarlo en estos momentos? El viejo Miranda permanece acostado, boca arriba, con la mirada extraviada en el techo. Andrés abre la gaveta de la mesa de noche.

—El otro día estaba buscando tus pastillas... y me encontré con esto —dice, y le muestra el libro.

Su padre no parece demasiado interesado en el tema, Andrés le coloca el libro frente a los ojos.

—Me lo recomendó una enfermera del hospital —susurra finalmente.

—*Morir con dignidad*. —Andrés lee el título. Lo mira—: No es muy optimista —acota.

—La vida no es optimista.

Andrés suspira, se acerca, le peina la calva con la mano, cariñosamente.

—Viejo. No estarás pensando hacer una pendejada, ¿verdad?

—La única pendejada que yo puedo hacer es morirme. Y ya la estoy haciendo.

Andrés no sabe qué añadir. Deja caer el libro sobre la cama, continúa acariciando la cabeza de su padre. Ambos permanecen así por unos instantes. Hasta que:

—¿Por qué nunca me contaste nada? —Andrés decide tomar el riesgo.

—¿De qué?

—De Inés Pacheco.

Ahora sí su padre se incorpora, gira la cabeza y lo mira. Más que sorprendido, parece estar desilusionado, quizás hasta ofendido. Aun con su debilidad, su actitud mantiene un aire altivo, casi severo.

—La conocí. Fui a verla —dice Andrés.

Y entonces el viejo se deshinchaba, lentamente. Como si, por un agujero secreto, su ánimo de pronto se vaciara. Suelta un bufido y se deja caer sobre la cama. Luego cierra los ojos, como si no quisiera ya escuchar más nada.

—¿No te contó? ¿No te dijo nada?

El viejo Miranda sigue igual, ensimismado.

—¿Ella sabe que estás así, sabe que estás enfermo? —sigue preguntando Andrés, aunque su padre nunca responde.

Después de unos minutos en silencio, también Andrés se deja caer muy despacio sobre la cama, hasta quedar tendido junto a su padre. También entonces estira la mirada y deja sus ojos en el techo. Probablemente los dos tan sólo desean que todo termine, que ya todo sea final. La muerte es preferible al dolor. La enfermedad es un peaje amargo, una alcabala, tan caprichosa, capaz de convertir a la muerte en el objeto de todos los últimos deseos.

—Huelo mal —dice de pronto el viejo, todavía con los ojos cerrados.

Tiene razón, pero Andrés no lo confirma, se calla. Cada enfermedad produce, dentro del cuerpo, sus propias señas particulares.

—Es como si, desde ya, hubiera comenzado a podrirme.

Andrés tampoco lo mira: no se atreve.

—Estás muy deprimido, papá. Es eso —susurra, con un nudo en la garganta.

—¿Tú no lo notas? Huelo como raro, como a amoníaco y a otras vainas. Aunque me bañe, sigo oliendo así.

Andrés estira su mano suavemente y toma entonces la mano de su padre. Cierra los párpados, como si en el fondo también quisiera cerrar la memoria, como si deseara que sus recuerdos no pudieran agarrarse jamás de esta imagen.

—Estoy desesperado —confiesa de pronto—. No puedo hacer nada. No sé qué hacer.

El silencio es un cuchillo que se hunde en el pellejo de la tarde. Ninguno de los dos se atreve ya a abrir los ojos.

* * *

—¿Qué puede hacer un hombre al que de pronto, una mañana cualquiera, le avisan que sólo le quedan tres o cuatro semanas de vida?

Así empezó la segunda sesión del taller. Dos nuevos participantes se han incorporado: una mujer gruesa, que respira con dificultad, y un hombre joven, que ronda los treinta años, tiene aspecto saludable aunque luce intranquilo, nervioso. Roger, el mismo moreno de amplia sonrisa, vuelve a dirigir con agilidad la participación del grupo.

—A ver, piensen un poco en ustedes mismos. Quizás entre nosotros hay gente que, en estos momentos, pasa por una situación similar. No sería la primera vez, se lo aseguro. Yo he facilitado muchos de estos talleres y, en más de uno, hemos tenido experiencias de ese tipo. Pero de todos modos si no es así, no importa. Hagan un momento ese ejercicio mental. Imagínense que en este instante llega ante cada uno de ustedes un connotado doctor, un especialista muy importante; llega y les dice: caballero, dama, señor, señorita..., lamentablemente me toca informarle que la vida que tiene por delante va a durarle sólo un mes. ¿Qué harían?

Merny piensa en Javier Miranda. Piensa en sus años, en sus dolores, en esa palidez que ahora lo envuelve. De un tiempo para acá, cada vez parece más ausente. ¿Qué ha hecho él con estos últimos días que le quedan de existencia? ¿Los ha usado correctamente o los ha desperdiciado? ¿Quién puede saberlo? ¿Quién puede juzgarlo?

—Fíjense que no es sencillo. —Roger vuelve a dar pasos entre los asistentes—. Además, uno no siempre reacciona como cree o piensa o sospecha que va a reaccionar. Quizás, ante una noticia así, uno puede incluso perder una semana digiriendo la noticia, creyéndosela, aceptándola. La gran diferencia entre el hombre y las demás especies es que el hombre es el único animal que sabe que va a morir. Un perro no lo sabe. Un gato no tiene ni idea, no lo imagina. En cambio, el hombre sí. Y se pasa la vida pensando en ello. Sufriendo, padeciendo esa sabiduría. Es más, hay seres humanos que pasan toda su vida tratando de evitar lo que ya saben, tratando de no pensar en ello. Hay gente que sólo puede vivir cuando se olvida de que va a morir... Por eso mismo también les estoy poniendo este ejercicio. A ver: les quedan cuatro semanas de vida. ¿Qué quieren hacer en ese tiempo?

Cuando se enteró de la noticia, también Javier Miranda pasó sus buenos ratos tratando de desenredar esa pregunta. Pensó en su hijo, pensó en Mariana y en sus nietos, pensó en una excursión largamente soñada al Amazonas, pensó también en Inés Pacheco. Pero hace mucho que Inés y él habían cerrado un pacto. La idea, además, de fijarse una serie de metas para antes de morir comenzó a mezclársele con la clara sensación de que, poco a poco, pero de manera constante, su muerte se iba a ir convirtiendo en algo cada vez más público. Ésa es otra de las secuelas de la enfermedad: la agonía privada pasa a ser una ceremonia colectiva. El efecto fue contrario: el viejo Miranda comenzó, más bien, a sentir ganas de retraerse, de esconderse, de estar más apartado, más ausente. A medida que pasaban los días y aumentaban los exámenes, los tratamientos y las dosis de medicinas, también se iban reduciendo las experiencias de placer y de gozo. No se trataba de un deterioro selectivo. A esas alturas, todo era una pérdida total. Nadie se despidió a medias.

—¿Viajar? Eso puede ser. Es una magnífica idea. —Roger va pasando de uno en uno, buscando, compartiendo respuestas—. ¿Y adonde le gustaría a usted ir?

—A Nueva York —murmura una anciana.

—A Nueva York, muy bien. —Da dos pasos más, llega frente el muchacho muy flaco y muy pálido—. ¿Y tú, Rodolfo? ¿Tú qué harías?

—Si me dijeran que me quedan cuatro semanas de vida, yo haría todo lo imposible por salvarme, por vivir más.

—Por ejemplo...

—Iría a ver a esos doctores que curan con las manos, me metería en la medicina naturista, me trataría con María Lionza, comería raíces, lo que me dijeran, pues.

—Muy bien. Muchas gracias, Rodolfo —dice mientras sigue avanzando y no deja de observar al grupo—. ¿Quién más quiere participar? —Se detiene frente a un hombre de sesenta años que tiene una venda en los ojos—. Ajá, don Esteban. ¿Y usted qué dice? ¿Usted qué haría?

—Yo me cogería a una china —dice el hombre, en medio de una risotada.

Algunos participantes también se ríen, otros guardan silencio e intercambian miradas que presagian futuras jornadas de chisme.

—Nunca he estado con una china. Estoy diciendo la verdad.

—Está bien, está bien, don Esteban. Y le creemos. Está perfecto. —El hombre se detiene de pronto frente a Merny. Se inclina hacia ella, apoyando sus manos en las rodillas. Su tono es más cálido—. A ver ahora qué nos dice Merny, ¿tú qué harías?

Merny se siente torpe. Todo el grupo la mira y eso la asusta. Siente que ha hecho algo mal, o que está a punto de hacer algo mal. Está azorada. Cree que lo que tiene que decir no es correcto, es una tontería, está fuera de lugar.

—Y entonces, Merny, te quedan cuatro semanas de vida, ¿qué vas a hacer en ese tiempo?

—Llevarme a mi hijo a Mérida —dice apremiada, nerviosa, sin atreverse a levantar la mirada del suelo.

* * *

—¡Doctor Miranda!

Karina es la primera en oírlo. O, al menos, eso cree. El doctor Miranda, que camina junto a ella, no parece darse por aludido, sigue avanzando como si no hubiera escuchado nada, pensativo, ensimismado. Tanto que hasta la misma Karina duda: ¿lo oyó en realidad? ¿O lo está imaginando? Piensa de pronto que es imposible, que no se pueden imaginar los sonidos.

—¡Doctor Miranda!

Lo escucha por segunda vez y siente el mismo estremecimiento. La voz viene de atrás, de atrás y del lado izquierdo, de arriba también. Atrás, arriba, a la izquierda, Karina siente que las palabras se atropellan en su cabeza. Ha acompañado al doctor Miranda a llevar unas muestras y, ahora, ambos

caminan de regreso al consultorio, avanzan serenamente por el pasillo, hasta que de repente aparece esa voz que es un relámpago para Karina pero que el doctor Miranda parece ignorar.

—Creo que lo están llamando —dice por fin Karina, poniendo su mano sobre el brazo de Miranda.

Y entonces ambos voltean. Lo hacen de manera natural, con un movimiento suave, aunque Karina lo vive de otra manera, con más prisa, con mucha tensión. No se equivoca: Ernesto Durán viene avanzando hacia ellos. Luce tan igual, tan normal, que Karina, por un segundo, se siente un poco decepcionada. Ni siquiera parece estar más delgado, no se ve pálido, nada indica que viene de pasar por una crisis de salud o por una temporada de terribles sufrimientos. Tampoco es un festival de entusiasmo, pero se acerca con media sonrisa y un ademán apacible, tímido pero apacible.

—¿Podría hablar un minuto con usted? —pregunta, sin que la voz delate ninguna temperatura especial, mirando a los ojos a Miranda.

—La verdad es que...

—Sólo es un minuto. Por favor.

Karina está tan nerviosa. No se atreve ni siquiera a mirar con detenimiento a ninguno de los dos. Baja la vista, deja que sus pupilas pasen de sus zapatos a los zapatos del doctor Miranda, elegantes, de cuero marrón, y de ahí a los zapatos de Ernesto Durán, más viejos y baratos pero también de cuero, negros y sin cordones, con una punta demasiado estrecha.

Sólo cuando siente la mano del doctor sobre su hombro se da cuenta de que ha estado perdida, de que se ha fugado del momento. Alza la cara, al sentir la mirada de Durán sobre ella también siente de inmediato una marea de calor en su interior. Desearía no ponerse roja. Desearía no ponerse nada. Intenta parecer lo más natural posible.

—¿Te puedes adelantar y llevarle estos resultados a la doctora Sananes?

Ella dice que sí, por supuesto que sí, claro está, asiente, toma las hojas, vuelve a decir que sí, se le caen las hojas, todavía dice otra vez que sí, mientras los tres se agachan y recogen los benditos resultados. Se siente ahora más cerca de los zapatos. Y le parece absurdo pensar en eso. Le molesta, le irrita. Casi tanto como hallarse en medio de esta ridícula situación. Cuando se aleja, siente que el pulso le lleva una ventaja, que avanza más de prisa. Al cruzar la esquina del pasillo, se detiene a tomar aire, a tratar de serenarse, a pensar. Se asoma por el borde de la pared y observa a los dos hombres a la distancia. Ernesto Durán viste un pantalón azul y una camisa blanca, de algodón. Es él quien habla. Mueve las manos, pero muy poco. ¿Qué puede estar diciendo? Karina deduce que todo será un desastre. La idea de que todo finalmente se sabrá, el temor a verse descubierta, pesa más que haber constatado que Ernesto Durán vive y se encuentra bien. ¿Qué va a ocurrir ahora?

En *El pabellón n° 6*, de Chéjov, el médico le explica al enfermo: «En el hecho de que yo sea doctor y usted un perturbado no hay ni moralidad ni lógica, sino una casualidad pura y simple». Tal vez, en secreto, algo así piensa ahora Karina mientras los mira. Tal vez hasta crea que ella es, justamente, esa casualidad que ha permitido que esos dos hombres se relacionen, que sean doctor y paciente. ¿No debería ella, en este mismo instante, acercarse y explicarle todo a ambos? ¿No debería ir y decirles que es ella, sólo ella, la única bisagra que puede lograr que ambos se miren y puedan compartir un mismo movimiento? Pero Karina está paralizada, estática. No puede ni siquiera respirar con profundidad. Continúa pasmada, mirando a Durán y a Miranda. Es sólo un instante.

¿Qué ocurre? Apenas quedan solos, Ernesto Durán hace un breve gesto con sus manos, como si le diera una vuelta a una tuerca invisible, en el aire. Desliza también una mueca.

—Muchas gracias —dice.

Y luego lo mira, y asiente, de manera muy sutil. Andrés Miranda tan sólo lo observa, perplejo, todavía a la espera.

—Tanto tiempo, ¿no? —agrega, tras la pausa, Durán.

Miranda lo observa cada vez más desconcertado. Su actitud intimida un poco a Durán. Ésa es la impresión que da. Al parecer, esperaba otra cosa, otra reacción. Probablemente había imaginado el encuentro de otra manera.

—Usted dirá.

Ernesto Durán, entonces, asiente de nuevo, con más firmeza, como quien se ve obligado a concretar, a no andarse por las ramas. Carraspea. Finalmente, lo mira directo a los ojos:

—La enfermedad, doctor —dice, con voz grave—. Me está matando.

Andrés siente que, en su interior, algo se desinfla. De pronto no entiende qué hace aquí, de pie frente a un sujeto que no conoce. Debe haber un error. Hay, en esta mañana, una equivocación espantosa, un absurdo en la mitad de un pasillo. Andrés mira hacia atrás, hacia otros lados, repite instintivamente todos los gestos de aquél que siente que lo han confundido con otro.

—Es en serio...

¿Es en serio? Es en serio. La enfermedad lo está matando. En un primer impulso, Andrés piensa en darle una respuesta rápida y seca: «De eso se trata, ¿no? A todos nos pasa lo mismo», por ejemplo. Podría decirle algo así, dar media vuelta y alejarse. Podría también palmearlo y animarlo un poco: «No se ponga solemne, tampoco es para tanto. Para eso se vive, para enfermarse». Lo acompañaría dos pasos por el pasillo y luego huiría hacia su consultorio. Podría, es otra posibilidad, hablarle de su padre. Mostrarle los últimos exámenes. Decirle a este desconocido lo que tanto le cuesta decirle a su propio padre. Decirle que está aterrado. Que no sabe cómo vivir este momento. Que no puede imaginarse solo, tan solo, cuando ya Javier Miranda no sea más Javier Miranda, cuando ya no exista. La enfermedad nos está matando.

—Lo siento —dice, al fin, tratando de afinar la voz mientras habla—. Creo que hay una confusión. No sé por qué me dice eso.

El hombre, entonces, mueve la cabeza dos veces, como si tuviera agua dentro de los oídos.

—¿No me reconoces? —pregunta de pronto, mirándolo fijamente y comenzando a tutearlo.

—No. Es más. Discúlpame, pero creo que ni siquiera te conozco.

—Yo soy Ernesto Durán.

Andrés Miranda se moja los labios con la lengua. Por unos segundos, parece concentrarse. Ernesto sigue con los ojos ese viaje imaginario, esa búsqueda invisible.

—Lo siento —repite Andrés, tras una pausa.

Y hace un ademán de despedida, un gesto simple que pretende liquidar la conversación.

—Espera. —Ernesto lo retiene. Aprieta su brazo con fuerza—. Las cartas.

—¿Las cartas? —pregunta, cada vez más desconcertado.

—Los correos, los *mails*. Llevamos meses escribiéndonos.

—Perdóname, pero ahora sí estoy seguro: estás confundido.

—Pero...

—Yo no uso correo electrónico. Creo que jamás en mi vida he contestado un *mail*. Estás confundido, en serio. Si quieres ve al directorio, hay un gastroenterólogo que tiene un apellido parecido al mío, quizás eso es lo que ocurre.

Antes de que Ernesto pueda decir o hacer algo más, Andrés se ha alejado. Con premura, sin voltear, sin siquiera despedirse. Dejando que el encuentro quede en la estatura de un tropiezo, de un simple traspié, con cordiales excusas, en la mitad de un pasillo de hospital.

* * *

Cuando Mariana ve tres gotas de sangre en el suelo, entiende que ha llegado el momento. Desde hace días, saben que en cualquier instante puede presentarse el accidente. No es un accidente sino el accidente, el que todos ya conocen, el que están esperando. Lamenta de inmediato que ocurra este miércoles, que sean las cuatro de la tarde y que el abuelo haya ido a pasar un rato con los niños en su casa. Andrés ha salido. Cada día está peor, la relación es agria, está todo el tiempo de pésimo humor. Mariana puede entenderlo pero ya no lo soporta. Ella también quiere que todo termine ya.

Las tres gotas forman un pequeño triángulo en el suelo. Mariana las ve y luego busca más gotas, trata de encontrar un rastro más largo, una ruta.

—¡Javier! —llama.

Avanza por el pasillo hacia el cuarto donde los niños asesinan pequeños monstruos galácticos en el televisor.

—¡Niños! ¿El abuelo está ahí con ustedes?

Sigue caminando, con la cabeza cada vez más inclinada sobre el piso. Tropieza con una pequeña mesa. Un objeto cae al piso.

—¡Javier! ¡Niños!

Hasta que llega, lívida, al cuarto: el volumen del televisor es apabullante. Sus hijos están solos. Ni pregunta, ni responde, Mariana da media vuelta de inmediato, se apura, llega a la puerta del baño, toca dos veces.

—¡Abuelo! —dice todavía, tratando de aparentar calma.

Nadie responde. Suspira, dudando; mira al piso: otra mancha de sangre. Ya no toca, toma el picaporte y abre. La puerta no da. Choca contra el cuerpo desvanecido de Javier Miranda. Mariana empuja, llora, se desespera. Uno de sus hijos le habla, avanzando por el pasillo.

—¡No te acerques! ¡No vengas!

El niño queda paralizado. Mariana intenta pasar una mano por la rendija y jalar un poco el cuerpo del viejo Miranda.

—¡Llama a tu papá por teléfono! —grita Mariana—. ¡Llama a tu papá, ya! ¡Ahora!

Andrés ha apagado su celular y, todavía indeciso, está nuevamente frente a la puerta del apartamento de Inés Pacheco. En medio de la impotencia que siente, intuye que quizás eso es lo que puede hacer por su padre: esta mujer es el otro afecto que tiene su padre, aunque él la desconozca, ella es al parecer la otra experiencia de amor que le queda. ¿Por qué ahora, justo ahora, no está ella con él? ¿Por qué no lo acompaña? ¿Por qué los dos se niegan a hablar con él? Andrés presiente que tal vez esto es lo que podría regalarle a su padre: llevarle una visita de Inés Pacheco. No tiene más que eso: un presentimiento. Toca el timbre.

Tras instantes, vuelve a sentir un susurro entre sombras y, luego, se abre la puerta. Es la mujer, otra vez. Pero ahora, al verlo, se tensa inmediatamente. Luce incómoda y de pronto lo mira con una impotente melancolía.

—¿Por qué ha vuelto? —pregunta.

—Usted perdóneme —dice Andrés, nervioso, torpe—, ¿puedo pasar?

—No —contesta la mujer, tras mirar rápidamente hacia adentro y poner su cuerpo junto al quicio de la puerta.

—Es importante.

Andrés la mira, casi suplicando. La mujer está cada vez más tensa. Pero no dice nada.

—Está muy mal —aclara finalmente Andrés—. Mi padre se está muriendo.

La mujer aspira una honda bocanada de aire, baja la cabeza y, cuando la vuelve a subir, tiene los ojos brillantes.

—¿Usted lo sabía?

Pero ella no contesta. Sólo lo mira, con honda desesperación. Andrés no sabe ya cómo contener su ansiedad. Quisiera, en ese mismo momento, raptarla. Parece que por fin ella va a decir algo cuando llega una voz desde el interior.

—Inés.

Luego aparece un hombre alto, canoso, luce algo débil pero tiene una expresión amable, bonachona.

—¿Quién es? —inquire el hombre, mientras se para junto a ambos.

—Es un joven que busca... —Inés se detiene, duda—, que busca a una persona. —Luego mira a Andrés y, con un gesto que también suma otro énfasis, señala al hombre y explica—: Es mi marido.

El hombre permanece junto a ella, mirando a Andrés con leve curiosidad. Sonríe cortésmente.

—¿A quién busca?

—A nadie —balbucea un poco Andrés—. Me dieron un dato equivocado. Disculpe. Y gracias, muchas gracias —dice.

—De nada.

La puerta se cierra casi sin ruido. Las voces de la pareja quedan flotando del lado de adentro. Algo pregunta el hombre. Algo contesta ella. Luego todo queda en silencio.

Cuando Andrés enciende de nuevo su teléfono celular, sólo escucha un aullido. El sonido de la ambulancia ya es una herida que va abriendo la tarde.

* * *

Estimado Ernesto:

¿Cómo podré explicarle ahora todo lo que tengo que explicarle? ¿Por dónde puedo empezar? Lo mejor es que empiece con mi nombre: me llamo Karina Sánchez. Soy la secretaria del doctor Andrés Miranda. No sé si me recuerda, alguna vez nos vimos en el consultorio, también hemos hablado por teléfono. Nuestro trato siempre ha sido por cosas de la consulta, en plan de mi trabajo, nada más. Sin embargo, aunque a usted le parezca increíble, nosotros nos conocemos más, tenemos un trato mucho más personal.

Permítame explicarme: entre las tareas que el doctor Miranda me tiene asignadas está la de encargarme de su correo electrónico, de toda la correspondencia que le llega a la dirección andresmiranda@cantv.net. Es el buzón que él utiliza para recibir invitaciones sociales, promociones de los laboratorios, y para desviar ahí a algunos pacientes, algunos pacientes como usted. Perdóneme la franqueza. Pero así lo decidí cuando esta mañana me decidí a escribirle: voy a decirle toda la verdad. Me cueste lo que me cueste, pero toda la verdad.

A esa dirección llegó su primera carta. Yo la leí, le avisé al doctor y él me dio instrucciones de no contestarle. Con la segunda carta, ya no le dije nada. Supuse que la orden que me había dado seguía en pie, que se refería a usted sin importar el número de correos que usted enviara. El día que leí que usted estaba siguiendo al doctor, me asusté. Pensé que el asunto se estaba poniendo grave, peligroso. Fue entonces cuando, también mal aconsejada por una amiga, decidí responder yo a sus cartas.

Quizás usted, ahora, en medio de la sorpresa o de la indignación estará tratando de entender por qué hice algo así. Yo también me lo pregunto constantemente. Al principio pensé que sería un juego divertido e inocente, pero poco a poco me fui dando cuenta de que estaba equivocada. Tal vez usted no me crea, pero le juro que fue usted, usted mismo, con lo que escribía, con la sinceridad de las cosas que contaba, quien me fue mostrando el horror que yo estaba cometiendo. Sé que nada puede perdonar lo que hice, porque ahora incluso siento que no cometí un error sino un delito. Yo usurpé la identidad del doctor, me hice pasar por él y, lo peor, lo engañé a usted, usé y abusé sin permiso de su privacidad.

Si a partir de este momento usted me odia y me desprecia, lo comprenderé. Se lo aseguro. Aunque me duela, sabré que usted tiene razón e intentaré aceptarlo. No tengo excusas.

Tengo que confesarle una sola cosa más. Usted me cambió la vida, señor Durán. Yo ahora entiendo perfectamente lo que usted siente, sé lo que es sentirse así como usted dice, con esos mismos síntomas. Usted, de alguna manera, me contagió. Usted y sus palabras. Por eso, cuando ya dejó de escribir, yo comencé a angustiarme, a sentirme cada vez peor. No le digo esto para

halagarlo, ni para buscar limpiar todos mis errores. Sólo se lo digo porque es verdad.

Deseando que esté bien y que alguna vez me pueda perdonar, se despide:

Karina Sánchez

* * *

Está en la habitación 508. En emergencia lo curaron, lo limpiaron, pero decidieron que no tenía sentido llevarlo a terapia intensiva. No había mucho más que hacer. Estaba débil y con mucho dolor. Le han puesto una sonda con suero. Le están controlando con un monitor la tensión y el pulso cardíaco. Le han dado morfina.

Afuera, en el pasillo, está Mariana con los niños. Andrés acaba de entrar. Se acerca, lo ve. Cada vez es más una estructura ósea, como si la piel también se fuera lentamente despidiendo, pegándose al hueso; como si a cada instante se asomaran más los rasgos definitivos de la calavera. Andrés se inclina y besa su frente. El viejo abre los ojos. Se miran, asoman sendas sonrisas de triste complicidad: no hacen falta más espectáculos, ya los dos saben perfectamente lo que ocurre.

—Qué lástima que fuera en tu casa —murmura el viejo—. Me da vaina con los niños.

—No te preocupes. Si te hubiera pasado en tu apartamento hubieras estado solo.

El viejo Miranda lo piensa un segundo. Va a hablar, pero le cuesta. Todo le cuesta cada vez más, todo es un esfuerzo.

—No debiste darle permiso a Merny para que se fuera tantos días a Mérida.

—Fue un trato que hicimos ella y yo —apenas murmura el viejo.

Andrés asiente. Su padre vuelve a cerrar los ojos. Respira con dificultad. Andrés busca alguna acción: revisa el flujo de la sonda, coteja algún dato en el expediente médico que le han dejado sobre la mesa. En realidad, ya esas cifras y esos datos no sirven de mucho. Cada enfermo escribe su propia historia. Los relatos que narran las enfermedades tienen otro orden, otro ritmo. Nunca se repiten, aunque todos tengan el mismo final.

Andrés regresa al lado de su padre. Le toma el pulso, pone la otra mano en su frente. El frío es cada vez más próximo, más prójimo. Andrés quisiera ahora volver a acostarse junto a él, abrazarlo y ponerse a llorar. El viejo intenta decir algo, pero no puede, abre la boca, carraspea, intenta alcanzar una vocal y sólo consigue un silencio, tiene la lengua seca, le hacen daño las palabras que ya no pueden llegar, que ya no tiene.

—No te esfuerces —dice Andrés—. No digas nada.

Siente también el ardor de unas lágrimas empezando a juntarse bajo sus párpados. Queman. No halla qué hacer. Pone su mano en la frente del viejo. De pronto los dos se miran. Andrés observa que su padre también está llorando, quedamente. Lo besa de nuevo, aprieta su mano.

—Todo cambió —dice entrecortado—. Desde que te dije que estabas enfermo. Desde que lo supimos.

El viejo Miranda niega con la cabeza, como deseando detenerlo. Andrés, llevándole la contraria con un gesto, tan sólo asiente.

—Cambiamos los dos. No supimos cómo manejarlo. Nos enojamos, nos enrollamos... Hemos debido hablar más, no sé, tratar de pasarla mejor juntos.

Su padre lo mira y sonrío, con cariño. Traga grueso e intenta tocarle el rostro, pero el ademán, débil, se desvanece rápidamente. Andrés limpia lágrimas en la mejilla de su padre.

—Esta vaina no se ensaya —murmura el padre, en plan de broma, como queriendo restarle importancia al momento—. Nadie nos dijo que esto sería así.

Tres pisos más arriba, en el consultorio, Karina está terminando de avisar a familiares y amigos. Así se lo ha pedido Mariana. Que llame a los más cercanos, que les explique la situación. Ya llegó la hora inevitable. Ella lo ha hecho, con cierta torpeza y con muchos nervios. Tampoco sabe muy bien cómo explicar la situación. ¿Qué puede decir? ¿Llegó la hora inevitable? ¿Acérquense porque ya todo va a terminar? Cuando está por comenzar una nueva llamada, observa de pronto que, en la pantalla del computador, se enciende un pequeño icono: acaba de llegar un nuevo correo al buzón. De inmediato cuelga el teléfono y se coloca frente a la máquina. El vértigo es mayor cuando mira quién es el remitente, quién envía el mensaje: Ernesto Durán.

Estimado Doctor Miranda:

He dudado mucho antes de volver a escribirle. Finalmente me decidí y voy a explicarle por qué. Desde hace tiempo, no he sabido nada de usted. La última vez que le escribí, me encontraba yo en medio de una crisis, le pedí ayuda y usted me falló. Nunca me llamó. Tuve una emergencia y usted no apareció.

No fue fácil. Me costó mucho salir del estado en que me encontraba. Por suerte, mi cuerpo fue reaccionando lentamente hasta que, con el tiempo, logré estabilizarme. Todo tuvo sus consecuencias, por supuesto. Entre otras cosas, déjeme decirle que perdí mi trabajo. Poco a poco, he ido recuperándome. No puedo negarle que, al principio, estaba muy resentido con usted. Me hice el propósito de no escribirle más. Y lo cumplí. Nunca volví a mandarle un correo. Tampoco volví a seguirlo, ni intenté buscarlo de nuevo en el hospital. Quería borrarlo, doctor.

—¿Por fin te respondió? —Adelaida está en el quicio de la puerta, observándola—. Te conozco la cara, Karina. Es una carta de él, ¿no?

Karina asiente, un poco incómoda con la interrupción.

—¿Y?

—No es para mí. Es para el doctor Miranda.

—¡No te creo! —exclama Adelaida, mientras da la vuelta y se asoma a la pantalla por encima de los hombros de Karina.

Pero no pude, doctor. Todos los días, me despertaba igual, con una sensación de vacío en las manos, como si me faltara algo. También me acostaba igual, con ansiedad. No eran los síntomas

de siempre, era otra cosa, como una angustia más profunda. Hasta que esta mañana, al despertarme, de pronto lo vi todo clarito. Me hace falta escribirle, doctor. Aunque esté decepcionado, aunque usted no me lea, a pesar de todo, me hace falta escribirle.

Si me contesta, está bien. Si no lo hace, tampoco importa. Que yo escriba es lo único que me hace sentir mejor, lo único que en verdad necesito. Antes, yo creía que uno escribía para los otros, para que otra persona leyera. Ya no estoy tan seguro.

—¿Está loco! —masculla Adelaida—. ¿Y no dice nada de cuando vino a ver al doctor? ¿Y de la carta que tú le enviaste? ¿Tampoco dice nada?

—Exactamente —contesta Karina.

—¿Exactamente? —Adelaida la mira desconcertada—. ¿No te das cuenta? Ésta es su enfermedad, su única enfermedad.

Karina asiente, con el resplandor de una rara sonrisa en los labios. Y, de inmediato, golpeando suavemente el teclado, comienza a escribir una respuesta.

* * *

En el pasillo del piso cinco, frente a la habitación 508, Mariana y sus hijos esperan en silencio. Adentro, Andrés ya no sabe cuánto tiempo ha permanecido recostado sobre su padre, en una posición incómoda pero cercana. Todo es tan efímero. Lo único que no es sólido en esa sala son ellos. Cuando escucha que su padre tose, se incorpora. Ambos se miran de nuevo.

—¿Qué quieres? ¿Qué puedo hacer por ti?

El viejo Miranda piensa un momento.

—Háblame —pide, difícilmente, como si arrastrara la palabra hasta sus labios—. Háblame ahora de nosotros.

El silencio es una estaca. Andrés siente que su lengua es una piedra. Pero de pronto entiende que eso es lo único que tienen, lo único compartido que les queda a los dos: las últimas palabras. Esa voz débil, difícil, es el final del cuerpo, el único trozo de vida que todavía tienen, el sonido.

¿Cómo son? ¿A qué saben las últimas palabras?

Su padre hace un pequeño gesto, estira nuevamente la mano, como si deseara jalarlo, tener a su hijo todavía más cerca. Andrés se dobla, casi acurrucándose sobre él.

—Quiero irme así —murmura su padre—. Oyéndote hablar.

Y cierra de nuevo los ojos. Quizás hasta eso sea ahora un dolor. Abrir y cerrar los ojos. Pasar el tiempo también duele.

Andrés siente entonces que su boca está llena de cortezas de árboles. También siente una tristeza tan honda. Está llorando, ya sin amarres, sin ninguna contención. La mano de su padre, entre las suyas, es cada vez más liviana. ¿Por qué nos cuesta tanto aceptar que la vida es una casualidad?

El viejo Miranda vuelve a abrir los ojos, intenta sonreír y luego lo mira con una frágil ternura.

—Háblame —repite—. No dejes que me muera en silencio —dice.



ALBERTO BARRERA TYSZKA (Caracas, 18 de febrero de 1960) es un narrador, poeta, columnista y guionista venezolano.

Se licenció en la Escuela de Letras de la Universidad Central de Venezuela, donde también ejerció de profesor. Durante años ha trabajado como guionista de televisión, escribiendo telenovelas en Venezuela, Argentina, Colombia y México. Varios textos suyos han aparecido en medios venezolanos y extranjeros como *El País*, *Letras Libres*, *Etiqueta Negra*, *Gatopardo*, entre otros.

En 2006 ganó el Premio Herralde con su novela *La Enfermedad*. Es autor de la novela *También el corazón es un descuido* y del libro de cuentos *Edición de lujo*, así como de los poemarios *Coyote de ventanas* y *Tal vez el frío*. En colaboración con la periodista Cristina Marcano ha publicado la primera biografía documentada del presidente de Venezuela: *Hugo Chávez sin uniforme. Una historia personal*, de gran éxito internacional.